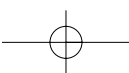
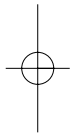


gulliver





Una publicación de la Casa del Escritor de Bs. As.

Autoridades

Jefe de Gobierno

Dr. Aníbal Ibarra

Vice Jefe de Gobierno

Lic. Jorge Telerman

Secretario de Cultura

Dr. Gustavo López

Subsecretaria de Patrimonio Cultural

Arq. Silvia Fajre

Subsecretaria de Gestión e Industrias Culturales

Lic. Stella Puente

Responsable Prensa y Difusión

Mariano Perla

Responsable Publicidad y Auspicios

Gustavo Lichinchi

Coordinadora General Casa del Escritor

Prof. Manuela Fingueret

Staff

Editora responsable

Lic. Stella M. Puente

Directora

Manuela Fingueret

Jefe de redacción

Guillermo Piro

Equipo de producción

C. Bernatek, L. Bonati Griffiths, D. Caruso, V. Escales, G. García Cedro

Colaboran

F. Abbate, C. Bernatek, E. Cavazzoni, S. Cella, M. de Cervantes, O. Coelho, A. Dillon, D. Freidemberg, N. Grassi, L. Holberg, J.-M. G. Le Clézio, G. Piro, A. Schmidt, S. Szwarc, D. Tabarovsky, J. Verne, S. de la Vorágine

Diseño

ur.ba.no.

Las fotografías que ilustran este número pertenecen a Josef Koudelka. La fotografía de Manuel Puig es una gentileza de Carlos Puig.

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite.

Las opiniones vertidas por los colaboradores no representan necesariamente la opinión del editor responsable.

Índice

Editorial	5
Asesinato de una mosca / J.-M. G. Le Clézio	7
Narradores de la reserva	
Moños rojos / Néstor Grassi	15
Diarinios / Oliverio Coelho	17
Los inmigrantes	
Los húngaros / Ariel Dillon	25
Los albaneses / Ermanno Cavazzoni	33
Viajes al centro de la Tierra	
Descenso al mundo subterráneo y llegada al planeta de Nazar / Ludwig Holberg	39
Viaje al centro de la Tierra / Jules Verne	49
La curva de Schmidt / Guillermo Piro	53
Tina o de la inmortalidad / Arno Schmidt	58
Cervantes plagiarlo	
Segunda parte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha - Capítulo xlv / Miguel de Cervantes	81
La leyenda dorada / Santiago de la Vorágine	83
Un destino melodramático	
A modo de prólogo / Manuel Puig	85
Trailers	87

gulliver 1
en la ciudad de las letras

Editorial

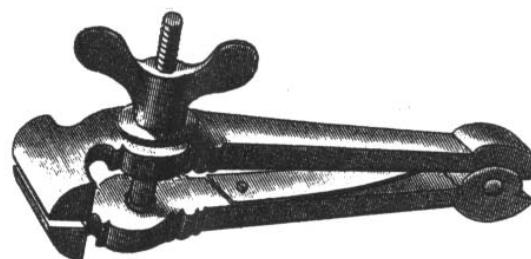
Viajar, moverse. Toda la novela utópica del siglo XVIII se yergue sobre la presunción de que es necesario salir, conocer, ver y compartir lo conocido.

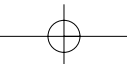
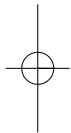
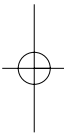
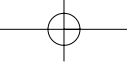
Desde Jonathan Swift a Casanova, pasando por Holberg y desembocando en Verne, ya a las puertas del siglo XX, la novela utópica, si algo viene a decirnos, es que, al igual que la literatura, el mundo podría ser mejor de lo que es.

Gulliver (la revista) se propone como una experiencia inusual de compartir ciertos textos, prescindiendo tanto de toda presunción de estilo periodístico como de cualquier intención didáctica.

Son textos, nada más y nada menos, como diría Paul Valéry, capaces de suscitar nerviosismo, es decir, bellos.

Gustavo López





Asesinato de una mosca

J.-M. G. Le Clézio

Jean-Marie G. Le Clézio se propuso, con su obra, dar cuenta de la aventura del ser humano (bueno, ¿pero no es acaso lo que se proponen todos?). De padre inglés y madre francesa vivió en la isla Mauricio, donde los paisajes marítimos despertaron muy pronto su imaginación. De niño soñaba con ser marino; hoy día reparte su tiempo entre largos viajes (a México, sobre todo) y la escritura. Desde El atestado (1963, Premio Renaudot), que le concedió la notoriedad con sólo veintitrés años, sus novelas se suceden regularmente con una frecuencia de una cada dos años. El texto que sigue corresponde a su autobiografía precoz, El éxtasis material (1967), inédito en castellano.



Cuando me acerqué a la mesa, la vi. Era de noche, a eso de las once menos cuarto más o menos. La bombita eléctrica brillaba con fuerza sobre la mesa, y la luz era amarilla, un poco sucia. La miré un momento: a la mosca posada sobre la mesa. Estaba inmóvil justo en el medio de la portada de un número de *Time*. Estaba instalada sobre el dibujo un poco verde y azul que representaba una cabeza de hombre de perfil. En lo alto de la portada, junto a una faja roja, estaba escrito, en letras blancas,

TIME
The Weekly Magazine

Casi no se la veía, minúscula mancha negra confundida con los colores glaucos del dibujo. Si hubiese habido un poco más de sombra, ahí, sobre el papel

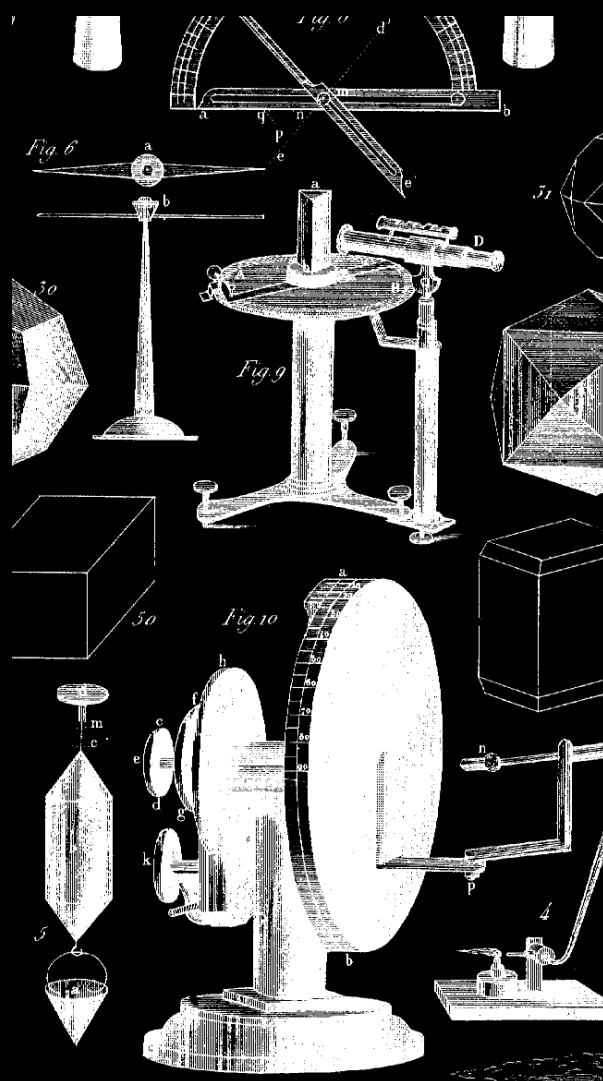
ilustración, o si hubiese sido un número de duelo nacional, yo no la habría visto. Unos segundos más tarde se habría volado, habría ido a posarse en el cable de la lámpara, fuera de alcance.

Pero era demasiado tarde. La había visto.

Sin hacer ruido, fui a buscar un diario doblado y regresé, esperando que ya no estuviese allí. Pero ahí estaba.

La contemplé un instante, con el diario en la mano, sin moverme. Vi su cuerpo lleno de vida, alas finas y brillantes, la pelusa en su vientre. Miré su cabeza, también, la pequeña bola rojiza que no era otra cosa que un ojo. Sentí la inmensidad de la habitación vacía, a mi alrededor, la habitación de oscuros rincones, de muebles gigantes, de techo pálido, de ventanas grandes como el cielo. Ella vivía aquí conmigo, compartía este camarote en este instante, en esta noche. Había posado en ella sus patas microscópicas, había bebido las

“Sobrevino entonces como un meteoro de vida y de drama, ahí, ante mis ojos, acantonado en la portada chillona del diario. Un punto negro y doloroso que me veía y me sentía inclinado hacia él.”



diminutas gotas de humedad, y había mojado su trompa delicada en las migas de mermelada caídas en el parqué. Un poco aquí y allá, había puesto sus huevos, en el polvo, contra la muerte.

Sobre la portada del diario, la mosca dio algunos pasos. Caminó hacia la izquierda, primero; después se detuvo y volvió a partir hacia la derecha.

La luz de la bombita eléctrica refulgía sobre sus alas, sobre la portada de papel abigarrado, y sobre el borde de la mesa, intensamente, suciamente.

El mundo era plano y silencioso, y la mosca estaba posada en ese sitio. Era como si hubiese estado allí desde hacía años, en esa habitación, delante de mí, en esa hora precisa y calma. Nunca nacida, de nunca acabar.

Luego sentí que alzaría vuelo. La amenaza y la ira se volvieron tan fuertes, tan espesas, de repente, en la habitación, que era imposible que ella no comprendiera. Y era en mí donde todo se había endurecido tan abominablemente. Era en mi brazo, en mi mano derecha que alzaba lenta, lentamente el arma. Sobrevino entonces como un meteoro de vida y de drama, ahí, ante mis ojos, acantonado en la portada chillona del diario. Un punto negro y doloroso que me veía y me sentía inclinado hacia él. Yo era la montaña repentina, la montaña de carne bruta que ataca y mata.

Di un golpe seco.

Luego tomé el diario en el que el grano negruzco con el vientre abierto daba vueltas remando con las patas y las alas desgarradas.

Lo arrojé por la ventana.

La idea de la felicidad es el tipo mismo del malentendido. ¿Por qué la felicidad? ¿Por qué sería preciso que fuésemos felices? ¿De qué se podría nutrir un sentimiento tan general, tan abstracto, y sin embargo tan ligado a la vida cotidiana? Cualquiera sea la idea que uno se haga de ella, la felicidad es simplemente un acuerdo entre el mundo y el hombre; es una encarnación. Una civilización que hace de la felicidad la principal de sus búsquedas está

consagrada al fracaso y a las palabras bellas. No hay nada que justifique una felicidad ideal, así como no hay nada que justifique un amor perfecto, absoluto, o un sentimiento de fe total, o un estado de santidad perpetua. Lo absoluto no es realizable: esa mitología no resiste a la lucidez. La única verdad es estar vivo, la única felicidad es saber que uno está vivo.

El absurdo de las generalizaciones, de los mitos y de los sistemas, cualesquiera sean, es la ruptura que suponen con el mundo viviente. Como si ese mundo no fuese suficientemente vasto, suficientemente trágico o cómico, suficientemente insospechado para satisfacer las exigencias de las pasiones y de la inteligencia. Los pobres medios de comunicación del hombre, es preciso además que él los desnaturalice y que haga de ellos fuentes de mentira.

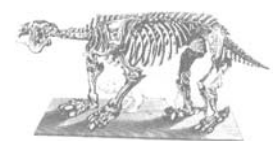
Al engañarse así, ¿a quién quieren engañar? ¿¡Para qué gloria, para qué manual de filosofía o qué diccionario elaboran sus bellas teorías, sus sistemas abstractos y pomposos, que nada encierran, en los que nada es preciso, pero donde todo flota, suprimido, decapitado, en el vacío absoluto de la inteligencia con, de tanto en tanto, las olas nebulosas del conocimiento, de la cultura y de la civilización!?

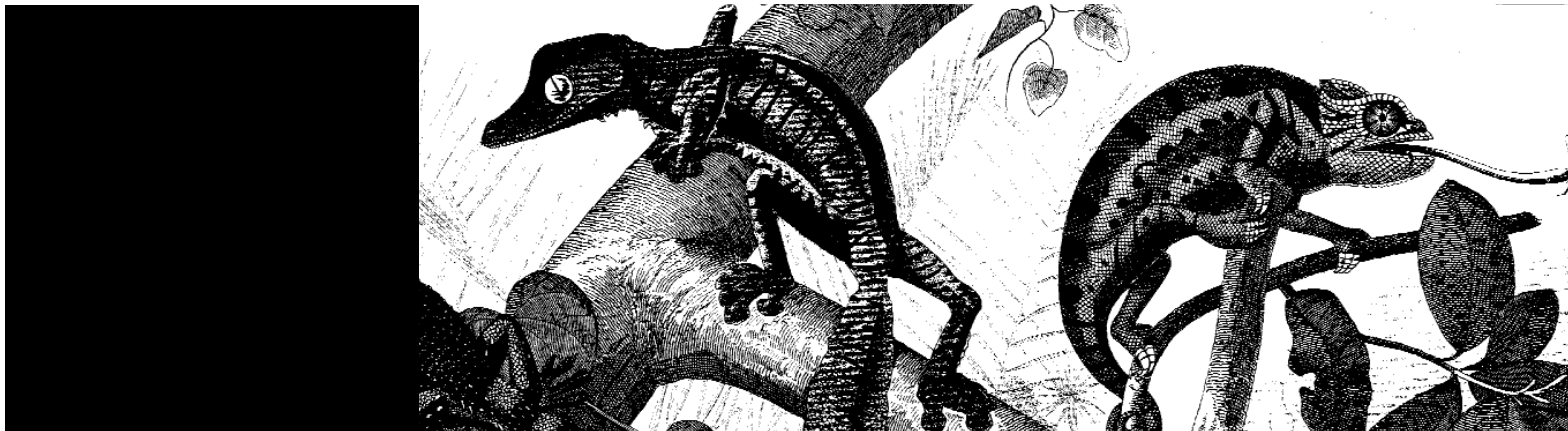
Hay que resistir para no ser arrastrado. Es tan fácil: uno se procura un maestro de pensar, elegido entre los más insólitos y los menos conocidos. Después uno levanta, uno reedifica el edificio que el cinismo había hecho desplomar, y se sirve de los mismos elementos. La historia del pensamiento humano es, en sus nueve décimas partes, la historia de un vano juego de cubos en el que las piezas no dejan de ir y venir, desgastadas, estropeadas, falseadas, ajustando mal. ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Cuántas vidas inútiles! Cuando, para cada hombre, tal vez la aventura ha de rehacerse enteramente. Cuando cada minuto, cada segundo que pasa cambia tal vez por completo el rostro de la verdad.

Nada, nada está jamás resuelto. En el movimiento vertiginoso del pensamiento, no hay final, no hay comienzo. No hay SOLUCIÓN, porque evidentemente no hay problema. Nada está planteado. El universo no tiene clave; ni razón. Las únicas posibilidades ofrecidas al conocimiento son las de los encadenamientos. Dan al hombre la posibilidad de percibir el universo, no de comprenderlo.

Pero el hombre no querrá aceptar nunca este papel de testigo. Jamás podrá resignarse a los límites. Así que continuará induciendo, para luchar contra la nada a la que cree hostil, contra la vida, contra la muerte de la que ha hecho una enemiga.

Para admitir los límites, le haría falta admitir, brutalmente, que no ha dejado de equivocarse durante siglos de civilización y de sistema, y que la muerte no es otra cosa que el final de su espectáculo. Tendrá que admitir también que la gratuidad es la única ley concebible, y que la acción de su conocimiento no es una libertad sino una participación condicionada. No tendrá nunca la fuerza para renunciar al poder embriagador de la finalidad. Tal vez adivina confusamente que si renegara de esta energía directriz, mataría al mismo tiempo lo que es en él potencia de vuelo, progresión. Porque después de todo es aquí donde ocurren las cosas. Si tuviera elección, si tuviera libertad, tendría también la descomposición; al dejar retornar al mundo el espesor opaco de la inmovilidad, de lo inmóvil, de lo inexpressable, se volvería sordo al entendimiento con el mundo. Su inverso está ahora en estado de hipnosis bajo su





mirada; pero que baje los ojos un instante, y el caos volverá a caer sobre él y lo engullirá.

Que deje de ser el centro del mundo de los hombres, un día, y los objetos se engordan, las palabras se desmigajan, las mentiras ya no sostienen el edificio que se desploma.

Ilusionista. Ilusionista. Un día tal vez vacilarás entre la desdicha y la muerte. Y elegirás la muerte.

Y espectadores encadenados a sus asientos, que han visto el terrible film desarrollarse ante ellos, que lo han vivido también, cuando llega el momento en que se escribe la palabra "FIN", ¿por qué no quieren partir, simplemente, sin hacer historias? ¿Por qué permanecen enganchados a sus asientos, desesperadamente, esperando siempre que sobre la pantalla oscurecida vuelva a comenzar otro espectáculo, aun más bello, aun más terrible, y que, esta vez, no terminará jamás?

En nosotros, replegada, luego abierta, a la medida de nuestros cuerpos, sosteniendo cada uno de nuestro pensamientos, siempre despierta en cada fuerza, en cada deseo, como una corriente venida de lo más profundo del espacio desconocido cuyo punto de partida no cesa de huir, adelante, atrás, a nuestro lado, nuestra verdadera ruta, nuestra verdadera fe, la única forma de la esperanza presente en nosotros, con la vida, LA DESDICHA.

Luchamos, nos arrancamos al lodo, nos herimos por algunos segundos infinitos de libertad. Pero está allí. Su abismo está en todas partes. Sus bocas son incontables, abiertas por todos lados,

para englutirnos. Adelante, atrás, a la izquierda, a la derecha, arriba, abajo, el porvenir está petrificado. Todas las rutas regresan. Todos los caminos conducen al antro que nunca está saciado. Mañana es el día. Ayer es el día. Lejos, largo tiempo, al revés, en el fondo están las ventosas del mal.

La única paz está en el silencio y en la detención. Pero es efímera; no se puede permanecer mucho tiempo inmóvil. Tarde o temprano, hay que dar un paso adelante, o un paso atrás, y el monstruo vacío que esperaba este instante no te deja escapar. Te atrapa, te hace conocer de nuevo el infierno del tiempo, del espacio, de las voluntades hostiles.

La alegría no es duradera; el amor no es duradero; la paz y la confianza en Dios no son duraderas; la única fuerza que dura es la de la desdicha y la duda.

La conciencia y la lucidez no son paisajes claros. Son extensiones siempre cambiantes, llenos del enfrentamiento de la luz y de la sombra, y todo lo que hay allí no existe de una sola manera, sino de cien, mil formas posibles. Nada de lo que es pensado, es decir nada de lo que se encuentra en los límites de los sentidos, escapa a la ley de la duda. Es como si, a partir de cierto nivel de desempeño físico, el espíritu tuviera entera libertad de acción, de enmarañamiento, de análisis, de asociación o de disociación. El tipo primero del pensamiento deductivo, ¿no es el de considerar los "contrarios"?

Prueba de lo blanco por lo negro, del pensamiento por el ser, de la luz por la noche, de la verdad por la mentira. La prueba suprema, a saber del objeto por

“Todos los caminos conducen al antro que nunca está saciado. Mañana es el día. Ayer es el día. Lejos, largo tiempo, al revés, en el fondo están las ventosas del mal.”



el objeto, no existe; o al menos, es sentida como insuficiente por nuestro espíritu racionalista. Escapa al orden. Inquieta. Y los teólogos cristianos no encontraron mejor prueba de la existencia de Dios que el hábil (e inútil) “Y si no es Dios, ¿quién es?”

Es posible que el pensamiento no esté tan alejado de las formas más bajas de la vida. Su ley es tal vez la misma. La vida está en el combate, en el despilfarro de las fuerzas en vista de la suprema inutilidad. Esta grandiosa, esta heroica belleza de la acción vana, yo la percibo también en el espíritu del hombre. Me parece que va, así, de combate interior en combate interior, que no se eleva sino para mejor volver a caer, que se gasta, que se periclitiza y que muere según el mismo movimiento que su cuerpo. Para nada, siempre para nada. Pero esa nada del alma no es más despreciable que la de las células. De hecho, es la misma nada, la misma ausencia-presencia, el mismo círculo que lo ahoga y lo absuelve. Puesto que el espíritu del hombre no puede ir de infinito en infinito, como él lo sueña, va, absolutamente, sobre sí mismo, enrollándose alrededor del centro invisible hasta agotarse.

Y uno y otro están ligados. El espíritu y la vida son dos formas hermanas salidas del ser que responden a las mismas señales. Así la desdicha está anclada en lo más profundo de nosotros mismos, y la duda, y la errancia. Son las indicaciones continuas, imprecisas, de que estamos EN MARCHA, y de que sobrevivimos.

No hay paz. No puede haber paz, ni para nuestro

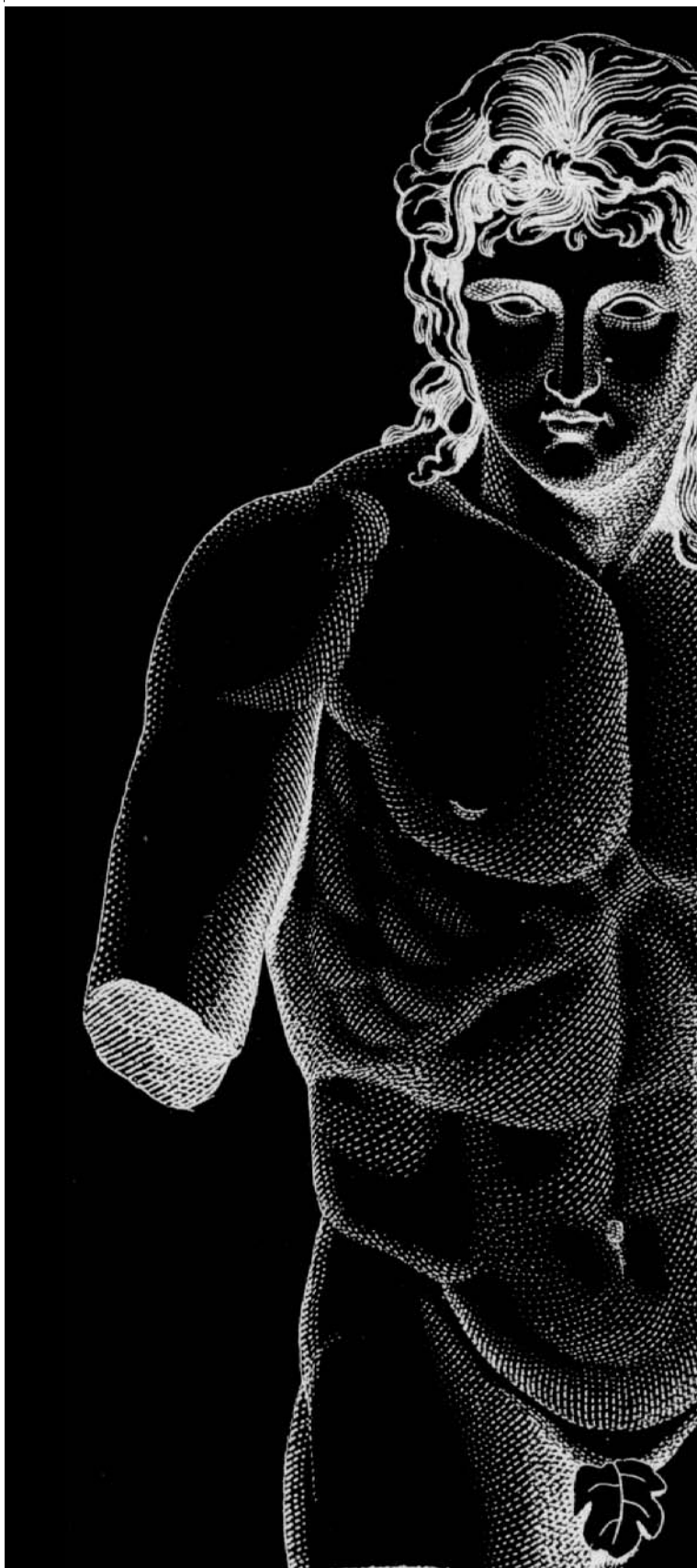
cuerpo ni para nuestro pensamiento. Y lo sabemos secretamente, desde que se abre para nosotros el campo infinito de las imaginaciones, y desde que nos percatamos de que estamos empeñados en la lucha. Identidad perfecta de nosotros y de nosotros mismos. Identidad que nos sumerge en lo trágico, sin posibilidad de desactivar. Humillante y mágica identidad. Levantamos las murallas de nuestros sistemas, de nuestras bellas frases y de nuestros paraísos imaginarios; habitamos nuestras moradas de ilusión, buscamos el lugar que no se mueve, que no quiere nada, que no conoce el mal. Pero está ahí, lo sabemos: no escaparemos. Jamás seremos vencedores. No encontraremos asilo. No nos queda más que aprender, explorar, reconocer lentamente nuestro dominio del dolor.

Y por encima de todo, un día, tal vez, la inmovilización hecha posible. La tragedia revelada hasta el más mínimo detalle, la vida de un solo golpe presente ante nosotros como una obra.

Cada sombra fijada, cada luz brillando intensamente en su claridad inmutable.

Sí, un día, tal vez, aquello vendrá hacia nosotros, a causa de nosotros mismos, o a causa de otra cosa, y sabremos lo que es la entrada de la felicidad en la desdicha. El inmenso campo de las batallas y de los males será nuestro paisaje iluminado, nuestra fuerza. El caos se retirará repentinamente de todas las cosas, y veremos por fin que, desaparecido éste, todo habrá permanecido semejante. Nada se ha movido. Los objetos, los duros objetos





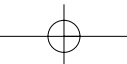
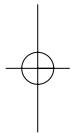
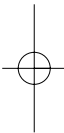
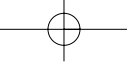
“Levantamos las murallas de nuestros sistemas, de nuestras bellas frases y de nuestros paraísos imaginarios; habitamos nuestras moradas de ilusión, buscamos el lugar que no se mueve, que no quiere nada, que no conoce el mal.”

de los dramas, las aglomeraciones de las dudas y de los deseos insatisfechos, las imágenes trascendentes que no habían alcanzado nada seguro, todo ello habrá cedido el lugar a la paz, a la inmensa bondad. La claridad estará presente sin interrupción, y las ideas ya no serán armas contra el mundo. Y estaremos allí, armoniosamente en la realidad, en el mismo plano que ella, comunicando, derramados, habitados. Sabremos todo, sin esperanza, sin desesperación, pero tranquilamente, TRANQUILAMENTE. La vida correrá sin dolor, sin ira, y con ella el espíritu permanecerá fijo en su espectáculo, nunca saciado, sin buscar jamás en otra parte lo que finalmente se ofrece allí ante él. Un panel de montaña calcárea,alzada, fulminante de blancura, y a tal punto yerta, estable, que todos los movimientos y todas las duraciones parecen haber entrado en su superficie abrupta. Éste es el espectáculo que nos espera tal vez uno de estos días. El admirable espectáculo de la materia reunida, que nos guía dulcemente hacia una suerte de sueño exacto. Ya no tendremos nada que esperar. Moraremos en el centro del jeroglífico, en el corazón mismo del enigma, y toda la pregunta se borrará de ella misma. En ese momento, la vanidad será una virtud.

Traducción de Ariel Dillon

Narradores de la reserva





Moños rojos

Néstor Grassi

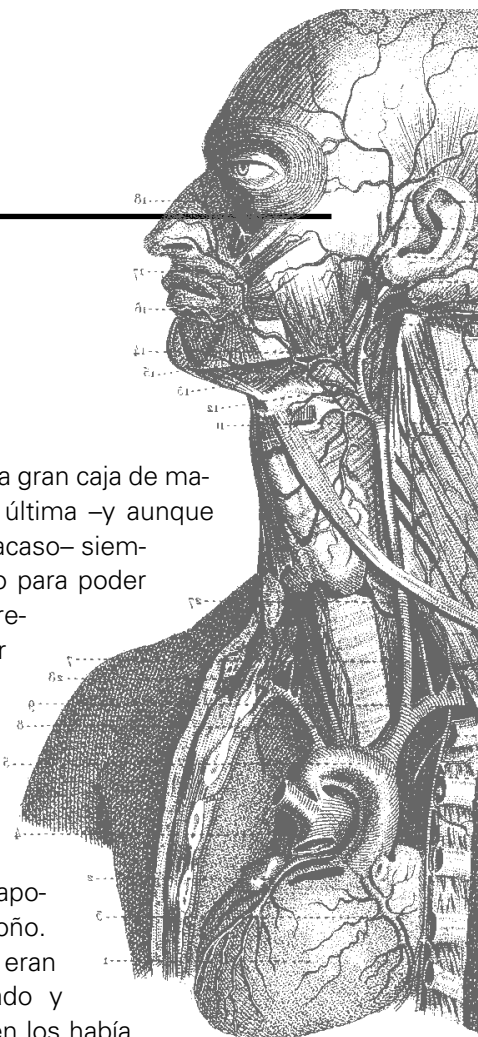
Pasó la aspiradora por las estanterías y los anaqueles y, detrás de una postal, lo vio. No era nada que no hubiera visto ya antes. Era solamente un moño, uno rojo. Pero no recordaba haberlo visto allí antes. No en ese lugar. No detrás de la foto de Natasha y él y ella al borde de un lago de Córdoba. Se preguntó si lo habría puesto allí y después lo habría olvidado. Ella. Que creía en esas cosas. Porque él, no. Él era impensable que hiciera una cosa como ésa. Simplemente lo habría dejado allí ella y luego lo habría olvidado, se dijo. Lo dejó en el lugar. Era buen momento para eso. Necesitaban toda la ayuda, se dijo. Se dijo que todo iría bien, pero no terminaba de creerlo, aunque no sabía por qué; y cuando veía a Tasha jugando en el patio de la casa, actuando, cantando o hablándoles a sus muñecas, más de una vez había tenido que esconderse en el baño para llorar a gusto. Para rezar sin que Ángel la viera, sin que nadie la juzgara. Porque era la vida de su hija, después de todo. Y ella tenía derecho a sentir lo que quisiera, qué carajo.

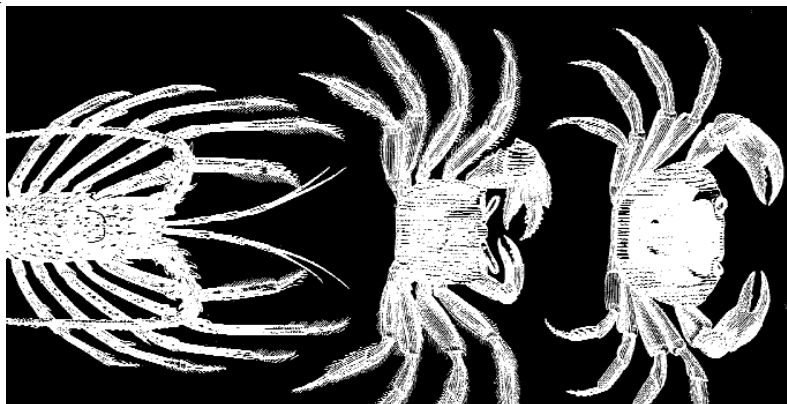
Terminó de pasar la aspiradora al borde del llanto, recordando que Tasha tenía tres añitos cuando llegó la caja a la casa. Una entrega de Frávega con dependiente de overol azul cobalto, gorra con visera y camión de reparto en la puerta, sobre Pavón. Acá, señora, tengo una aspiradora para entregar, ¿departamento uno es usted? La nena resplandecía de alegría —mucho más que su madre— pensando que ese aparato verdinegro llegaba al lugar a cambiar la vida de todos. Carmen enroscó el tubo negro de goma espiralada de la trompa de la aspiradora para

guardar luego todo en la gran caja de madera y se dijo que de última —y aunque estuviera sola y por si acaso— siempre le quedaba el baño para poder despacharse y llorar y rezar a gusto. Pero por suerte no fue necesario, se atragantó el dolor y pudo guardarlo para momento más adecuado.

Fue entonces que detrás del sahumador japonés encontró otro moño. Rojo, también. Los dos eran iguales. Tafetán delgado y punzó. No era ella quien los había puesto allí, ahora estaba segura. Abrió el cajón de la mesa de noche de Ángel y encontró otro y levantó el teléfono negro de baquelita y otro más. Eran perfectos y cuidados, delicados y precisos. Fue hasta el ropero y revisó los bolsillos de los trajes de él y, rápidamente, dio con tres más en tres trajes distintos. Así que fue a la habitación de Tasha y revisó entre su ropa doblada y pudo encontrar uno, y ya teniendo la sensación de que eran arañas rojas y de mal agüero, revisó la ropa de la nena colgada de las pequeñas perchas de madera y encontró cinco moños más.

Se sentó en la camita fría de Tasha y, con los moños en la mano izquierda, se tomó la frente y se largó a llorar. Puso los moños ordenadamente sobre





la cama y, calmándose, se dijo que entonces él tampoco creía que todo fuera a salir bien. Hizo hileras con los moños y los miró detenidamente tratando de recordar en qué lugar había encontrado cada uno de ellos. Él no debía saber que ella sabía.

Luego, poco a poco y con la garganta dolida por la angustia, fue restituyendo cada moño a su lugar, murmurando una plegaria y diciéndose que eran sólo una demostración de la debilidad de su marido por Natasha y no un augurio brutal del futuro.



Néstor Grassi nació el 8 de abril de 1957 en la ciudad de Buenos Aires pero vivió su infancia en Avellaneda, a orillas del Riachuelo. Esa experiencia no dejó un solo rastro en su producción narrativa, cosa rara. Fue librero y estudió cinematografía en la EDAC. Escribió crítica cinematográfica para la revista *Cinegrafo* y literaria para la revista *Babel*. En los últimos años se dedicó a la reportería gráfica para las editoriales Perfil y Atlántida. El cuento "Moños rojos" forma parte de una serie que narra la vida de la familia Bruno y que comienza con la novela *El agujero en la tabla*. Todo su material narrativo permanece inédito.

Gulliver

16



Los nombres propios

Entre muchas otras cosas, la literatura es también una invocación a los nombres propios. Escribir es entregarse al tiempo, se ha dicho; y a la vez se ha dicho que es una forma de suprimir el yo. En la incandescencia del lenguaje, la novela familiar, el peso de los hombros, la neurosis privada vendría a disolverse para renacer en forma de sintaxis dislocada, de forma abierta a la novedad radical; ese pequeño prodigio que podemos llamar: la frase.

El nombre propio y su olvido, sobre esto también se ha dicho demasiado, y la literatura no podía estar ausente. Tomemos un nombre; uno al azar: Oliverio Coelho. Quien así firma —una novela, un cuento, una boleta de la tintorería— está irremediablemente atravesado por una tensión de difícil resolución. De un lado, el nombre de pila recuerda al del poeta Gironde, nombre que hoy es también título de revistas, bares, centros culturales, biblioteca municipal. Figurita repetida del anacronismo, Gironde es el gran poeta de la pérdida del apellido (el otro es Juanele). Del otro lado, el apellido: Coelho, el gurú de la espiritualidad en estos tiempos de cambios climáticos. Pues bien, Oliverio —el otro, el de ahora— Coelho —el nuestro, el de acá— nos entrega unos breves diarios personales que parecen funcionar como una especie de superación dialéctica del asunto: el diario como forma de autoayuda vanguardista. Anclado en las dos tradiciones que forman su nombre, estas notas oscilan entre la auto-piedad, la frase ingeniosa, el momento inteligente y cierto exceso en la mención de su obra. Menos diarios privados y más novelas impersonales, preferiría este lector conociendo la obra del autor (pero quién es uno para sugerir algo). Está también el relato de Grassi, nombre que connota el de un cura y el bochorno de la cámara oculta por un amor demasiado infantil. Pero esa es una asociación demasiado fácil. La de este Grassi —de nombre Néstor— es otra historia, una que recién comienza. Y el final está abierto.

Damián Tabarovsky

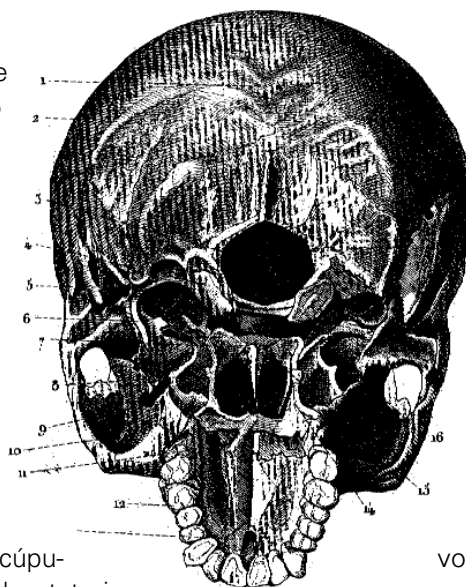
Diarinios

Oliverio Coelho



Le daba lo mismo trabajar de noche o de día. Cada lapso vital tenía sus contraindicaciones íntimas: de día, por una falla congénita en la correa de la persiana, tenía la impresión de que cualquier vecino intrépido podía espiarlo. De noche se sentía tentado por la aritmética: contar los insectos que deambulaban e infiltraban en su monoambiente algo irrecuperable de la naturaleza.

A través de una supersticiosa cúpula de vidrio, la tarde encendía el natatorio con una luz de cobaltos. En el andarivel rápido, un nadador manco avanza como una figura mitológica, un minotauro contemporáneo... La parte ausente conserva su función y en esto reside la perfección de su desplazamiento. A fin de preservar el balanceo del crawl, traza la parábola de la brazada, su temporalidad, con el brazo ausente. La respiración sella los intersticios. Todo un dispositivo para vencer la asimetría y tornar eficiente la impertinencia de un cuerpo que se ha encaprichado con la ficción de un deporte ideado, precisamente, para que todas las partes operen. La parte ausente, en todo caso, zurce la atmósfera, y el zurcido no es un soplo escatológico, sino una virtud, un pecadillo divino. Y él nada, rema de manera imperceptible, sin saberlo hace trizas la naturaleza.



Ahora bien, ¿qué siente el nadador cuando proyecta la brazada y ésta no emerge y aparece el vacío y la respiración sobrevaluada....? En cada brazada pone tanta voluntad que parece que de un momento a otro, por arte de magia, algo se va a completar... Algo va a suceder... La nada.

Un hombre ligeramente expresivo sujeta sus gestos: los pinza para armar su estrategia de seducción.

Otro hombre, expresivo en exceso de tanto buscar en la música el sentido del mar, cede su gestualidad a la nada. Pierde el arte. Pero hereda, por supuesto, su versión del mar.

De pronto, su propio padre lo sorprende: hereda de él algo insospechado. Algo que lo vuelve otra persona.

El cine nació para quedarse. Le sobrevivirá al resto de las artes y se irá con el hombre. Un film falsifica lo que a un escritor le cuesta, con suerte, años dedicados a una obra, la mayoría de las veces al fracaso

"Muchos cineastas, como Godard, sobreviven porque han creado en el interior de su cine un sistema de reminiscencias.

Un juego que al fin y al cabo es todo lo que puede ser la memoria si no se la acepta como olvido."

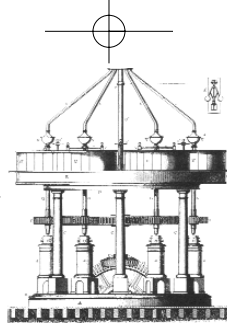


de una obra. En cambio un director, a través de una sola película inolvidable, salva su futuro, se asegura la condescendencia crítica y la fidelidad de ciertos espectadores que en cada film buscan rastros de aquella obra maestra. Recuerdan. Muchos cineastas, como Godard, sobreviven porque han creado en el interior de su cine un sistema de reminiscencias. Un juego que al fin y al cabo es todo lo que puede ser la memoria si no se la acepta como olvido.

Escribo la tercera parte de la trilogía futurista y tengo la impresión de que avanzo por una cuerda floja. Siempre estoy a punto de caer hacia una profundidad inexistente. Una profundidad que no puede imaginarse a priori de la publicación –la publicación en todo caso es la profundidad decapitada del escrito. En cada párrafo me detengo y verifico el equilibrio. Más que nunca, escribir me parece un signo de debilidad incompatible. Parece que todo va estallar antes de tiempo. Y el escritor, después de esfuerzos inútiles, otra vez va a volver a cero. La misma impresión tuve con Borneo. Sólo que en la mitad de la novela el vértigo quedó sintetizado.

El vértigo, acá, en la tercera parte, es un vértigo a expensas de la lentitud, "la sonrisa seria" de Aira... Más que nunca me invade el temor a arruinarlo todo, a que un cabo suelto se haga mecha e implosione la totalidad de los recursos. El miedo gratuito de escribir... Justo ahí, sobre ese temor, no se puede escribir. Si como en las anteriores novelas escribiera desde la velocidad, los cabos sueltos resultarían tantos que no habría estallido sino en el típico final épico. Habría una lógica interna del cabo suelto, y en todo caso la implosión sería un atentado del lector desatento.

En realidad sucede lo siguiente: temo que el texto estalle antes de tiempo.



Súbitamente, lo que era pocilga de la lengua se transforma en cristalería sintáctica.

La muerte de un gato negro. Este es el hecho que atormenta a un hombre durante toda su vida. La muerte de un gato negro en sus narices. Llegado cierto momento, empieza a recoger de la calle no animales sino humanos moribundos. Niños, ancianas, mendigos. En un hospital de curas doméstico, montado en la cochera, los alienta, los trata, sí, pero les transfiere su marca para salvarlos de su propia particularidad.

Ella, cada vez más aburrida, sólo tiene la ilusión de que vive para la literatura. Pero no escribe. Temе salvarse. Es que si se salva, ¿podrá seguir siendo esa mujer?

Un animal doméstico: todo el peso devenido de un disfraz. ¿Puede alguien sobrevivir a la sensación de que otro humano mira desde los ojos escindidos del animal? Sí, pero sólo la alergia podría salvarlo: interrumpir ese “desde” antes de ser criado de esa mirada.

Entre los intelectuales argentinos, un fenómeno típico y predominante: una decencia intelectual que proviene de no haber sido pobres o peronistas ni siquiera un solo día. Entonces crían mascotas. Se politizan en la domesticación. Y en el peor de los casos, en la pedagogía.

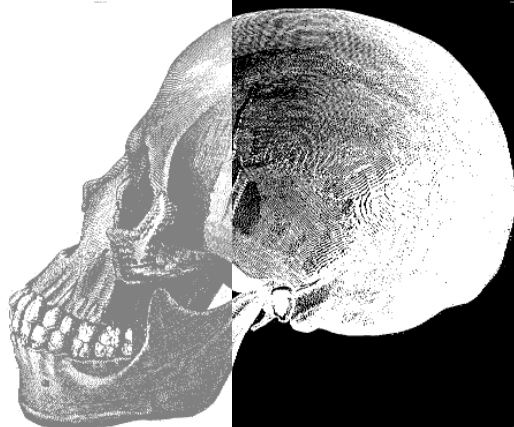
Literatura genuina: aquella que no puede ser editada. El escrito yace en el inédito. En la excepción. Y sobre todo en los escritos de la juventud, cuando la sombra de la calidad no acecha. El libro, en cambio, es una de las formas de la frustración: escrito sobre la escritura, la letra ya no puede padecer ningún tipo de clandestinidad.

Un voyeur excéntrico: goza y se entusiasma al escribir frente al plomero del consorcio.

Cada día más le parece que escribir es saltar de una nervadura a otra nervadura más angosta. En algún momento la nervadura va a ser tan imperceptible que ya nadie podrá leerla.

Me acerco al final de la trilogía futurista. Hay un Dios en el espejo: una saturación del tercer ojo. Intento estetizar un efecto de simultaneidad entre lo humano y lo monstruoso. Las criaturas no dejan de manar como un plumaje caníbal de lo real: hipocentaurinas y bambicentaurinas tullidas, niños viejos, linyeras sacerdotes, grasitas, nonos, pizpiretos en patineta. El ser de la criatura —el ser del ente— se re-

“Cada día más le parece que escribir es saltar de una nervadura a otra nervadura más angosta. En algún momento la nervadura va a ser tan imperceptible que ya nadie podrá leerla.”



“La condición de la pesadilla reside en la imposibilidad de despertar en el tiempo. Se sueña siempre con un vecino. Y en ese vecino está camuflada la muerte: el corazón del tiempo. Sin duda un vecino es algo sobrenatural. ¿Qué otro fenómeno más sobrenatural que la vecindad?”

produce al infinito en cuanto es activado una sola vez en la escritura. En cuanto intento agotar ese motor reproductivo, paradójicamente se activa la presión de los monstruos. Nacen por cesárea: por el vientre o la boca, da lo mismo. El espejismo adopta cualquiera de los dos modos —el oral o el ventral—. Y del apareamiento con el espejismo nace el escritor andrógino, y las tentativas de una literatura asexual, atemporal, como la de Gombrowicz o Aira. ¿Y si uno se propusiera en un doble apareamiento una literatura transexual, transmoral, trans-temporal? ¿Cómo? ¿Volver al realismo? ¿Copiar *Paradiso*? ¿Se puede elegir?

Entre el absurdo y el *nonsense*, por fin una continuidad: la garantía del mito. Una arqueología sublime de la farsa. Se había perdido la continuidad, y quizás, paradójicamente, hallarla, más que un medio, resulta un fin para el *nonsense*. Quiero decir, la continuidad contiene el sentido. Y le devuelve peso al absurdo.

A cierta edad la fantasía irrita más de lo deseable. La idea de trabajar en la administración pública, en una oficina insondable, comienza a ser tentadora a los veintiséis años. Qué privilegio: ser absorbido

por la ballena del Estado, y desde ese vientre humillar al contribuyente... Ceder voluntad, engordar, entregarse a los bajos placeres de la bebida y los deportes televisados, mientras el aparato burocrático graba en el propio cuerpo el jeroglífico de un hombre cada día más informe e impersonal. Sólo así, desde un cuerpo sin atributos, parece posible construir una identidad que no coincida con ningún tipo de individualidad mercadotécnica.

La condición de la pesadilla reside en la imposibilidad de despertar en el tiempo. Se sueña siempre con un vecino. Y en ese vecino está camuflada la muerte: el corazón del tiempo. Sin duda un vecino es algo sobrenatural. ¿Qué otro fenómeno más sobrenatural que la vecindad? La aparición de un padre cautivo en una celda simultánea. Lo que se pone en juego en la vecindad no es la continuidad, sino la simultaneidad. La posibilidad de que el tiempo y, por ende, el amor y la mortalidad, fracasen en el espacio.

Me exasperan los ancianos, por la mañana, en los bares de Balvanera. Hay una fauna rotativa e impecedera. Están a punto de pasar al otro lado... ¡Y encima hablan! Osados... vacíos de potencia, parlo-



**“Él, que creía haberla olvidado,
descubre que todavía la ama.
La enfermedad de ella es tan real
que él se ve obligado a creer en
una resurrección afectiva.”**

tean como autómatas, y si pueden se echan sobre uno y se autoimpulsan con todo tipo de muletillas y preguntas indiscretas. En cada palabra se acercan un poco más. A uno y a la muerte. Pierden contenido. Flamean. Piden la estocada joven que nunca llega.

Que la escritura sea pura astilla.

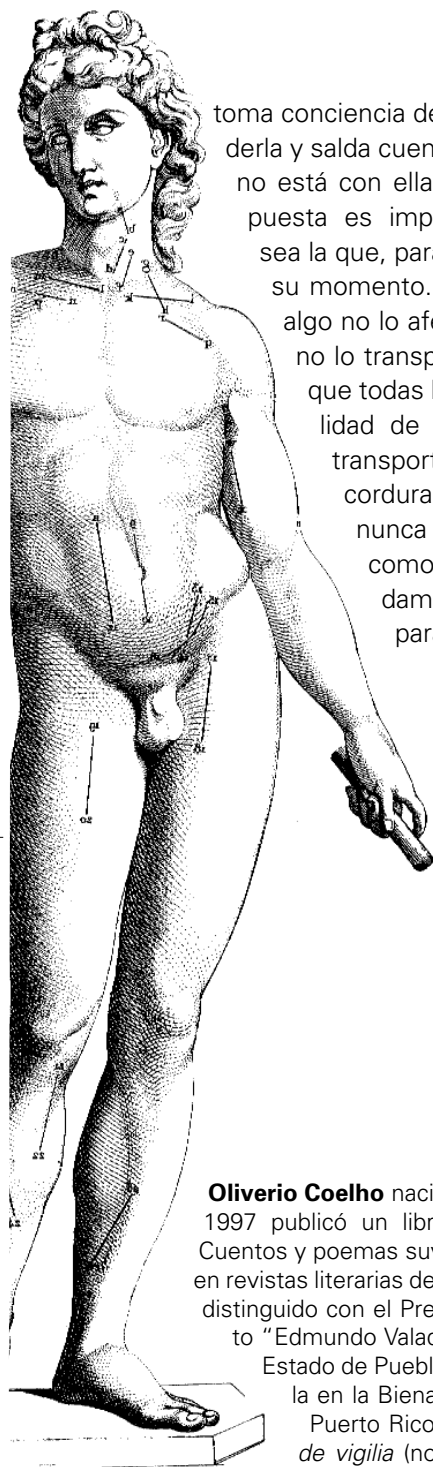
Tomar en manos la brasa candente. La Causa del Padre. Tarde o temprano el juicio alcanza al Hijo. Se le pone a la par... Uno huye de la Causa, pero al mismo tiempo, sin tomar precauciones sobre la orientación de la fuga, corre a su encuentro. Ninguna novela más aleccionadora que *La carne de René*.

Cuando se siente perseguido, le ocupan la cabeza nombres de personas que no conoce, o núme-

ros arbitrarios que teme no poder olvidar. Evidentemente, de la conciencia algo se ha borrado, y sobre esa ausencia, bajo la oscilación de nombres y números, se está efectuando un zurcido. En el fondo, su gran temor es que la fuga de lo humano le impida olvidar y lo enfrente a una carne infinita. Ahora bien, ¿por qué no pensar que Funes estaba loco? Era más que un ateo: un paranoico que confiaba en los efectos de su propia paranoia.

Regreso a la noche. El protagonista ve a la policía retirando de un edificio de clase media baja, un cadáver en una bolsa negra. Veinte puñaladas. Masajista empleado en un geriátrico, 58 años, acuchillado por taxi boy.

De pronto, él, que siempre había sido amado por ella desde la culpa, se veía amándola por lástima. Él, que creía haberla olvidado, descubre que todavía la ama. La enfermedad de ella es tan real que él se ve obligado a creer en una resurrección afectiva. Caminan por la calle, y ella, enclenque, parece renguear. Durante todo el trayecto él duda: ¿lo imagina o en efecto ella renguea? ¿Puede cojear una mujer tan hermosa? Se despiden y queda el remordimiento: ¿y si todavía la amara? Repentinamente



toma conciencia del dolor que le generaría perderla y salda cuentas con su pasado: ¿por qué no está con ella? ¿Qué los separó? La respuesta es imprecisable; seguramente no sea la que, para mitigar el dolor, se creó en su momento. Lo cierto es que hacía rato algo no lo afectaba tan profundamente y no lo transportaba hacia un borde en el que todas las certezas titilan. La posibilidad de que el otro muera parece transportarnos a un extremo de la cordura. Tensamos una cuerda que nunca pareció existir. Y pendemos, como imposibles ahorcados. Podemos el plumaje de la angustia para que el llanto entone.

Oliverio Coelho nació en Buenos Aires en 1977. En 1997 publicó un libro de poemas: *Desmárgenes*. Cuentos y poemas suyos aparecieron en antologías y en revistas literarias de Argentina, México y Cuba. Fue distinguido con el Premio Latinoamericano de Cuento "Edmundo Valadés" (CONACULTA y Gobierno del Estado de Puebla, México) y el Premio de novela en la Biental Internacional de Literatura de Puerto Rico. Entre sus libros figuran *Tierra de vigilia* (novela), *La víctima y los sueños* (nouvelle), "El umbral" (cuento), *Los invertibles* (novela) y *Borneo* (novela).

¿Qué hacer con la sed?

"Más que nunca, escribir me parece un signo de debilidad incompatible", dice Oliverio Coelho. Y agrega: "el escritor, después de esfuerzos inútiles, otra vez va a volver a cero". La literatura podría ser vista como una enfermedad que contribuye a aquilatar la consistencia de la salud. El más admirable escritor que conocí era un hombre que periódicamente necesitaba hundirse en un intolerable, absoluto desaliento, sin resistirlo ni aclararlo. Era un hombre aturdido por los choques y que necesitaba de los choques para poder soltar amarras, una y otra vez.

Ese hombre se preguntó un día: ¿qué hacer con la sed en una tierra sin agua? Y respondió: volverla dignidad. ¿Será tal vez que la fuerza principal de cada quien no proviene de aquellas que son sus aparentes virtudes, sino de sus defectos? La fragilidad del escritor debería ser entonces su mayor poder.

Aquel poeta decía que no somos lo bastante hábiles para extraer de nuestros instrumentos las notas más limpias, ni tampoco lo bastante honestos para confesarlo, ni bastante hipócritas para disfrazarlo, ni bastante cínicos para consolarnos, ni bastante obstinados como para intentarlo sin cesar.

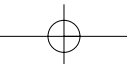
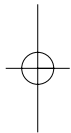
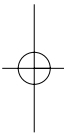
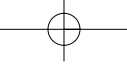
Probablemente por eso suponía que lo más saludable es procurarse obstáculos; quizá sólo ellos nos fuerzan a inventarnos una inteligencia nueva.

Una vez me aconsejó que no escapara al hecho de tener que atravesar lugares fastidiosos o indignos, y aseguró que quienes los evitan para preservar su supuesta nobleza, dan el aire de haberse quedado a mitad de camino en todo. Me miraba con la calma de alguien que acabara de emerger de una lucha tremebunda en el fondo del océano. Sus ojos parecían insinuarme que debemos ser pacientes con nuestros defectos: No los vas a corregir de golpe. ¿Qué podrías poner en su lugar?

Florencia Abbate

Los inmigrantes





Los húngaros

Ariel Dillon

He oído decir a la gente que uno se acostumbra a todo. Habían pasado muchas semanas desde que ella se fue, pero ni un pejerrey de costumbre picaba en las aguas quietas de mi soledad. Quizá con razón se me pueda imputar una imaginación estrecha: lo cierto es que no concebía peor suplicio que el de encontrar a la soledad perpetuamente joven, siempre nueva, desperezándose cada mañana con una lozanía recuperada. Que se me insinuara no sólo en casa, sino también en la calle, cuando salía a comprar algo para comer o viajaba distraído en el subte. Que en mi trabajo siguiera el ritmo de mis dedos sobre el teclado de la máquina. Que tarareara en mi oído mientras yo cerraba los ojos bajo la ducha.

Pero nada es para siempre, ni siquiera la eternidad. Cierta noche me desperté de un sueño desapacible en el que veía, como si la cocina se hubiera convertido en una especie de ópera entomológica, la circulación de unas cucarachas negras, grandes, algo artificiosas, que parecían diseñadas por un vestuarista alucinado. No me daban asco sino un vago terror, porque aquellas bichas, así disfrazadas, no podían traerse otra cosa que malas intenciones. Eran pocas, y poseían un gran sentido escénico. Yo guardaba una distancia prudencial y, por alguna razón, infranqueable. Sin atinar a nada las veía mero-dear, como si representaran el cuadro de una conspiración. Luego se metían por la parte de atrás de la heladera. Inopinadamente encontraban un pasaje para colarse hacia el interior, que estaba vacío, y donde todavía podía verlas describir círculos por la

parte baja, allí donde suele estar el cajón de la fruta. Ahora bien: ¿por qué no podía hacer nada? —ése era el tema de mis cavilaciones en el momento que siguió, cuando todavía sin abrir los ojos comprendí que había estado soñando—. Me dije que había sabido todo el tiempo que se trataba de un sueño, y por lo tanto que no tenía sentido intervenir, como no es preciso que el público intervenga para defender al héroe de una película cuando el villano lo amenaza. Pero no por ello la acción me resultaba menos ominosa, palabra que proviene del latín *ominosus*: “de mal agüero”, según leería, tras encender el velador y constatar que eran las cuatro de la mañana, en el breve diccionario etimológico compuesto por el señor Corominas, y que, en ese momento, atravesado en la cama matrimonial como en una suerte de meseta patagónica de mis íntimas miserias, me tocó por decirlo así la espalda con la vara erizada del presagio.

Así que de algún modo estaba prevenido cuando empecé a bajar la escalera con la intención de llegar a la cocina a servirme un vaso de leche fría. Creo que me llegaron en el mismo momento, cuando iba por la mitad del segundo tramo, el refucilo azulado y el zumbido monótono sobrepuesto a esa especie de fritura que se queda en el ambiente cuando interrumpen la transmisión. Más que miedo, tuve algo como un despertar: “ya sucedió”, me





“Pero no por ello la acción me resultaba menos ominosa, palabra que proviene del latín *ominosus*: «de mal agüero», según leería, tras encender el velador y constatar que eran las cuatro de la mañana, en el breve diccionario etimológico compuesto por el señor Corominas...”

dije, y el cumplimiento de lo que fuera que ocurría me colocaba en una situación enteramente nueva, que por ahora, y hasta el momento de una ulterior caída, tenía las características de un vuelo, como si se hubiera transferido a la vigilia aquella condición de espectáculo que había experimentado durante el sueño. Pero la libertad tiene sus reglas: tal vez podría levitar o atravesar las paredes, pero nada podía hacer para escapar a mi propio Destino –a estas alturas probablemente instalado allí mismo, mirando la tele en mi propio living–.

El hombre y la mujer dormían, ella sumisamente, arrebujada en mitad de un colchón irregular, tendido en el suelo. El camisón, quizá blanco en sus orígenes, plegado en feas arrugas sobre la espalda menuda, ligeramente encorvada: la cara hacia la pared. El hombre, grueso, intemperante ya por la barba de dos días, el pelo ralo y negro, los ronquidos que dotaban a la escena de un ritmo, casi de un rumbo, como los cabeceos regulares de un barco en altamar señalan de alguna manera el ímpetu que sólo puede brindarle a la nave el tener un propósito, el presentimiento de un puerto.

Los niños, en número indefinido, se apiñaban sobre un mosaico de viejas colchonetas de lana distribuidas sobre el generoso vacío que dejó en aquel ambiente el reparto de nuestros bienes muebles; dormían en intrincadas figuras formadas por los cúmulos tiernos de sus miembros aleatoriamente entretreverados. Del conjunto que eludía –con dudosa indeliberación– la síntesis, podía aislarse, como se aísla de su excipiente un doble principio activo, el par de ojos inmóviles, brillantes y absortos y sin embargo serenos, como los de una esfinge.

Pero la mirada de la muchacha no me planteaba ninguna pregunta, a mí, parado en el vano de la puerta, en pijama, con la mente en blanco o apenas con una sonrisa invisible –interior– en el receptáculo acuoso de mi conciencia: una sonrisa helada que plantaba, como la bandera de los yanquis sobre la luna, el reconocimiento de una fatalidad trivial en la



cenicienta meseta de los eones indolentes.

—Ya sucedió —musité como un viejo loco, con una media risa inclasificada. Discretamente, casi en puntillas, subí la escalera con el vaso de leche que me había servido sin cerrar la puerta de la heladera y cerrándola después delicadamente para evitar el menor ruido. No me atreví a apagar la tele: es sabido que hay gente cuyo sueño se disipa en cuanto se suprime esa radiación del mundo material que parece custodiarlo. Con los brazos en jarra, el aparato siguió velando en medio del living como un satisfecho domador catódico. En la casa, igual de vacía como lo había estado tantos días, había sin embargo un principio humano, un núcleo indescifrado de respeto, una presencia primitiva: una tribu.

Dormí bien lo que restaba de la noche. No hubo desvelos, ni la típica indecisión que asalta al solitario novato: comer en la cama o en la cocina, leer un libro o apagar la luz, cerrar la persiana o mirar las es-

“Serán, pensé, por siempre húngaros, y sólo cuando los hijos, a su vez, traigan al mundo nuevas docenas de bizcochos rubios, salados, gimoteantes, esos hijos se fundirán con las multitudes ensimismadas y sin patria de mi país: la legión extranjera.”

trellas, masturbarme ampliamente o buscar un cándido abandono.

A la mañana siguiente me fui de casa temprano, felicitándome del buen dormir y del prístino madrugar: no amanecía del todo cuando entré al baño a ducharme. Felizmente fui de cuerpo, como se dice, al levantarme: podría comprarme un diario y meterme a desayunar en un bar. Cerré la puerta con un clic apagado: desde el recibidor apenas había visto, allí dentro, una penumbra fresca, indefinida como esos arabescos que reptan en el fondo de la retina cuando nos frotamos con fuerza los párpados cerrados, inocente como la respiración imperceptible de diez niños dormidos. La aseguré desde afuera, había otro juego de llaves colgado cerca de la puerta.

Todo ese día estuve ocupado en agrios menesteres, la ciudad me dictó al oído su rugido sucio, me apretujó, me pisó las puntas de los pies, me encerró en feas emboscadas junto a decenas de otros orates como yo, contra sus alientos, sus barrigas, sus espaldas pringadas de la exudación tuberculosa de la urbe. Esperé, saqué número, vigilé un panel de globitos rojos al acecho de la coincidencia improbable de sus penosas metamorfosis lumínicas con la cifra escrita en la crisálida de papel que se enrollaba, se adelgazaba y se volvía áspera entre mis dedos. Llené un insensible formulario al que le daban lo mismo mis viejos discos de Billie Holiday que el diploma de graduación del profesorado de música de mi mujer, jamás refrendado en su vida

por un solo gesto, digamos, musical, pero enmarcado en un coqueto rectángulo de volutas doradas a la hoja, y por fin conseguí despachar casi todo lo que había poseído en el mundo a ese país lejano donde la ingratitud había llevado a la cautiva, entregada a un malón de rencores y sentimientos de revancha, a iniciar lo que llamaba, sin la menor traza de pudor literario, su vida nueva.

A media tarde, concluidos los trámites, decidí que podía darme por excusado en el trabajo por las pocas horas de actividad que la prepotencia del día todavía me reclamaba, y rumbeé para casa en el 92, que no me deja demasiado bien pero que en cambio me proporcionó una escala en la rotisería de Aranguren donde después de una breve espera incentivada, esta vez, por exóticas promisiones olfativas y visuales, me decidí por una docena de pelotitas (de rugby) de *gefílte fish*, una bandeja de lengua a la vinagreta, otra de ensalada rusa, unas cuantas croquetas de papa y queso, vino tinto, y unas mousses de chocolate del Doctor Dieta que había probado en el último régimen *pianissimo* encarado a dúo con mi mujer, antes del *forte* de la coda.

No puedo quejarme de la recepción que me dispensaron. Es cierto que dos de aquellos críos como chivos esquilados y rubicundos que se peleaban en el recibidor habían enchastrado la pared con algo así como un engrudo azul, pero ya antes de abrir la puerta pude sentir el inconfundible olor del *borsch* humeando en la cacerola, la simple y acaso necia pujanza de la vida en los latidos de su propia multiplicación, ese sentimiento de abundancia y de paz

“La aparición de la muchacha no habría podido confundirse en mil años con una figura soñada: su largo vestido blanco parecía hecho de vapor, pero dibujaba la inmediatez de su cuerpo en el haz de la oscuridad; ceñida la breve frente por una corona de pálidas florcitas, altiva la mirada, los labios adelantados en una promesa de entrega.”

interior que yace en la conciencia de la continuidad de la especie. Exaltado con estas impresiones di vuelta a la llave en la cerradura y encontré estos cuerpos amigos, dispuestos a la hospitalidad y la confraternización. Debo decir que estaba emocionado cuando el hombre me alcanzó una silla, y que me senté sin sacarme el saco y la corbata más que nada por una suerte de desmayo que me impidió toda formalidad, toda posposición de una entrega que encontraba inexorable, como una comunión no buscada sino descubierta de pronto en su verdad evidente.

La menuda señora me alcanzó un vaso de vino, que alcé a la salud de todos antes de empinarlo, y el hombre se me acercó, gesticulando ampliamente, abriendo sus grandes ojos de sapo en señal de completa sinceridad:

–*We, all we... tutti... Hungarian* –me dijo. Y des-

“Cerré la puerta con un clic apagado: desde el recibidor apenas había visto, allí dentro, una penumbra fresca, indefinida como esos arabescos que reptan en el fondo de la retina cuando nos frotamos con fuerza los párpados cerrados, inocente como la respiración imperceptible de diez niños dormidos.”

pués, con una breve expansión horizontal de las manos y una inclinación taimada de la cabeza, en voz más suave, como un secreto que ya fuera inútil ocultar:

—*Emigrés.*

Asentí con la cabeza en silencio, como si comprendiera, y en verdad sintiendo que comprendía la compleja plenitud de lo que venía estibado en esas palabras, y finalmente sonreí, para después señalar los paquetes de la rotisería, que había dejado en la entrada.

Hubo como una exclamación conjunta, una especie de “¡Ah!” y un intercambio de miradas que tenían una rara luz de confirmación, producto al parecer del beneplácito que les causaba, no ya mi material aporte alimenticio, sino el reconocimiento espiritual que encerraba mi gesto, y que fue el preludio y la indicación de una suerte de fiesta improvisada, del goce conjunto de la noble sencillez de aquella mesa, de una charla hecha en todo caso de inclinaciones de cerviz, de elevaciones de vasos de vino, de aires populares esbozados *a capella* por aquellas voces dulces, cargadas de la nostalgia de la tierra amada. Por dos veces creí sorprender la mirada de mi joven esfinge, momento de turbación que vino a ser interrumpido por la descarada actitud de una de las hermanas menores, apenas una chiquilla, que insistía en sentarse sobre mis piernas, exhibiendo unos muslos sucios, aunque suaves y tersos por debajo de la faldita de algodón cuajado de manchas de *borsch* y de huellas de dedos oscuros.

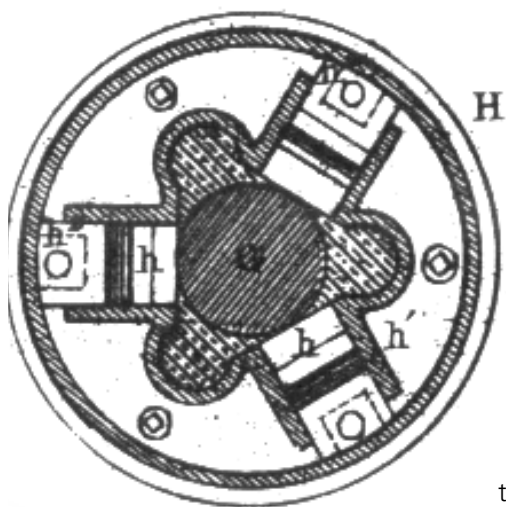
El hombre, que balbuceaba, por sobre la indesci-

frable jerigonza chillona y alegre de los demás, algunas torpezas reconocibles en dos o tres idiomas que comprendo, me refirió su apacible y esperanzada vida anterior, su orgulloso oficio de panadero y la gran fama de la confitería Pásztor en todo Budapest, las peligrosas vicisitudes de su huida, la trágica pérdida del hijo menor, cruzando el mar, y la alegría exhausta y dolorida de haber llegado a América. Traté de congraciarme, contando la similar saga de mis abuelos, casi setenta años atrás, desde otro lugar del cambiante mapa de Europa, pero a poco de haber empezado comprendí que carecía de elementos, que la mía era una historia inerte, desprovista de la inefable vibración de lo vivido, amortajada en su propia condición de herencia, de mito.

Comimos los postres en silencio. Más tarde ofrecí un par de colchones viejos que yo tenía arriba, en ese territorio privado que una tácita discreción les había hecho respetar. El hijo mayor, ya todo un hombrecito, me acompañó a la habitación chica para después bajar a los tumbos, cargando cada uno con un colchón.

Observé que algo de su común extranjería podía leerse hasta en el gesto más sutil del padre, en cada silencio de la madre, en las ruedas dentadas de las espaldas de los niños inclinados sobre sus platos de sopa. Serán, pensé, por siempre húngaros, y sólo cuando los hijos, a su vez, traigan al mundo nuevas docenas de bizcochos rubios, salados, gimateantes, esos hijos se fundirán con las multitudes ensimismadas y sin patria de mi país: la legión extranjera. En ellos no hay impostura, me dije, o su





H
impostura está destinada a otros ojos, que ya no la verán.

Nos dimos las buenas noches con breves abrazos o sosteniéndonos las manos y las miradas en el calor de un viejo afecto, como parientes que se han vuelto a reunir después de una larga separación y que se reconocen otra vez, con una melancolía inevitable. Los más pequeños se me aproximaron uno a uno para besarme, inundándome con ese olor pastoril, agri dulce y conmovedor de niño sucio. El padre me abrazó y besó mis dos mejillas. Luego tarareó, como si eso expresara lo que las palabras no le alcanzaban para decir, un aire raro y triste en el que creí distinguir, transformado como si también la música hubiese recorrido con él un largo periplo, el motivo del Mesto, que se repite en un cuarteto para cuerdas donde aquel otro emigrado húngaro dejó tallada su desdicha. Sachu, la hermosa muchacha de ojos de esfinge, me besó como se besa a un abuelo o a un padre, y musitó unas palabras de ternura infinita, que yo supuse querrían decir: "buenas noches, tío argentino, ¿cómo podría agradecerle?". Reprochándome lo

que me pareció un doloroso –e involuntario– error del corazón, una afrenta a la delicadeza de esa muchacha y a la confianza de sus padres, volví a sentir, bajo la dulzura de ese beso y en la cálida resonancia de aquellas palabras desconocidas, la misma felicidad y el ilimitado espanto que me había producido diez años antes una sola palabra, trémulamente emanada de la oscuridad irresponsable y ciega del alma de la ingrata: "Sí".

Pero el gesto de Sachu, en rigor una niña, no había sido muy diferente a la cariñosa despedida de sus hermanos y hermanas, una pandilla escalonada de sobrinos nuevos, recién venidos de la *mitteleuropa*, mientras la madre se enjugaba las lágrimas con el delantal, riendo a la vez con la transparente bondad de la cara, con la pequeña nariz roja y húmeda, con los ojos de insondable tristeza celeste, con el dorado pelo prematuramente encanecido.

La noche fue de calor y no resultaba fácil conciliar el sueño. Recordé que también se concilian las cuentas y pensé con fastidio en mi rutinaria profesión: había sesgado a un ángulo demasiado agudo el panorama del mundo. Imposible saber lo que había quedado fuera de ese cono de visión. Una forma, una pálida silueta esquiva me temblaba en el rabillo del ojo, entornado a la oscuridad compulsiva de la noche. Había dejado abierta la persiana, y aquel páramo negro con unas pocas estrellas me parecía tan insomne como yo.

La aparición de la muchacha no habría podido confundirse en mil años con una figura soñada: su largo vestido blanco parecía hecho de vapor, pero



“Esta misma mañana, al entreabrir los ojos, sólo vi a la muchacha que se acercaba, como en sueños, en puntas de pie, silenciosa como una geisha enviada a complacerme en su camisón de agua clara.”

dibujaba la inmediatez de su cuerpo en el haz de la oscuridad; ceñida la breve frente por una corona de pálidas florcitas, altiva la mirada, los labios adelantados en una promesa de entrega. No me atrevo a repetir, por temor a disipar su dulzura, el nombre que me fue susurrado entre las sábanas, que se me impuso como si de nuevo me hubiesen traído al mundo. Y no hay un nombre para el exquisito calor de su abrazo, para el interminable mar de su piel nueva, húngara.

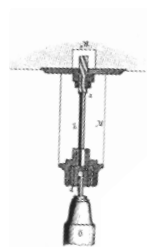
Dormí, finalmente, como un recién nacido, nutrido en el pecho turgente y cálido de la madre naturaleza, mecido en los brazos firmes y castos de la tierra fresca, bajo la tutela silenciosa y danzante de todos los dioses paganos.

Esta misma mañana, al entreabrir los ojos, sólo vi a la muchacha que se acercaba, como en sueños, en puntas de pie, silenciosa como una geisha enviada a complacerme en su camisón de agua clara. Depositó en un costado de mi cama una bandeja: por el pico de la jarra el café con leche humeaba como una locomotora atravesando los Balcanes. La niña salió enseguida, sumisa o reservada, sin decir una palabra.

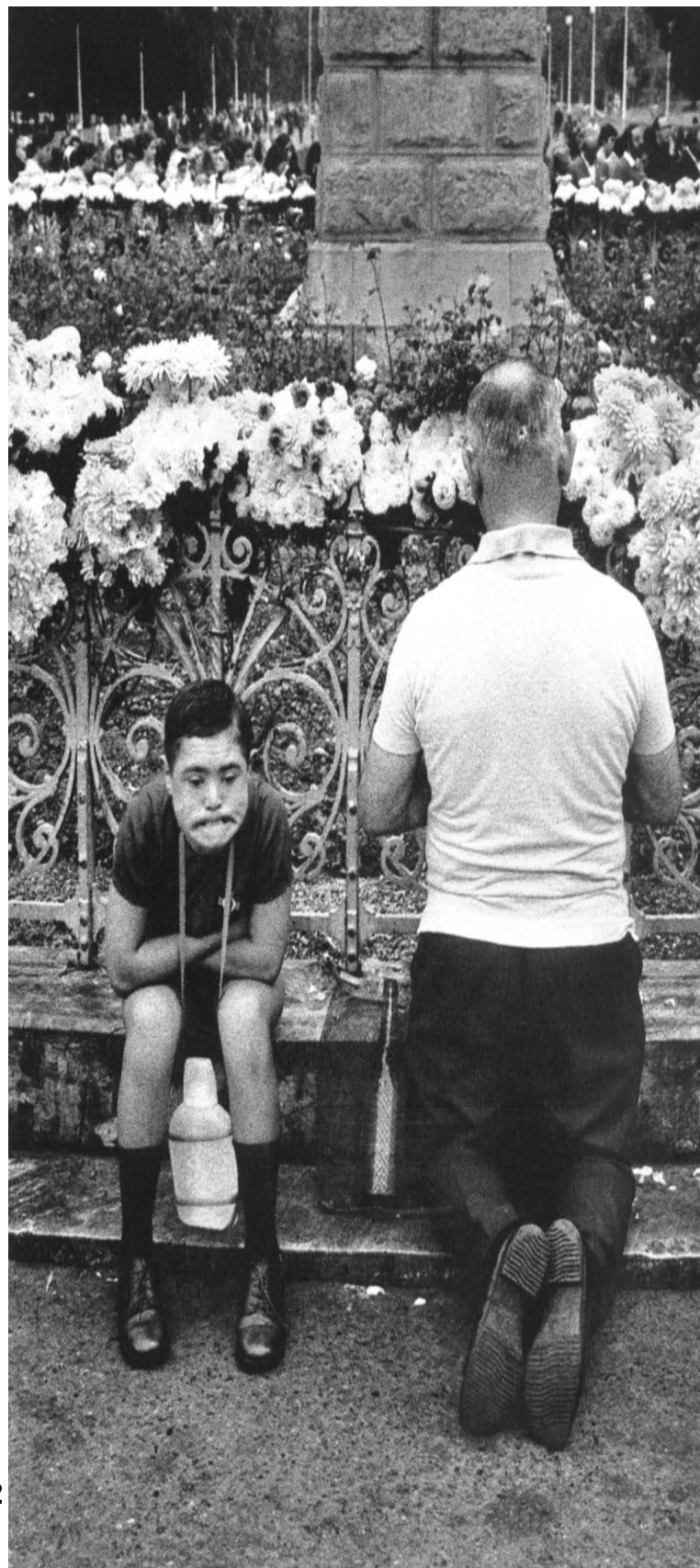
Ahora miro por la ventana de la oficina la calle que la canícula ha vaciado para echar su contenido en otra parte, y que ni siquiera me presta, como notas en un pentagrama profético, algunos transeúntes que tracen una melodía improvisada sobre las lí-



neas de las veredas. Ahora me interrogo en vano, cuando debería concentrarme en anotar sobre esta hoja los habituales números bajo el debe y el haber. Me pregunto si entendí bien lo que el señor Pász-tory quiso decir hoy temprano, cuando me acompañaba hasta la puerta tomándome el brazo, exultante de entusiasmo y clarividencia, y me hablaba de una gran sociedad familiar, de los bizcochitos de anís de la Nueva Budapest, la confitería más famosa de América, y de sus muchas sucursales futuras: tantas como hijos había querido Dios que este buen hombre y su esposa trajesen al mundo –salvo el benjamín, claro está, que en paz descansa allá en su tumba submarina, visitada sólo por las criaturas de los abismos, que patrullan la noche perpetua de las profundidades con esa luz desprovista de calor que emiten sus propios cuerpos. La llaman la bioluminiscencia, yo una vez vi un documental sobre eso en un programa de la BBC.



Ariel Dillon es traductor (ver “Asesinato de una mosca”) y periodista (sus artículos, entrevistas y críticas librescas aparecieron en la revista *3 Puntos*, en *Página/12* y en *Clarín*). Acaba de publicar *Vladimir Nabokov y las lecciones de literatura* en la editorial Campo de Ideas. Pese a escribir asiduamente cuentos y novelas, su obra permanece inédita, lo que no puede achacarse a la incapacidad de los editores argentinos a dar la bienvenida a los nuevos autores, sino a su extremo y perjudicial sentido autocrítico.



Los albaneses

Ermanno Cavazzoni

Vidas breves de idiotas

Eudeba, Buenos Aires, 1999 (pp. 39-42).

Govi Naldo era empleado de la perrera municipal. Esa tarde un perro se había escapado de la perrera; él y un colega perrero habían corrido detrás de él durante una media hora; lo habían alcanzado en la cima de una colina, donde el perro se rebeló y lo mordió al Govi en la canilla. Este hecho probablemente lo perturbó, o quizás ya estaba perturbado desde hacía tiempo. Volvió a casa y le dijo a su mujer:

—Buen día, ¿qué desea?

Y la mujer:

—¿Ya estás aquí con tus estupideces?

En los diálogos usaba muy a menudo esta fórmula. Él la miraba: no le parecía haberla visto nunca antes; su mujer no era una belleza. Y entonces el Govi pensó: "Ésta es una loca, hay que seguirle la corriente". De hecho la mujer estaba despeinada y con una bata vieja que usaba para limpiar la casa. Por lo tanto no parecía una señora muy honorable. Ésta es una loca y una vagabunda —pensó— que se cree que vive aquí." Después Govi no volvió a hablar porque sentía acidez en el estómago. En la cocina había un hombrecito bajo, que era su hijo, pero él no lo reconoció. Pensó que habría entrado junto con la mujer. Pero este hombre ni siquiera se había dado vuelta para saludar; estaba comiendo algo, probablemente queso. No los echó porque le parecía que había algo más que no recordaba. Por ejemplo, cómo es que tenían las llaves. Y cómo era que no tenían miedo de él. Incluso se comportaban como si fueran los dueños de la casa.

Así que desde ese día, cada mañana cuando se

despierta descubre que esa gente sigue estando en la cocina; sobre todo el hombrecito le da escalofríos, porque están empezándole a salir pelos en la cara y pústulas forunculosas. Pero hace de cuenta que no le importa. La mujer parece siempre preocupada porque el hombrecito no come lo suficiente. Son sus familiares, pero él ya no los reconoce. Dice cada tanto frases de circunstancias sobre el café con leche, y mientras tanto observa cómo untan la manteca en el pan y cómo el hombrecito come salchichas.

Durante un cierto período de tiempo pensó que venían de Albania, y que él había firmado distraídamente un papel en el cual se comprometía a hospedarlos. De hecho había firmado una carta a favor de los prófugos, eso lo recordaba, y también se lo recordaba el colega de la perrera, Zamboni, al que le decía:

—Tengo dos prófugos en casa. Un hombre y una mujer.

Zamboni decía:

—¿Y qué esperabas?: firmaste.

Sus familiares no se habían dado cuenta de que ya no eran reconocidos, sólo sentían un poco más ambigua su manera de hablar. La mujer siempre había pensado que su marido era un pobre idiota, co-



“Después el hombrecito lo miraba de reojo, y también la mujer lo miraba como a uno que no merece nada. Estos dos albaneses se habían apropiado de la casa y la usaban durante el día como freiduría, y como dormitorio de noche. En particular la mujer, que dormía en la cama con él.”



mo le decía siempre; a menudo pensaba que a veces lo era todavía más.

Después, dado que el Govi sufría de úlcera gastroduodenal, había llamado al doctor, el doctor Prini, gracias a quien se ha conocido el caso, que de lo contrario habría permanecido (insospechable) en la ignorancia.

—Hay una gente allá —decía al doctor—: es una señora y también hay un hombrecito —era su hijo—, que me da un poco de asco.

El doctor Prini lo visitaba y lo escuchaba interesado, pensando que podía tratarse de una complicación de la úlcera. El Govi decía que el hombrecito medía un metro cincuenta y que él trataba de mantener la distancia porque emanaba un olor a nylon elástico. Llevaba ropa de la Cruz Roja Internacional.

—¿En general —preguntaba—, los desinfectan?

También la mujer tenía un olor indefinible, olor a hospital.

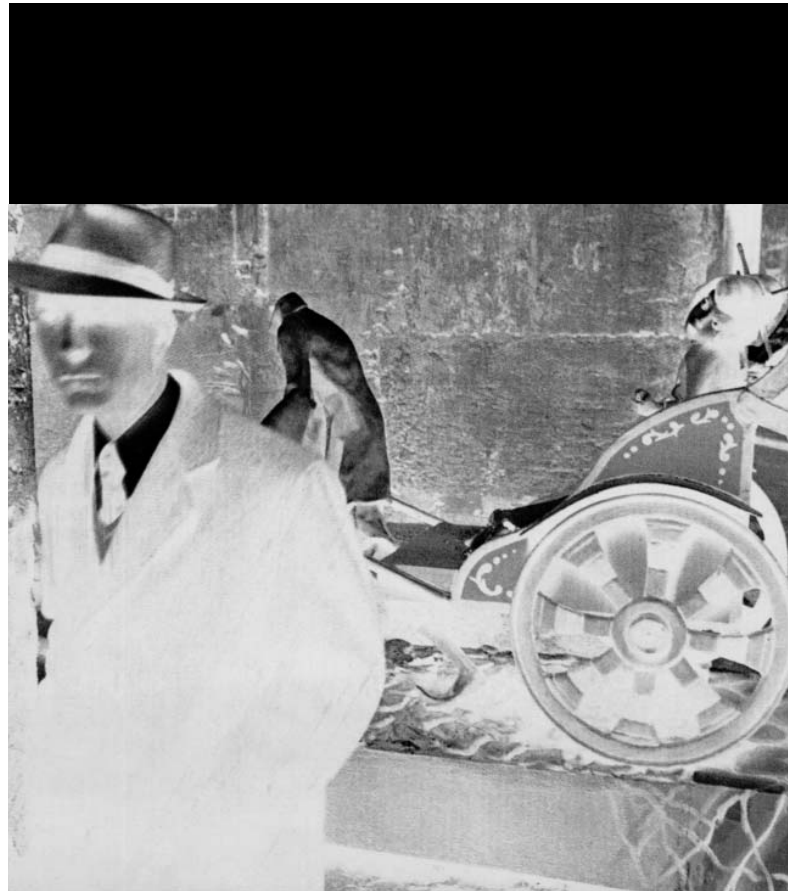
—¿A lo mejor —preguntaba—, es el olor de la enfermedad que tienen ellos?

Esta mujer daba vueltas por la casa como si estuviera en su casa, en Albania. En cierto sentido era cómodo porque todos los días preparaba tortillas y albóndigas destinadas en gran parte al hombrecito. Si sobraban, él también comía. El hombrecito comía mucho, como todos los albaneses; y la mujer también. Se sentaban delante de un montón de albóndigas y empezaban a comérselas; después bebían y seguían comiéndolas durante diez minutos. A veces empleaban más tiempo porque alternaban las albóndigas con la tortilla. Él conseguía comer un poco de tortilla, que a decir verdad no estaba mal hecha. Después el hombrecito lo miraba de reojo, y también la mujer lo miraba como a uno que no merece nada. Estos dos albaneses se habían apropiado de la casa y la usaban durante el día como freiduría, y como dormitorio de noche. En particular la mujer, que dormía en la cama con él. “Mejor ella que el hombrecito”, pensaba el Govi, aunque no sabía quién le daba más asco de los dos. La mujer,

en la cama, hacía ruido, especialmente cuando respiraba. Y también en el otro cuarto se oía respirar al hombrecito, que había ocupado el sofá. La situación se parecía a un campamento. Pero el problema era éste: ¿qué había firmado? ¿No podía el doctor averiguar algo con discreción –le preguntaba durante sus visitas– sin dar la idea de que quería dar marcha atrás? Mejor dicho –quería que el doctor preguntara–, ¿cuánto tiempo, por lo general, se quedan los albaneses? ¿No hay para ellos campos de concentración? Decía que estos albaneses le acentuaban los síntomas de la úlcera, porque lo único que se comía eran cosas fritas.

Después, a pesar de ser joven, también el hijo tuvo algunos síntomas de úlcera, que a lo mejor era un mal congénito, y empezó a no reconocer a sus padres. Esto es lo que dice el doctor Prini. Se despertaba durante la noche, ya no entendía qué hora era; entonces daba vueltas por la casa sintiendo acidez en el estómago y descubría en el cuarto de al lado a dos personas que dormían en la misma cama. Se devanaba los sesos tratando de imaginar quiénes podían ser. Después se iba a mirarlos más de cerca y en la penumbra le parecía que se trataba de un hombre y una mujer. El hombre roncaba ligeramente. Se quedaba allí, estudiándolo un poco, y también estudiaba a la mujer. No entendía cómo habían hecho para entrar. Para él era un misterio. Le parecían una pareja de esposos que habían venido a dormir a su casa. A lo mejor una pareja de vagabundos o desamparados. Los veía también de día; la mujer estaba siempre en la cocina y freía; él (el hijo) comía las frituras, y ella seguía friendo. Después llegaba el hombre que era un poco calvo y también comía ávidamente, especialmente si había tortilla; después se tocaba el estómago con la mano y decía que no digería bien. Como a menudo oía hablar al hombre de esa Albania lejana, pensaba que fuesen de allí.

El doctor Prini está convencido de que en la base del caso está la úlcera, en la forma hereditaria que





da la idiotez parcial lipomnemoica (o sea, con vacíos en la memoria). Dice que a menudo sucede que en una familia sus miembros no se reconocen, sin que esto se note. En la base de todo está la fritura, que para el organismo es un veneno. El doctor Prini está escribiendo con este fin una nota que aparecerá en el *Diario de Higiene y Profilaxis*.

Traducción de Guillermo Piro.



Ermanno Cavazzoni es profesor de literatura en la Universidad de Bologna. Es autor de las novelas *El poema de los lunáticos* (1987) —llevada al cine por Federico Fellini con el título *La voz de la luna*—, *Cirenaica* y de dos libros de cuentos: *Vidas breves de idiotas* y *Los escritores inútiles*, recientemente publicado en Argentina por la editorial Emecé.

Cavazzoni describe a sus personajes evitando cualquier tipo de compromiso calificadorio (es un maestro en eso), cualquier juicio, cualquier presunción o toma de postura que lo haga levitar sobre las cabezas de sus retratados, como suelen hacer los escritores dotados del don divino de la levedad.

Pero en realidad no inventa nada.

Gulliver

Nadie quiere ser albanés

Govi trabaja en la perrera. La perrera es un oficio eloquente de la limpieza y la higiene urbanas, como apostrofa el cuentito de Cavazzoni. Pero el relato remite no sólo a la xenofobia sino a la condición de Govi y de su padecimiento. Alguien ha signado al perrero Govi con esa doble mirada. Como buen lumpen, no le ha sido otorgada conciencia de sí mismo, y esa es condición esencial de quienes desempeñan la tarea en los márgenes: los que recogen la basura de los otros, los que limpian cloacas, la bosta ajena, los aborteros, los policías, los curas. Digo, si estos tipos, los carros atmosféricos de la sociedad, no hicieran su trabajo sin culpa, tendrían que hacerlo los culpógenos. Y ahí sí que estaríamos jodidos en eso de la buena conciencia. Porque alguien ha sido investido con la labor de golpear por uno, de aplicar la ley que otros escribieron para que el autor intelectual descansa de pecado.

Pero a Govi la familia se le vuelve “albanesa”, ese país que Europa considera atrasado salvo por fabricar unas pipas excelentes. Los albaneses de Govi son tan culpables como los perros que persigue y mata.

Aunque quizá no: quizá exista en la perrera otra doble jerarquía donde unos cazan, y otros más despiadados matan, o sea, los marginados de los marginados. Que todo el mundo se estratifica en órdenes jerárquicos, caramba.

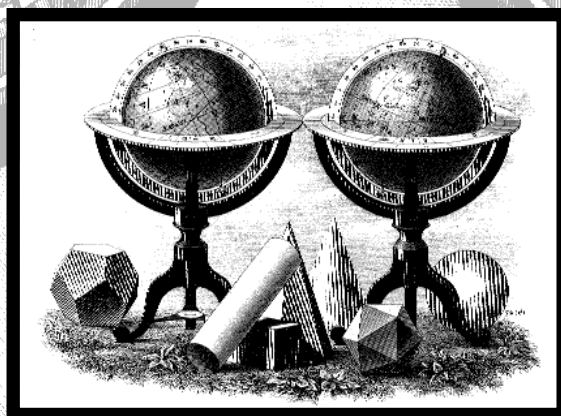
En un partido de fútbol entre Gimnasia y Esgrima de Jujuy versus Gimnasia y Tiro de Salta, hinchadas ambas de inocultables rasgos norteños, los salteños insultaban con la palabra “bolivianos” a los jujeños, pero podría reproducirse un esquema similar en cualquier provincia, municipalidad, comuna, aldea o barrio. Siempre alguien más negro, más indio, más pobre, más albanés, más jodido.

Y al pobre Govi le resta aún el corolario de su desventura: la ciencia que va a convalidar la etiología del mal. El lombrosiano Dr. Prini deriva de fritura, úlcera, y de úlcera, idiocia. Como en un argumento grotesco de Dario Fo, Cavazzoni lo deja a Govi colgado de esa rama.

No hay caso; nadie quiere ser albanés.

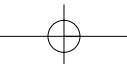
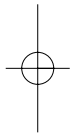
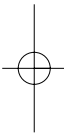
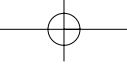
Carlos Bernatek

Viajes al centro de la Tierra



El centro de la Tierra, por más que quieran hacernos creer lo contrario, sigue siendo un enigma. Y como todo enigma es caldo de cultivo para disparar la fantasía.

He aquí tres ejemplos de la mejor ficción subterránea: **Viaje al centro de la Tierra** de Jules Verne, **El viaje subterráneo de Niels Klim** (existe una versión abreviada castellana publicada en España que es mejor olvidar, con el título **Viaje al mundo subterráneo**) y **Tina o de la inmortalidad**, una *nouvelle* del genial "Joyce alemán" cuya obra merece (¡cuanto antes mejor!) ser tenida en consideración, para regocijo y beneplácito de la gente que lee.



Descenso al mundo subterráneo y llegada al planeta de Nazar

Ludwig Holberg

Viaje al mundo subterráneo

Ediciones Abraxas, Barcelona, 2002 (pp. 17-33).



En 1664 acababa yo de capacitarme en la Universidad de Copenhague en las facultades de Filosofía y Teología, y aunque provisto de ventajosos testimonios, mi bolsa estaba exhausta. Me dispuse a regresar a mi ciudad natal, Bergen, en un navío que se hacía a la vela con aquel rumbo y que tardó en coronarlo seis días de dichosa navegación. Si bien es cierto que volví a mi tierra más sabio que me fui, la verdad es que no lo hice más rico; esto me obligó a vivir a costa de parientes y amigos que quisieron ayudarme en aquel tiempo de mi vida, si precaria, no ociosa ni perezosa, ya que queriéndome significar en el estudio de la física —en el cual ya estaba iniciado— me dediqué a recorrer con atención todos los rincones de mi provincia.

Registré ávidamente las entrañas de su tierra, de sus montañas, para apreciar sus distintas calidades. La verdad es que lo escudriñaba todo por si encontraba algo digno de la curiosidad del físico; Noruega contiene algunas rarezas que si se hallaran en otros países serían mejor estimadas. Lo que me pareció más digno de interés fue una caverna en lo alto de una montaña que los indígenas llaman Flöjen. Constantemente exhala la boca de aquella caverna un airecillo no desagradable; ¡parece que

suspira, aspirando y espirando el aire! Aquel fenómeno había excitado ya la curiosidad de muchos personajes, que en la imposibilidad de ir ellos mismos —eran viejos y achacosos— a comprobarlo, acuciaban a sus compatriotas para que sondearan la caverna y estudiaran las vicisitudes de aquel soplo tan parecido al aliento de un hombre que respirara con dificultad.

Cuando decidí descender a la caverna y confié mi propósito a mis amigos, éstos, en lugar de animarme, me llamaron extravagante y desesperado; sus reproches no enfriaron mi resolución. Tanto el afán de hacer nuevos descubrimientos en la naturaleza, como el pésimo estado de mis asuntos económicos, me aguijoneaban para afrontar los mayores peligros. ¡La miseria se ensañaba conmigo, y me era muy duro comer el pan de otro en el seno de mi patria, sin esperanzas de mejoría! Bien valía la pena correr un riesgo que acaso hiciera mi nombre célebre, si es que tenía la suerte de acertar con algo que lo consiguiera.

Con un tiempo puro y tranquilo salí de mi ciudad un jueves por la mañana, pensando en regresar al anochecer. Me engañé en mis cálculos, ya que tardé diez años en volver a ver a mi patria y a mis ami-



gos. Comenzó mi expedición en el año 1665, siendo burgomaestres y senadores de Bergen Hanbs Munthe, Lars Sörensen, Christen Bertelsen y Lars Sand.

Venían conmigo cuatro hombres, pagados, que me llevaban las cuerdas y los garfios que necesitaría para mi descenso. Por Sandvik se sube más fácilmente a la montaña, y ya en la cima nos acercamos al lugar donde se abría el fatal antro. Como estábamos fatigados por el camino recorrido, reposamos, a fin de reparar nuestros estómagos con el almuerzo que traíamos preparado. Mi corazón palpitaba como si me predijera una desgracia. Pregunté a mis compañeros si alguno de ellos querría ser el primero que entrara a la caverna, y, como ninguno me contestó, sentí vergüenza de mi debilidad. Hice un esfuerzo y ordené que me prepararan la cuerda, recomendando mi alma a Dios. Mis instrucciones fueron que aflojaran la cuerda hasta que yo gritase, que se detuvieran entonces, y que si yo volvía a gritar, que me subieran rápidamente. Cogí un garfio que me pareció útil para rechazar los obstáculos que se opusieran a mi descenso, y que me serviría también para mantenerme alejado de los costados de la cueva. Pero, apenas descendí unos diez o quince codos se rompió la cuerda. Semejante desgracia la supe por los clamores y gritos de mi gente, que no oía bien, ya que descendía con asombrosa velocidad.

Debí volar un cuarto de hora a través de la espesa oscuridad. Por fin percibí una pequeña claridad,

como de amanecer; aumentó la luz y pronto descubrí un cielo puro y sin nubes. Fui tan loco como para suponer que aquello era el efecto de la repercusión del aire subterráneo, o que la violencia de un viento contrario me había rechazado y la caverna me devolvía como uno de sus soplos... Sin embargo, no reconocía el sol, ni el cielo, ni los astros que veía... Todos me parecían más pequeños que los nuestros. Llegué a la conclusión de que lo que veían mis ojos sólo existía en mi extraviado cerebro, como efecto de mi turbada imaginación. O quizá había perdido la vida y me encontraba en la región de los bienaventurados. Este último pensamiento me hizo reír, pues me vi armado, de garfio y arrastrando un pedazo de cuerda semejante a una cola, y bien se me alcanzaba que no se iba al Paraíso con semejante atuendo. Por fin comprendí que me encontraba en un mundo subterráneo, y que los que creen que la tierra es cóncava y encierra en su corteza un mundo más chico que el nuestro, no se equivocan.

Entretanto disminuía la violencia de la sacudida que me lanzó abajo, a medida que me aproximaba a un planeta, o cuerpo celeste, que se ofrecía el primero en mi camino. Pronto lo vi tan grande que distinguí fácilmente la atmósfera que lo rodeaba, sus montañas, mares y valles.

Súbitamente, mi vuelo o mi natación en los aires se interrumpió, la carrera que hasta entonces había sido perpendicular se hizo circular. Mis cabellos se erizaron, pues me creí perdido irremisiblemente,

“Sin embargo, no reconocía el sol, ni el cielo, ni los astros que veía... Todos me parecían más pequeños que los nuestros. Llegué a la conclusión de que lo que veían mis ojos sólo existía en mi extraviado cerebro, como efecto de mi turbada imaginación.”

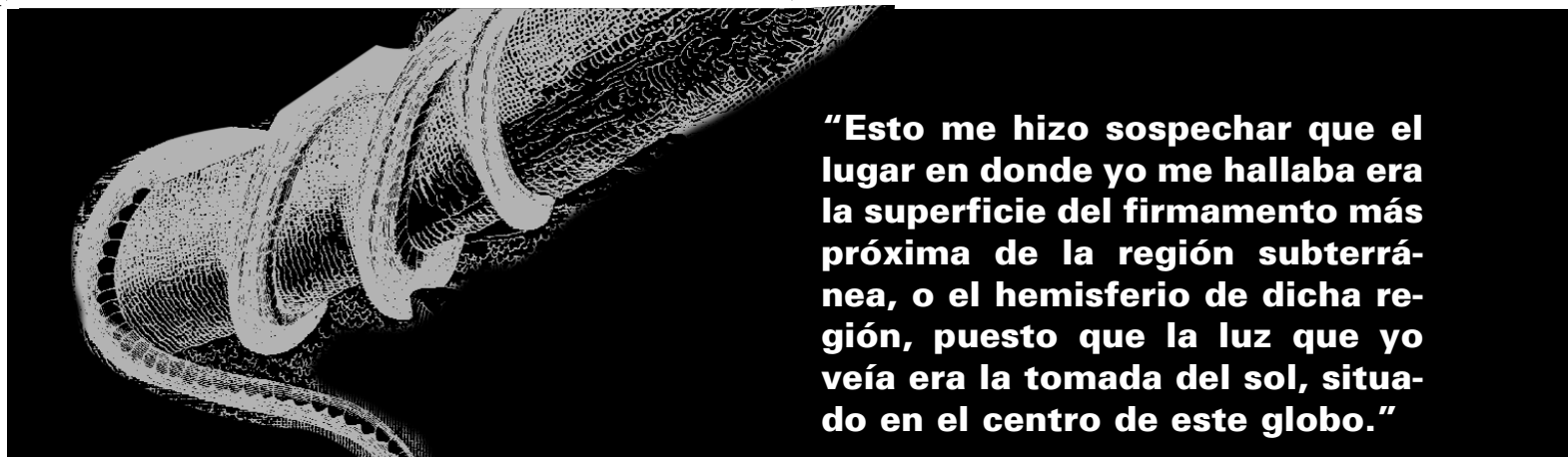
transformado en planeta o satélite de aquel a quien me acercaba, y obligado a girar eternamente alrededor suyo. Realmente aquella metamorfosis no menguaba mi dignidad, reflexioné, pues tanto importaba ser un cuerpo celeste como un filósofo muerto de hambre. Mi valor aumentó al comprobar que, gracias al aire puro en que me movía, no sentía ni hambre ni sed. Al recordar que guardaba en mis bolsillos unos panecillos ovalados de los que llaman *bolken* en Bergen, extraje uno para comérmelo, si lo encontraba de mi gusto; pero, apenas lo mordí, comprendí que todo alimento terreno solamente serviría para provocarme vómitos. Tiré mi pan como cosa inútil, y, ¡oh prodigio!, apenas salió de mi mano el panecillo cuando se quedó suspendido en el aire y comenzó a describir un círculo alrededor de mí.

Mi orgullo se infló a la vista de aquel pan que me contorneaba. Hasta entonces yo había sido juguete de la adversa fortuna, y ¡héteme ahora convertido no en planeta subalterno, sino en planeta al que un satélite debía escoltar y que podía ser contado entre los mayores astros o planetas de primer orden! Confieso mi debilidad: tal idea llenó de tanta vanidad mi espíritu, que si hubiera encontrado en ese momento a los burgomaestres de Bergen les hubiera mirado con desdén, como átomos que no merecían mi saludo.

Debí de estar girando unos tres días en semejante situación. En el planeta que tenía cerca distinguía perfectamente los días y las noches, viendo al sol

subterráneo levantarse y ponerse desapareciendo antes mis ojos. Entre aquellas noches y las nuestras existía gran diferencia, pues después de la puesta del sol, aquel firmamento permanecía iluminado, con un brillo semejante al de la luna: esto me hizo sospechar que el lugar en donde yo me hallaba era la superficie del firmamento más próxima de la región subterránea, o el hemisferio de dicha región, puesto que la luz que yo veía era la tomada del sol, situado en el centro de este globo. Me forjé la hipótesis como hombre al que no le era ajeno el estudio de la astronomía.

Mi felicidad rayaba en la de los dioses, viéndome ya como un astro importante al que los astrónomos del vecino planeta situarían, con el satélite que me acompañaba, en su catálogo de estrellas, cuando apareció ante mis ojos un enorme monstruo alado que empezó a perseguirme de izquierda a derecha y por encima de mi cabeza. En el primer momento pensé que se trataría de uno de los doce signos del cielo subterráneo, y hasta llegué a imaginarme que si fuera Virgo intentaría atraerme su ayuda en la soledad que me rodeaba. ¡La verdad es que aquél era el único, entre los doce signos, que pudiera serme grato! Pero cuando aquel cuerpo se me aproximó, lo que yo vi fue un grifón horroroso y cruel, que me causó un miedo mortal. En mi primer momento de turbación, olvidándome de mi dignidad propia y astral, metí la mano en el bolsillo para sacar mi diploma académico que casualmente llevaba encima, y que enseñé a mi enemigo para demostrarle que ha-



“Esto me hizo sospechar que el lugar en donde yo me hallaba era la superficie del firmamento más próxima de la región subterránea, o el hemisferio de dicha región, puesto que la luz que yo veía era la tomada del sol, situado en el centro de este globo.”

bía sufrido los exámenes de la Universidad, que era estudiante, más aún, bachiller, y que me hallaba en condiciones de vencer a mis adversarios en una disputa. Apenas se me dispó aquel transporte, me reí de mi extravagancia.

¿Qué designio traía el grifón, siguiéndome tan de cerca? ¿Lo hacía como amigo, como enemigo, o atraído por la novedad de mi figura venía sencillamente a contemplarme? Bien podía admitirse esto último, ya que la visión de un cuerpo humano girando en el aire con un garfio en la mano y una larga cuerda a guisa de cola podía excitar perfectamente la curiosidad de un bruto. Aunque, como supe después, semejante apariencia mía dio materia para discursos y conjeturas a los habitantes del globo entorno del cual giraba yo. Filósofos y matemáticos tomaron la cuerda que yo arrastraba por la cola del cometa. ¡Hasta hubo quien me vio como extraordinario meteoro que presagiaba alguna desgracia, como peste o hambre! Otros fueron más allá y dibujaron mi figura tal y como apareció a lo lejos... De modo que fui descrito, definido, pintado y hasta grabado al aguafuerte por los habitantes de aquel globo, antes de abordarlo: Todo esto lo supe des-

pués, y me divertió mucho cuando, habitando dicho globo, aprendí la lengua subterránea. No estará de más advertir que a veces aparecen allí inesperados astros a los cuales llaman *sciscisi* los subterráneos, es decir, cabelludos, y de los que dan horribles descripciones; dicen que los cabellos de tales astros tienen el color de la sangre, y están erizados como crines parecidas a largas barbas. A semejanza nuestra los sitúan en el rango de prodigios celestes.

Pero, volviendo a mi tema: el grifón de que hablaba se me acercó tanto al fin, que llegó a molestarme con el batir de sus alas. La cosa empeoró cuando le vi dispuesto a devorarme una pierna. ¡Ah! ¡Con que aquél era su designio! De la necesidad saqué virtud, y comencé a defenderme del furioso bicho empuñando con ambas manos mi garfio, que un poco contuvo la audacia del enemigo obligándolo a batirse en retirada. Pronto, empero, volvió a atacarme, sin que ninguno de los dos golpes que le asesté consiguieran reducirle. Entonces le hiqué con tal precisión el garfio, que habiéndole alcanzado el lomo, entre las alas, no pude arrancarlo de donde lo clavé. Así herido el monstruo, dio un terrible alarido y se precipitó al globo del que tanto hablé ya. Para mí, y sin causarme el menor daño, caí sobre el globo juntamente con el pájaro, que murió pocas horas después de ser herido.

Pude juzgar que era de noche, al llegar a aquel planeta, por la ausencia del sol; no por las tinieblas,

ya que estaba todo tan claro que podía leer cómodamente mi diploma académico... Semejante claridad nocturna procede de un firmamento que el revés de la superficie terrestre, cuyo hemisferio ofrece una luz semejante a la que la luna nos brinda a nosotros. Por esto es por lo que en el citado globo las noches difieren muy poco de los días, salvo en que la ausencia del sol hace más frío el ambiente.

Acostado al aire libre en espera de los acontecimientos que me depararía la vuelta del sol, sentí que volvían mis viejos achaques, el hambre y la sed. Lamenté haberme desprendido tan ligeramente de mi pan. La fatiga y las mil preocupaciones me durmieron profundamente, y haría sólo un par de horas que roncaba cuando se vio turbado mi reposo por un bramido feroz que espantó al agradable sueño que me arrullaba. ¿Es que había regresado ya a Noruega y estaba contándoles mis aventuras a mis paisanos? ¿O es que me hallaba en la iglesia de Fanoë, cerca de Bergen, oyendo cantar al diácono Niels Andersen, cuya lastimera voz torturaba, como de costumbre, mis pobres oídos? Me desperté sobresaltado, convencido de una de las dos cosas, y hallé, no lejos de mí, un toro. ¡Él era el autor de mi despertar! Tímidamente giré la mirada, y el sol, recién brotado, me descubrió fértiles campos cubiertos de verdor. También vi árboles; pero, ¡oh asombro!, se movían aunque no se notaba el más ligero soplo de viento capaz de agitar una pluma. En el instante en que yo admiraba tal prodigio, el toro se arrancó hacia mí impetuosamente. Me espanté, y al buscar dónde huir advertí cerca de mí un árbol, al cual estimé muy indicado para ampararme de la furia del animal. Me acerqué, lo abracé y comencé a escalarlo... ¡Cuál fue mi sorpresa cuando le oí producir acentos tan penetrantes y agudos como de los de una mujer colérica! Con tanta fuerza me rechazó aquel árbol, que caí aturdido, creyendo haber sido alcanzado por un rayo. Me dispuse a entregar mi alma, pero escuché murmullos y sordos ruidos por todas partes, parecidos a los que se producen

en los mercados o en la bolsa cuando se venden valores. Repuesto de mi aturdimiento contemplé un bosque animado, pues el campo en que me encontraba estaba repleto de árboles, y arbolillos. ¿Dormía yo todavía, o era presa de espectros y malignos espíritus? No tuve tiempo para reflexionar mucho, ya que otro árbol corrió hacia mí, bajó una de sus ramas —al extremo de la cual seis sarmientos le servían de dedos— y me levantó en el aire gritando con todas sus fuerzas. Le seguía gran número de árboles de diferentes especies, que emitían sonidos y acentos realmente articulados pero extraños a mi oído. Sólo pude retener unas palabras: Pikel Emi, que repetían. Acabé comprendiendo que significaban una especie de mono extraordinario. Todos me juzgaban un poco diferente de los titis de larga cola que se criaban en su comarca; algunos me tomaron por un habitante del cielo, traído a tierra por el grifón; lo cual, si prestamos fe a los anales del país, había ocurrido en otras ocasiones.

Todo esto no lo supe yo hasta meses después, cuando aprendí la lengua subterránea. En el estado en que me encontraba ahora, apenas si me creía en el mundo y era incapaz de razonar acerca de los árboles parlantes y animados. Lo único que lograba entender, por las voces que oía, es que los árboles estaban indignados contra mí. Tengo que darle la razón al árbol al cual yo intenté subirme huyendo del toro: era la mujer del intendente de la cercana villa. Si en lugar de ser una dama de su categoría hubiera sido una vulgar mujer, mi crimen hubiese sido menos grave; ¡pero querer violar en público a una matrona de su alcurnia, no era moco de pavo en una nación que se preciaba de modesta y pudorosa!

Fui conducido prisionero a una ciudad de magníficos edificios, ordenadas y simétricas calles, rodeada de un delicioso campo. Las calles estaban llenas de árboles ambulantes que se saludaban al encontrarse; el saludo se efectuaba bajando las ramas. Al pasar nosotros ante una hermosa casa, sa-



lió de ella, casualmente, un roble: todos los árboles que me conducían retrocedieron respetuosamente. Se trataba nada menos que del intendente de la vi-

lla, el mismo de quien se decía que yo quise violar la esposa. Me llevaron a casa de este magistrado, cerrando tras de mí las puertas; lo que me hizo temer un futuro de galeote. Y mi temor se redobló a la vista de los tres guardias que se paseaban delante del hotel, en calidad de centinelas; iban armados con seis hachas, según el número de sus ramas, tantos brazos; tantos sarmientos, tantos dedos. Las cabezas estaban emplazadas en lo alto de los troncos, pareciéndose bastante a las de los hombres. En lugar de raíces tenían dos pies extremadamente cortos, causa de que los habitantes de este planeta caminaran a paso de tortuga. Pensé que si hubiera estado libre les habría desafiado a atrapar-me; ¡tanta diferencia existía entre sus pies y los míos!

Aquellos árboles (a los que consideré dotados de razón) no igualaban en su altura a los nuestros, e incluso no sobrepasaban la talla corriente de los hombres. Los que vi más pequeños y juzgué que eran niños, aunque se les hubiera podido tomar por flores o plantas. Aunque me parecieron sociables, gracias al beneficio de la palabra de que gozaban los citados árboles, ¡cuánta nostalgia sentí de mi patria, y qué laberinto de pensamientos me torturó! Agitado por ellos dejé que mis ojos vertieran arroyos de lágrimas, entregándome como una mujer al

dolor, mientras los arqueros que me guardaban entraron en la habitación en que se me retenía. Los tomé por lictores a causa de sus hachas; me hicieron signos de que les siguiera y me condujeron por la ciudad hasta una gran casa elevada en el centro de una plaza. Hubo un momento en que, paseando por las calles, me creí revestido de dignidad dictatorial por encima de la de un cónsul romano, ya que los cónsules de Roma no iban acompañados más que de doce hachas y a mí me llevaban dieciocho.

Sobre la puerta de la casa adonde fui conducido aparecía en bajorrelieve la figura de la Justicia, sosteniendo en la mano –mejor dicho, en la rama– una balanza. La vista de aquel emblema me hizo comprender que estaba ante el palacio del Senado, cuyas puertas se abrieron para que yo llegara hasta la sala de audiencia, pavimentada con brillantes mosaicos de mármol. Al extremo de la sala vi un árbol colocado sobre un trono dorado, como en un tribunal. Era el presidente. Tenía a su derecha seis asesores, y otros tantos a su izquierda. Según su rango, ocupaban los lugares. El presidente de la asamblea era una palmera de mediana talla, que sobresalía de los otros jueces por la variedad y colorido de sus hojas. Se alineaban a sus costados veinticuatro ujieres provistos de seis hachas cada uno. Me horroricé al verlos y supuse que aquella nación era muy sanguinaria. No obstante, al entrar yo se levantaron todos aquellos jueces, extendiendo sus ramas hacia lo alto. Luego de tal ceremonia recuperaron su sitio. En cuanto a mí, permanecí en el banquillo entre dos árboles que cubrían sus troncos con pieles de cordero. Eran los abogados. Antes de su actuación, el presidente se cubrió la cabeza con un velo negro.

Por tres veces repitió el acusador su corto alegato, contestándole brevemente también el defensor. Siguió un silencio de media hora, al cabo del cual se levantó el presidente quitándose el velo que lo cu-

bría; extendió sus ramas al cielo y pronunció con dignidad ciertas palabras que consideré como mi sentencia. Fui devuelto a mi antigua prisión, de la que esperé que me sacaran para entregarme al verdugo. Mientras llegaba, me dediqué a reconstruir todo lo que me había ocurrido, riéndome de la locura de la nación donde me hallaba. Sus jueces me parecían de pantomima, histriones mejor que magistrados; sus gestos, sus vestimentas, su manera de actuar era más propia del teatro que de un tribunal de Justicia. ¡Cuán superior consideraba a nuestro mundo y cómo sobrevaloraba yo a los europeos sobre los demás hombres! Pero, aunque desdeñaba la estupidez y locura del pueblo subterráneo, reconocía que debía colocarlos por encima de los brutos; a ello me obligaba el esplendor de su ciudad, la armonía de sus casas, que indicaban que aquellos árboles no carecían de razón, no ignoraban las artes ni la mecánica. Empero no les reconocía educación ni cortesía, estando convencido de que entre ellos no encontraría la virtud.

A la mitad de mis reflexiones, llegó un árbol con una jeringuilla en la mano. Se acercó a mí, me desabrochó el pecho, dejándome al descubierto un costado, del que cogió el brazo, lo pinchó, lo sangró, y, cuando me hubo extraído la sangre que quiso, me vendó aquel brazo con una atención a la que se mezclaba la admiración. Y se fue.

Esta nueva aventura me afianzó en la idea que sustentaba acerca de la extravagancia de aquella nación, idea que no deseché hasta que aprendí la lengua del país, cambiándose entonces en asombro y admiración. Porque veréis cómo fue explicado todo esto después.

Al encontrarse conmigo, me creyeron un habitante del Firmamento que pretendió violar a una matrona de la aristocracia. Por tal suposición me llevaron como un criminal a la audiencia. Uno de los abogados exageró mi falta, solicitando el castigo más riguroso. El otro me defendió y solicitó el aplazamiento del suplicio hasta que se averiguara quién

era, de dónde era, y si era bruto o animal razonable. La elevación de las ramas significaba un acto religioso por medio del cual los jueces se comprometían a pronunciarse con justicia entre ambos abogados. Éstos se cubrían con piel de cordero para tener presente la inocencia e integridad que debía presidir sus funciones. Y, en efecto, no hay gentes tan de bien ni tan íntegras; lo cual demuestra que se pueden encontrar en un estado bien civilizado, abogados con buenos sentimientos y probidad. En el país de que hablo, las leyes son severas para los prevaricadores: ni subterfugios ni escapatorias les ponen al abrigo de sus rigores. Nada de asilo, nada de intriga para salvar a los que fueron condenados; ni nadie que solicite favor para los pérfidos. Se repiten tres veces las mismas palabras en esta nación, a causa de la natural lentitud que para percibir las cosas la distingue de otros pueblos. Hay allí poca gente que comprenda enseguida lo que ha leído o escuchado una sola vez. Los que poseen viva comprensión son considerados como incapaces de juzgar procesos, y raramente son elevados a empleos de cierta importancia. Se ha comprobado que el Estado corrió peligro tantas veces como fue administrado por personas de las que se suele llamar geniales. Aquellos a quienes el vulgo llama “tontos” repararon siempre el mal que los listos ocasionaron. Todo esto parece paradójico, lo sé, pero si

“¿Es que había regresado ya a Noruega y estaba contándoles mis aventuras a mis paisanos? ¿O es que me hallaba en la iglesia de Fanoë, cerca de Bergen, oyendo cantar al diácono Niels Andersen, cuya lastimera voz torturaba, como de costumbre, mis pobres oídos?”

en ello se piensa seriamente acabará por no encontrarse tan absurdo como a primera vista parece.

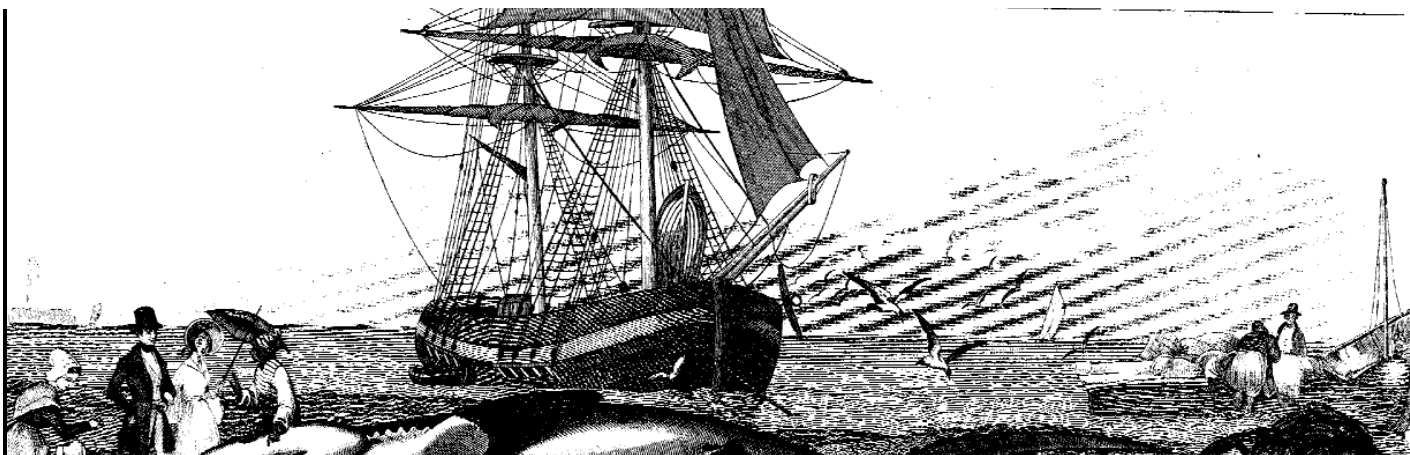
Me contaron la historia de una mujer que llegó a ejercer el cargo de presidente. Era tan inteligente, que fue elevada por el príncipe a la dignidad de *ka-ki*, es decir, juez supremo de la ciudad de la que ella era hija. Es costumbre de esta nación no hacer diferencia de sexos en relación con los cargos del Estado, no considerando más que el mérito personal al conferirlos. A fin de poder juzgar de las calidades de un espíritu y conocer la disposición de cada uno, existen seminarios cuyos directores se llaman *karattes*, que significa examinadores o escrutadores. Su misión es la de sondear y examinar el natural y las cualidades de los jóvenes, para escoger entre ellos a los más aptos para desempeñar cargos públicos, enviando al príncipe una lista general de los diferentes talentos que representan utilidad para su patria. El príncipe inscribe en un libro los nombres de los candidatos, para tenerlos presentes y situarlos en los cargos que queden libres.

La joven a que me refiero mereció durante cuatro años el ventajoso certificado de los *karattes*; lo tuvo en cuenta el príncipe y la nombró presidente del Senado de la Villa, donde ella naciera. Es uso sagrado e inmutable entre los potuanos (que tal es el nombre de aquel pueblo) el de ser empleado en la ciudad donde se ha nacido, pues se supone que se le tiene más afecto. Palmka, que así se llamaba la joven, ejerció su cargo con mucha gloria durante tres años, siendo estimada como el árbol más sabio de la villa. Tan tardía era de comprensión, que

necesitaba tres o cuatro repeticiones; pero así que aprehendía algo, conocía todos los pros y los contras. Como se pronunciaba tan juiciosamente en los asuntos más espinosos, todas sus decisiones se miraban como oráculos.

Considerando tales cosas encontraba yo muy ejemplar el establecimiento a favor del bello sexo, y pensaba: ¿Qué mal habría, por ejemplo, en que la mujer del burgomaestre de Bergen conociera las causas y pronunciara las sentencias? ¿Y si la hija del abogado Severib, tan escaso de saber y elocuencia, ocupara el lugar de su estúpido padre? No, nada de eso aportaría ningún perjuicio a nuestra jurisprudencia; y considerando la precipitación con que se verifican los procesos entre nosotros los europeos, supuse que semejantes sentencias, precoces y ligeras, estarían sujetas a terribles censuras si se examinaran con atención. Pero, volviendo a lo anterior, he aquí lo que supe con respecto a la flebotomía que sufrí.

Cuando un criminal merece el castigo, la tortura o la muerte en este pueblo, se le abre una vena antes de ejecutarlo, para ver si ha obrado por malicia o por disposición de la sangre y de los humores del cuerpo, por si por medio de esta operación hay medio de convertirlo en hombre de bien. Esto enseña que los tribunales de aquel país se han establecido más para corregir que para atormentar a las gentes. Lo de corregir por la sangría constituye una especie de castigo, pues se considera infamante sufrir la operación por sentencia jurídica; y si los que ya han sufrido dicha operación reinciden, se les relega en-



tonces al Firmamento, donde son recibidos todos sin distinción. Más tarde hablaré de tal exilio y de su naturaleza. En cuanto al asombro del cirujano que me sangró, esta es la causa: que no había visto jamás sangre roja, pues los habitantes de este globo tienen en sus venas un jugo blanco; a mayor blancura, mayor pureza de costumbres. Supe todo ello cuando conocí la lengua subterránea, inclinándome a juzgar mejor a la nación que condené temerariamente con anterioridad.

Bien es verdad que aunque al principio tomé por locos y extravagantes a aquellos árboles, nunca les consideré desprovistos de sentimientos humanitarios que pusieran en peligro mi vida. A considerarlo así me ayudaba el ver que me daban de comer regularmente dos veces por día; los platos consistían en frutos, hierbas y legumbres; la bebida era un licor dulce y agradable.

El magistrado bajo cuya vigilancia me hallaba participó muy pronto al príncipe de la nación, que tenía su residencia en una villa un poco distante, que había caído en su poder, casualmente, un animal razonable, pero de forma especial; por lo cual, el príncipe, excitado ante la novedad del caso, ordenó se me hiciera aprender la lengua del país para que se me enviara enseguida a la corte. Entonces se me puso un profesor del idioma, cuyas enseñanzas supe aprovechar en seis meses y que me bastaron para estar en condiciones de conversar con los habitantes. Apenas lo conseguí cuando llegó una segunda orden referente a mi ulterior acomodo. En virtud de aquella orden fui llevado al seminario a fin

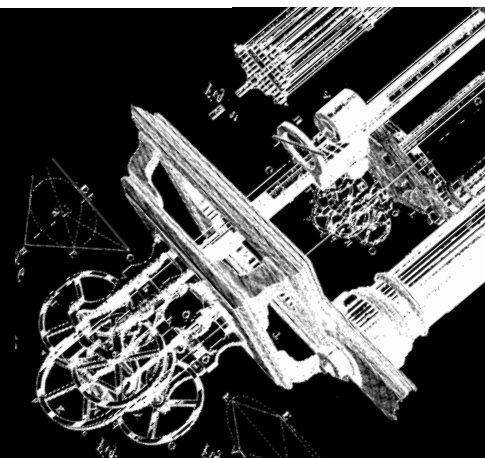


de que los *karattes* pudiesen examinar y escrutar la potencia de mi genio, observando cuidadosamente el género de profesión en que podría yo rendir más y distinguirme. Todo se efectuó al pie de la letra, y fui cuidado corporal y espiritualmente durante el curso de la prueba, que tuvo como objeto principal el de darme —en cuanto fuera posible— la forma de un árbol por medio de ramas postizas agregadas a mi cuerpo.

Seguí yendo todas las tardes a casa de mi huésped, que por su parte me adiestraba por medio de discursos y problemas a resolver. Especialmente se complacía en hacerme contarle las vicisitudes sufridas en mi viaje a la región subterránea, y lo que más le maravillaba era la descripción de nuestro mundo, de la inmensa extensión de cielo que lo ro-

“Aquellos árboles (a los que consideré dotados de razón) no igualaban en su altura a los nuestros, e incluso no sobrepasaban la talla corriente de los hombres. Los que vi más pequeños y juzgué que eran niños, aunque se les hubiera podido tomar por flores o plantas.”

“En virtud de aquella orden fui llevado al seminario a fin de que los *karattes* pudiesen examinar y escrutar la potencia de mi genio, observando cuidadosamente el género de profesión en que podría yo rendir más y distinguirme.”



deaba y de la enorme cantidad de estrellas que poblaban ese cielo. Su avidez en escucharme era máxima enrojeciendo un poco cuando yo le hablaba de nuestros árboles, que le describía inanimados, inmóviles, apegados a la tierra por sus raíces... Entonces no podía impedir mirarme con cierta indignación; ¡sobre todo al asegurarle que nosotros cortábamos esos árboles para calentar nuestras cocinas y cocer nuestras comidas! Luego, reflexionando seriamente en lo que oía, se disipaba su cólera y levantaba sus cinco ramas (que eran las que poseía) al cielo, admirando los designios del Creador, impenetrables para nosotros.

Hasta entonces la esposa de aquel árbol había evitado mi presencia por culpa del motivo que me llevó ante la justicia; pero cuando supo que era costumbre en mi país subirse a los árboles, lo que aquí constituía mi aflicción, desechó sus sospechas y se habituó a verme. Mi temor de que el recuerdo de mi involuntaria falta acudiera a su memoria, me hizo procurar no hablar con ella más que a través de su marido.

Viaje al centro de la Tierra

Jules Verne

A las seis de la mañana del día siguiente, martes 30 de junio, reanudamos nuestro descenso.

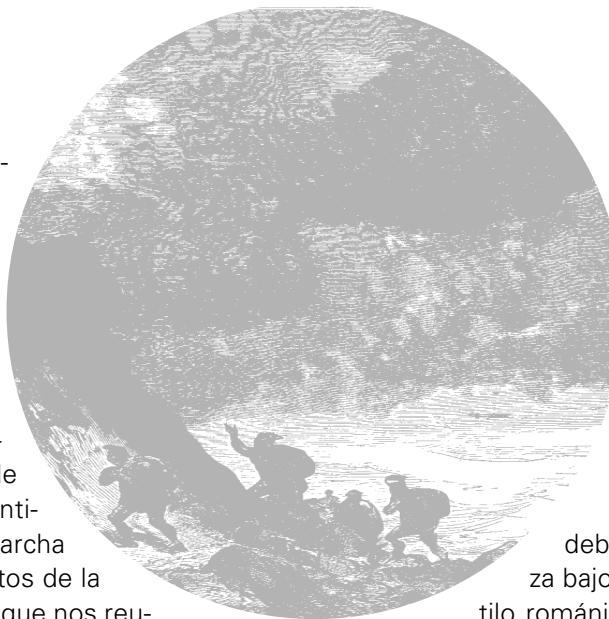
Continuamos por la galería de lava, una verdadera rampa natural, suave como esos planos inclinados que hacen las veces de escalera en las casas antiguas. Así prosiguió la marcha hasta las doce y diez minutos de la noche, instante preciso en que nos reunimos con Hans, que acababa de detenerse.

—¡Ah! —exclamó mi tío—, hemos llegado al extremo de la chimenea.

Miré en torno a mí; nos hallábamos en el centro de una encrucijada de la que partían dos caminos sombríos y estrechos. ¿Cuál deberíamos seguir? Difícil era saberlo. Sin embargo, mi tío no quiso parecer vacilante ante nosotros y designó con la mano derecha el túnel del Este, por el que nos metimos los tres inmediatamente.

La verdad es que toda vacilación ante aquellos dos caminos se habría prolongado indefinidamente, porque no existía indicio alguno que pudiera determinar la elección de uno u otro. Era preciso entregarse por completo al azar.

La pendiente de esta nueva galería era poco sensible, y su sección bastante desigual. A veces se desarrollaba delante de nuestros pasos una su-



cesión de arcadas que recordaban las naves laterales de una catedral gótica; los artistas de la Edad Media hubieran podido estudiar allí todas las formas de esa arquitectura religiosa que tiene su origen en la ojiva.

Una milla más adelante, debimos inclinar nuestra cabeza bajo los arcos rebajados del estilo románico. Gruesos pilares, embutidos en la pared, sostenían el peso de las bóvedas.

De vez en cuando, esta disposición cedía el puesto a subestructuras bajas que recordaban las obras de los castores, y, para avanzar, teníamos que arrastrarnos a lo largo de estrechos pasadizos.

El calor continuaba siendo soportable. Involuntariamente pensaba en cuán grande debía ser su intensidad cuando las lavas vomitadas por el Sneffels se precipitaban por aquella vía tan tranquila en la actualidad. Imaginaba los torrentes de fuego que se estrellarían contra los ángulos de la galería, y la acumulación de los vapores recalentados en aquel estrecho lugar y me decía: "¡Con tal de que el viejo volcán no tenga la fantasía de reanimarse!".

Me guardaba muy bien de comunicar al tío Li-



denbrock semejantes reflexiones. No las hubiera comprendido. Su único pensamiento era avanzar. Caminaba, se deslizaba y hasta rodaba a veces con una convicción admirable.

A las seis de la tarde, tras una caminata poco fatigosa, habíamos avanzado dos leguas hacia el Sur, pero apenas un cuarto de milla en profundidad.

Mi tío dio la señal de descanso. Comimos casi en silencio y nos dormimos sin entregarnos a grandes reflexiones.

Nuestros preparativos para pasar la noche no podían ser más sencillos: nos envolvíamos en una manta de viaje ya que no había que temer ni frío ni visitas inoportunas. Los viajeros que se adentran en los desiertos del África, o en las selvas del Nuevo Mundo, tienen que velar los unos el sueño de los otros; pero allí, la soledad era absoluta y la seguridad completa. No había necesidad de precaverse contra salvajes ni fieras, que son las razas más dañinas de la Tierra.

A la mañana siguiente, nos despertamos descansados y ágiles, y proseguimos la marcha, siguiendo, como la víspera, una galería cubierta de lava.

Era imposible reconocer la naturaleza de los terrenos que atravesábamos. El túnel, en vez de hundirse en las entrañas del globo, tendía a hacerse horizontal por completo. Hasta me pareció observar que subía hacia la superficie de la Tierra. Esta disposición se hizo tan patente a eso de las diez de la mañana, y tan fatigosa por tanto, que tuve que moderar la marcha.

—¿Qué te pasa, Axel? —dijo, impaciente, mi tío.

—Que no puedo más —le respondí.

—¿Cómo es eso! ¡Al cabo de sólo tres horas de paseo por un camino tan fácil!

—Fácil, sí; pero fatigoso en extremo.

—¡Pero si vamos bajando!

—¡Cuesta arriba, si no lo toma usted a mal!

—Cuesta arriba —dijo mi tío, encogiéndose de hombros.

—Sin duda alguna. Hace media hora que se han modificado las pendientes. Y, de seguir así, no tar-

daremos en salir nuevamente a la superficie de Islandia.

El profesor sacudió la cabeza como hombre que no quiere dejarse convencer. Traté de reanudar la conversación, pero no me contestó y dio la señal de marcha. Comprendí que su silencio era sólo la manifestación exterior de su mal humor concentrado.

Tomé mi fardo animosamente y seguí con paso rápido a Hans, que precedía a mi tío, procurando no distanciarme. Mi mayor preocupación era no perder jamás de vista a mis compañeros. Me estremecía la idea de extraviarme en las profundidades de aquel laberinto.

Por otra parte, si bien el camino ascendente era más fatigoso, me consolaba el pensar que, en cambio, nos acercaba a la superficie de la Tierra. Era ésta una esperanza que veía confirmada a cada paso y me alegraba también la idea de volver a ver a mi pequeña Grauben.

A mediodía cambió el aspecto de las paredes de la galería. Me di cuenta de ello al observar la debilitación que sufrió la luz eléctrica reflejada por ellas. Al revestimiento de lava sucedió la roca viva. El macizo se componía de capas inclinadas y a menudo verticalmente dispuestas. Nos hallábamos en pleno período de transición, en pleno período silúrico.

—¡Es evidente —dije— que los sedimentos de las aguas han formado, en la segunda época de la Tierra, estos esquistos, estas calizas, y estos asperones! ¡Hemos dejado atrás el macizo granítico! Y nos hallamos como los vecinos de Hamburgo que, para trasladarse a Lubeck, tomasen el camino de Hannover.

Preferible habría sido guardar para mí estas observaciones: pero mi temperamento de geólogo pudo más que la prudencia, y el profesor Lidenbrock oyó mis palabras.



—¿Qué tienes? —me preguntó.

—Mire usted —le contesté, mostrándole la variada sucesión de los asperones, las calizas y los primeros indicios de terrenos pizarrosos.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Que hemos llegado al período en que aparecieron las primeras plantas y los primeros animales.

—¿Lo crees así?

—Vea usted mismo; ¡examine! ¡Observe!

Obligué al profesor a pasear su lámpara por delante de las paredes de la galería. Esperaba que se escapase de sus labios alguna exclamación. Pero, lejos de esto, no dijo una palabra y prosiguió su camino.

¿Me había comprendido o no? ¿Era que, por vanidad de sabio y de tío, no quería convenir conmigo en que se había equivocado al elegir el túnel del Este, o es que deseaba recorrer hasta el fin la galería aquella? Era evidente que habíamos abandonado el camino de las lavas, y que el que seguíamos no podía conducir al foco del Sneffels.

Sin embargo, me pregunté a mí mismo si le estaría concediendo demasiada importancia a esta modificación del terreno. ¿No estaría equivocado? ¿Atravesábamos realmente aquellas capas de roca superpuestas al macizo granítico?

“Si tengo razón —pensé—, no dejaré de encontrar restos de plantas primitivas, y entonces no habrá más remedio que rendirse a la evidencia. Busquemos.”

No había dado aún cien pasos, cuando descubrieron mis ojos pruebas irrefutables. Era lógico que así sucediese, porque en el período silúrico los mares contenían más de mil quinientas especies vegetales o animales. Mis pies, habituados al duro suelo de la lava, pisaron de repente un polvo formado de residuos de plantas y de conchas. En las paredes se veían claramente huellas de ovas y

licopodios El profesor Lidenbrock no podía engañarse; pero me parece que hacía la vista gorda y proseguía su camino con paso invariable.

Ante tan irracional empeñamiento no pude reprimirme más; tomé una concha perfectamente conservada, que había pertenecido a un animal semejante a la cucaracha actual, me aproximé a mi tío, y, mostrándosela, le dije:

—Mire usted.

—¿Qué me muestras ahí? —respondió tranquilamente—; eso es la concha de un crustáceo perteneciente al orden ya extinguido de los trilobites, ni más ni menos.

—¿Pero qué infiere usted de eso?

—Lo mismo que tú. Sí, efectivamente. Hemos abandonado la capa de granito y el camino de las lavas. Es posible que me haya equivocado: pero no me convenceré de mi error hasta que no haya llegado al extremo de esta galería.

—Haría usted perfectamente en proceder de ese modo, y yo aprobaría en todo su conducta, si no fuese de temer un peligro cada vez más alarmante.

—¿Cuál?

—La falta de agua.

—Pues bien, habrá que racionarla, Axel.

Por eso escribo

Si obviamos el Infierno de Alighieri, el único viaje al centro de la Tierra que leí es el de Verne, un autor al que fui adicto de chico y de cuyas novelas la más zonga me pareció, precisamente, *Viaje al centro de la Tierra*, no tan zonga así y todo como sus adaptaciones al cine: el centro de la Tierra parece blindado a la literatura, a diferencia del espacio exterior, según la pregunta que me tiró Guillermo Piro. ¿Por qué tanto desinterés hacia el mundo en el que tenemos realmente puestos los pies, hacia lo que nadie conoce de él, su centro? Descartando los alegorismos fáciles —miedo al interior de uno, contraposición entre el arriba y el abajo—, se me ocurre que una realidad así, sometida a presiones aplastantes, hiperespesa y reducidísima (el centro de una esfera es un punto) no puede no contagiar pesadumbre y desaliento a cualquier mente que quiera imaginarlo, todo lo contrario del espacio cósmico, infinito, atravesable y lleno de posibilidades. Demasiadas, para mi gusto: la densidad, el agobio y el peso no me resultan hoy menos improductivos que la levedad, el enrarecimiento y la libertad ilimitada. Muchas más fantasías y expectativas me produce pensar qué estará ocurriendo a esta hora en Kuala Lumpur, en Ramallah o en Brooklyn. O en una alameda que vi al pasar, una madrugada, en Junín, provincia de Buenos Aires. O qué es ese rumor que fluye desde el cuarto piso: ya sé que están llenando la bañera, pero también suena ahí “algo más”. No sé qué, ni voy a saberlo, y a la vez lo sé, y por esas cosas escribo.

Daniel Freidemberg



La curva de Schmidt

Guillermo Piro

Arno Schmidt (1914-1979) es prácticamente desconocido en lengua española, razón por la cual el lector puede con toda justicia atribuirle la célebre pregunta manzoniana relativa a Cerneades.¹ Bastante injusto si se piensa en la vasta producción de Schmidt después de la publicación, en 1949, de su primer libro, *Leviatán*.² Schmidt, de hecho, apareció, desde sus comienzos, como un escritor, entre otras muchas cosas, intraducible. Pero no debe creerse que haya corrido una suerte muy distinta en su propia patria.³ Es cierto que en Bargfeld (Celle), el pequeño pueblo donde Schmidt vivió los últimos años de su vida, funciona hoy una Fundación que reúne todos sus libros y manuscritos, la biblioteca y toda la *Sekundärliteratur* mundial relacionada con él, organizando conciertos, lecturas y visitas guiadas a la casa donde Schmidt transcurrió su vida de erudito, traductor y escritor solitario y extravagante, por donde deambulan especialistas dedicados a interpretar y fichar sus escritos con la orden perentoria de iluminar a los futuros traductores de su obra.

Después de haber tomado parte en la Segunda Guerra Mundial, a los treinta y cinco años debutó con *Leviatán*, un libro que reunía tres relatos o *nouvelles*: el que da título al libro, "Gadir" y "Enthymesis". Hermann Hesse le dio una bienvenida que, al menos en parte, ayudó a catapultarlo al centro del escenario, o, como se dice usualmente, a hacerlo entrar a la gran literatura por la puerta grande.⁴ El maestro lo ve como un ser insociable, un científico erudito y al mismo tiempo

filósofo a quien le gusta coquetear con lo aparentemente exacto, la matemática y la astronomía, pero cuyo amor por la exactitud no se traduce en la ingenuidad lógica del creyente, sino en "el ardiente y nervioso amor del soñador y el hereje". Efectivamente, como bien dice Hesse, Schmidt está "desfasado" respecto de la narrativa alemana de la

inmediata posguerra. Un paisaje erosionado después de la batalla donde, junto al dolorido Wolfgang Borchert de *Drauben vor der Tür* (*Afuera, delante de la puerta*),⁵ se presentan los relatos periodísticos de Wolfdietrich Schnurre, el expresionismo de Hermann Kasack y su *Die Stadt hinter dem Strom* (*La ciudad al otro lado del río*, 1947) y de Rudolf Hagelstange, el debate entre Hans Wrerer Ritcher y Alfred Andersch, fundadores del "Grupo 47", y los intentos líricos de Marie Luise Kaschnitz y Hans Erich Nossack, todo ello coagulado en el pulcro, romántico y nostálgico *El tren llegó puntual* del primer Böll. Pero Arno Schmidt se propuso ponerse por encima de todo esto, y si sus primeras producciones responden a la vena





“realista iluminista” y a las teorías sobre la “descomposición” de Gottfried Benn, también anticipó el experimentalismo de los años ‘50 (Enzensberger, Haissenbüttel, Rühmkorf), experimentalismo que no es un fin en sí mismo, vacío de contenido, puro juego, sino que para él significa el comienzo de una larga aventura lingüística tendiente a dar verdadera cuenta de sus experiencias con la realidad.

Arno Schmidt hace su entrada en 1949 con un golpe maestro, pasándose por alto naciones, sociedades, sufrimientos, desesperanzas varias, dirigiéndose a un interlocutor único, la humanidad entera. Su alucinado relato-diario le sirvió para tirar sobre la mesa toda su *Weltanschauung*. Según la crítica nunca volvió a alcanzar la misma lucidez.

El tema elegido es de los más impresionantes: la acción se sitúa en los últimos días de la guerra y se basa en el intento, por parte de un grupo conformado por una prostituta acompañada de su madre, un viejo frágil, empleado de correos, una madre con dos niños, uno de los cuales está gravemente enfermo, un pastor protestante con su familia, una pareja de viejos campesinos, dos soldados, uno de ellos herido en la cabeza, dos muchachos de la *Hitlerjugend*, cada uno de los cuales carga consigo media docena de lanzagranadas, dos maquinistas y el narrador, de huir de una ciudad que está siendo bombardeada. Todos montan en un pequeño tren. Huyen, pero ¿a dónde? No lo saben, pero al mismo tiempo son conscientes (o al menos el narrador es consciente) de que se están encaminando a un callejón sin salida. El viaje, matizado por las sacudidas del único vagón alfombrado de heno, el frío que entra por la rendija de una puerta que no puede cerrarse del todo y la necesidad de detenerse para reparar la locomotora averiada, dura un día y una noche: la nieve, la falta de víveres, el lamento de los niños y del viejo moribundo, es narrado por un soldado (Arno Schmidt siempre escribió en primera persona), el per-

sonaje “tipo” de Schmidt, él mismo: culto, adicto a la filosofía, la geología, la cartografía y la literatura, que toma nota de los acontecimientos en una libreta, con indicación precisa de la hora a la que lleva a cabo esa tarea. Las largas secuencias especulativas y eruditas, contrapunteadas por los jueguitos belicosos de los muchachos de la *Hitlerjugend*, atraen –único interesado– al viejo. Y el tren (la trampa del universo, el arca de Noé) se detiene sobre un puente roto. El soldado y la prostituta se aprestan a saltar al vacío. Liberados. Solos.

Schmidt retoma un género que alcanzó su esplendor en el siglo xviii: la *nouvelle* o el relato corto. La *nouvelle* es la forma romántica por antonomasia. Según Friedrich Schlegel, ésta podía aglutinar en sí todas las otras formas. En su *Nachricht von den poetischen Werken des Johann Boccaccio* (Noticias sobre la obra poética de Boccaccio, 1801), dedicado al padre de la novela corta, el autor del *Decamerón*, la define como “fragmento, estudio, esbozo en prosa, o todo ello junto”. Para Schlegel es decisivo que la *nouvelle* “sea nueva y sorprendente en cada punto de su esencia y su desarrollo”, y que sea compuesta con todo esmero. Ludwig Tieck, uno de los autores más productivos de su época (y traductor de *El Quijote*), añadió a la definición de Schlegel una nueva categoría: la peripecia. Él exigía que cada *nouvelle* contuviese “una peripecia especial y llamativa [...] que la distinguiese de los restantes géneros épicos”, un nodo “en el que de modo inesperado se produjese un nuevo giro, adecuado al carácter y las circunstancias”. Los románticos se excedieron en sus esfuerzos teóricos por legitimar la esencia de la *nouvelle*, pero Arno Schmidt, en pleno siglo xx, llegó a otorgarle (véanse sus “Berechnungen” incluidos en *Rosen & Porree*) categorías normativas de validez universal.

En 1958 aparece el libro de relatos y diálogos *Dya Na Sore*, en el cual hay un dudoso homenaje, en clave irónica, a Goethe. En “Goethe und einer

seiner Bewunderer” (Goethe y uno de sus admiradores),⁶ a la pregunta final acerca de quién es el mayor poeta contemporáneo, el narrador responde: “Goethe, pero mientras no se había alejado de Frankfurt”. Como se ve, el homenaje va dirigido al Goethe joven, no al Olímpico, regidor incuestionable de la suerte literaria de los alemanes. Schmidt anticipa y delinea aquí su reprimida burla a la inmortalidad. Schmidt era un gran admirador del siglo xviii iluminista, desde Wieland a los autores no menores pero sí menos celebrados, entre los cuales se encuentran el Barón de la Motte Fouqué (a quien Schmidt dedicó una biografía), Tieck, Karl Philipp Moritz (especialmente su *Anton Reiser*), Friedrich Maximilian Klopstock (tan ensalzado y tan poco leído), E.T.A. Hoffmann y Johann Gottfried Schnabel.⁷

El tema, invertido y enfrentado en clave grotesca, vuelve a encontrarse en el último relato de ese libro, “Tina o la inmortalidad”. El relato, calificado por el crítico Hans Mayer como “una obra maestra” (*ein Meisterstück*), se funda en un hallazgo verdaderamente original: el narrador, a causa de un encuentro banal, es llevado a un evanescente lugar subterráneo llamado Eliseo (que precedentemente ha sido conocido por otros grandes escritores: Tieck, Holberg, Verne), donde encuentra reunidos, en calidad de residentes temporarios, a todos los escritores que sobreviven en la memoria de los lectores a través de las citas de sus escritos, la reedición de ellos o la mera y simple mención de sus nombres. Desesperados, viven una vida gris, tediosa, esperando que citas y libros se agoten para poder así, finalmente, ser catapultados en la tan ansiada “nada”.

La amante y guía del narrador, su Virgilio (Tina Halein, seudónimo de Kathinka Zitz, una mediocre escritora de mediados del siglo xix), que en la superficie trabaja en un quiosco de diarios y por la noche vuelve a su departamento en el Eliseo, está retratada con los habituales ingredientes cínico-



eróticos que Schmidt reserva a sus protagonistas femeninas. Los diálogos y las descripciones están distribuidos en bloques, en un estilo expresionista, lleno de neologismos y eufemismos ("las serpientes de sus brazos", "los jinetes españoles de sus piernas-brazos"). El texto está plagado de alusiones eruditas (o maliciosas) a autores poco conocidos (ver nota al final del relato) y a su propia obra: el pasaje en que Schmidt notifica la cantidad de ejemplares vendidos de su *Leviatán* ("¡hasta ahora apenas 902 ejemplares!"), y otro, en que una voz, con la que el protagonista dialoga a través de un intercomunicador, hace el inventario de las veces que el narrador introdujo el nombre de Birmarck en su propia obra ("Hasta ahora usted [lo ha] mencionado [...] tres veces: en el *Fauno*, página 79; en *El brezal de Brand*, página 110; en *Los emigrantes*, página 14..."). Su escritura está regida por las constantes schmidtianas, aquello que vuelve reconocible su prosa (como ocurre con Céline) con sólo mirarla: momentos discontinuos, separados por la tipografía misma; una tonalidad propia, sentenciosa y pedante; el uso *sui generis*, absolutamente personal, de los signos de puntuación, para indicar pausas o estados de ánimo.

Es notable cómo la rebeldía cósmica de *Leviatán*, junto con aquella indignación inicial, fue desapareciendo para dar lugar a esas constantes que caracterizan la obra schmidtiana: la sátira utópico-lingüística y su burla constante a las costumbres. La "curva de Schmidt" se desarrolla lentamente,

desde 1949, año de la aparición de *Leviatán*, hasta su muerte, en la completud de una visión cósmico-utópica, declarando la inutilidad absoluta de la historia. Para Schmidt la única e inagotable razón de ser está dada por la voracidad (erótica, literaria, manducatoria), y la adoración a la tecnología (lo que en caso incluye los mapas y todo aquello que puede caber en una cajita de fósforos). Allí parece detenerse la curva de Schmidt, curva que se desarrolla entre aquellas dos posiciones, y en la cual no parece encontrarse ninguna precaución que lo libere del peso de su propia inmortalidad; así parece cerrarse el arco del nihilismo cáustico de la curva de Schmidt, con las palabras del protagonista de otra *nouvelle*, *Paisaje lacustre con Pocahontas*, de 1955, que mientras observa a su amante nadando en un lago expone su credo personal: "Pensar. No estar satisfecho sólo con creer: seguir adelante. ¡De nuevo a través de los campos del conocimiento, amigos! Y enemigos. No interpreten: aprendan y describan. No hagan planes para el futuro: sean. Y mueran sin ambiciones: han sido. A lo sumo llenos de curiosidad. La eternidad no es nuestra (¡a pesar de Lessing!): pero este lago veraniego, este canal cubierto de vaho, el cuadriculado multicolor de las sombras, la picadura de avispa en el antebrazo, la bolsa estampada llena de ciruelas. Allí, el esbelto vientre arqueado de la nadadora..."

Notas

1 “¡Cerneades! ¿Quién era éste? [...] ¡Cerneades! Estoy seguro de que ese nombre ya lo he leído o escuchado; debe de haber sido un hombre de estudio, un gran literato de la Antigüedad: es un nombre de aquellos; pero ¿quién diablos era ése?” (*I promessi sposi*, Alessandro Manzoni, cap. VIII, la traducción es mía).

2 Las obras de Arno Schmidt traducidas al español son: *La república de los sabios* (tr. de Luis Alberto Bixio, Minotauro, Buenos Aires, 1973, y Barcelona, 1981 y 1998); *Momentos de la vida de un fauno* (tr. de Luis Alberto Bixio, Fundamentos, Madrid, 1978); *El corazón de piedra* (tr. de Ela Ma Fdez. Palacios y Jaime Siles, Fundamentos, Madrid, 1984) y *Leviatán. Espejos negros* (tr. de Florian von Hoyer y Guillermo Piro, Minotauro, Barcelona, 2001). Otras obras importantes de Arno Schmidt son *Brand's Haide* (*El brezal de Brand*, 1951), *Rosen & Porree* (*Rosas y puerros*, 1959), *Sitara und der Weg dorthin* (*Sitara o el camino hacia allí*, 1963), *Kühe in Halbtrauer* (*Vacas de medio luto*, 1964), *Trommler beim Zaren* (*El tambor del zar*, 1966), *Zettels Traum* (*El sueño de la ficha*, 1970), *Die Schule der Atheisten* (*La escuela de los ateístas*, 1972) y *Abend mit Goldrand* (*Tarde con orla dorada*, 1975).

3 “En Alemania, el mercado fue monopolizado por el *Bargfelder Bote*, una publicación trimestral, esotéricamente limitada y fortuita, concebida al modo del *Wake Newslitter* destinado a los exégetas de Joyce. Originalmente concebido como un medio de intercambio para descifrar las alusiones y citas ocultas en *Zettels Traum*, poco a poco se ha ido convirtiendo en el vehículo público de un grupúsculo cuya erudición parece actuar *cum*, más que *sine ira*: devotos cuyas relaciones de amor-odio respecto a su tema no coartan lo grosero de su tono. Así pues, sigue siendo cierto que comparado con los otros escritores alemanes contemporáneos de cualquier tipo, Arno Schmidt ha recibido menor atención crítica de lo que merece lo innovador de su obra” (F. Peter Ott, “El servidor de lo ‘banal’: una introducción a la obra de Arno Schmidt”, en revista *Espiral* 5, 1978).

4 “Aquí tenemos, a diferencia de casi todos sus colegas, a un joven intelectual y poeta que no sólo está sinceramente de acuerdo con la decadencia de Occidente, sino que también desea ardientemente la desaparición de la humanidad en un próximo futuro. Y lo hace en el tono impertinente del desesperado moder-

no que ha visto y experimentado la guerra y todas las perversidades de nuestro mundo actual, es decir, con un pesimismo justificado y legítimo y una agresividad comprensible. Eso sólo no sería en sí interesante, pues a la resaca universal no le faltan medios de expresión. Pero aquí, un verdadero poeta nos lanza a la cara su asco, y ya el título, *Leviatán*, saturado de asociaciones de Job e Isaías, pero también de Julien Green, promete ser más que un folletín existencialista. Este joven e insolente poeta de mucho talento, que ya en preexistencias míticas acabó con Platón, reconoció al demonio *Leviatán* y se dedicó a cálculos sobre la liquidación de la humanidad, es un verdadero visionario, un poco amenazado, y quizá peligroso.” (Hermann Hesse, *Escritos sobre literatura*, 2, Alianza, Madrid, 1984).

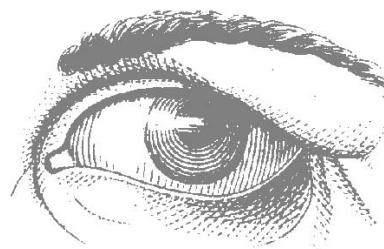
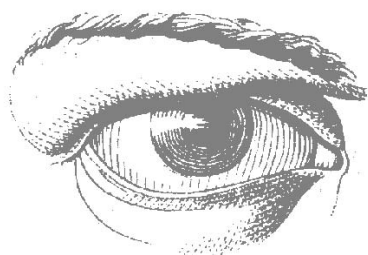
5 Un drama concebido en un inicio como “teatro radiofónico”, al que Borchert tituló: “Una pieza que ningún teatro querrá representar y ningún público ver”. Borchert erró el pronóstico, porque su drama se convirtió en el mayor éxito teatral de posguerra. El personaje, Beckmann, vuelve, engañado y humillado como víctima trastornada de la guerra, cansado y abatido, expuesto a los intentos de reprimir los complejos de culpabilidad de sus conciudadanos, el horror de sus vivencias y recuerdos. En la figura de Beckmann no sólo se encarna Borchert, muerto tempranamente, en 1947, sino, y sobre todo, el escepticismo ante los mitos y el cansancio de los héroes de su generación.

6 Schmidt, A. *Dya Na Sore. Gespräche in einer Bibliothek*, S. Fischer, Frankfurt, 1989.

7 Schmidt poseía lo que él llamaba sus “5 fetiches”: una tabla de logaritmos; Ludvig Holberg, *El viaje subterráneo de Niels Klim*; Cervantes, *Don Quijote*; Schnabel, *La isla de Felsenburgo*, y una antología que incluía *Ondina*, de Fouqué, *El vaso de oro*, de Hoffmann, *Agathodämon*, de Wieland, *El espantapájaros*, de Tieck y *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, de Schopenhauer. Entre sus autores predilectos (predilección que explica algunos pasajes de “Tina o la inmortalidad”), se encuentran los norteamericanos James Fenimore Cooper y Edgar Allan Poe, a quienes Schmidt tradujo al alemán.

Tina o de la inmortalidad

Arno Schmidt



Noche. En la orilla pedregosa de la acera. En medio de bloques de luz artificial (uno había caído sobre mi zapato, y yo preferí sacarlo de abajo).

Luego afluyeron colegialas: pantalones negros ajustados; senos puntiagudos, llenos de insolencia. / Remolino de voces: discutiendo, ella agitó en su cara un montón infame de dedos. / Mi brazo encontró un brazo-hembra: en la tercera parte inferior de todas las caras, sonrientes agujeros fucsias.

Venían de las lecciones acumulativas (¡qué expresión ésta también!: ¡Rainer M. Gerhardt, ruega por nosotros!): las brillantes parejas verminosas de sus labios se tocaban en las extremidades; ¡el prof. Eschborn también lo había dicho! (dos alumnas del liceo se declamaban mutua y maliciosamente a Chamisso: "Desde que Lo he visto, me parece estar ciega.": "¡Dondequiera que dirija la mirada, no veo más que a Él!"; contraídas risas sofocadas). / (Un adolescente rechazado las seguía, ansioso, con muecas lánguidas: "¡Déja-

me en paz; hoy tengo uno de esos días!" Y lanzó después con todas sus fuerzas un pastelillo de chocolate y crema medio mordisqueado contra la muestra envidriada del diario local: !).

Una fuente de chispas apareció en el vacío de un edificio en construcción. Al lado, un martillo rezagado fraguaba servilmente estrellas (nuevo tipo de clavo; pedirlo al ferretero). A great while ago the world began / with hey ho the wind and the rain.

En la farmacia: junto a mí el tipo desconocido de Loden verde; también él pidió Cyclopal y me inspeccionó con mucha atención. Nuevamente el empleado luchó largo rato consigo mismo antes de hacer entrega de lo indicado en la vieja receta; "¡Pero esto contiene barbitúricos!"; completamente indignado; el signo de interrogación a cuadros sobre su cabeza, "pastillas para la tos", daba lánguidos latigazos con la cola; pero después hizo un nuevo garabato sobre el viejo sello. (Él sabe que soy soltero: ¿debo shockearlo un poco más pidiéndole un paquete de Camelias? Co-

mo escritor, uno siempre está sujeto a las sospechas de burdel de la burguesía. Bien, pasemos a otra cosa; no vale la pena.)

“¿Escritor?”: el del Loden verde, gentilmente, había mantenido la puerta abierta. No respondí; sólo lo miré con desconfianza; o charlatán o colega, por lo tanto mitad demonio, mitad Satanás. Por eso sólo murmuré un breve rechazo. Pero decidido se quedó a mi lado.

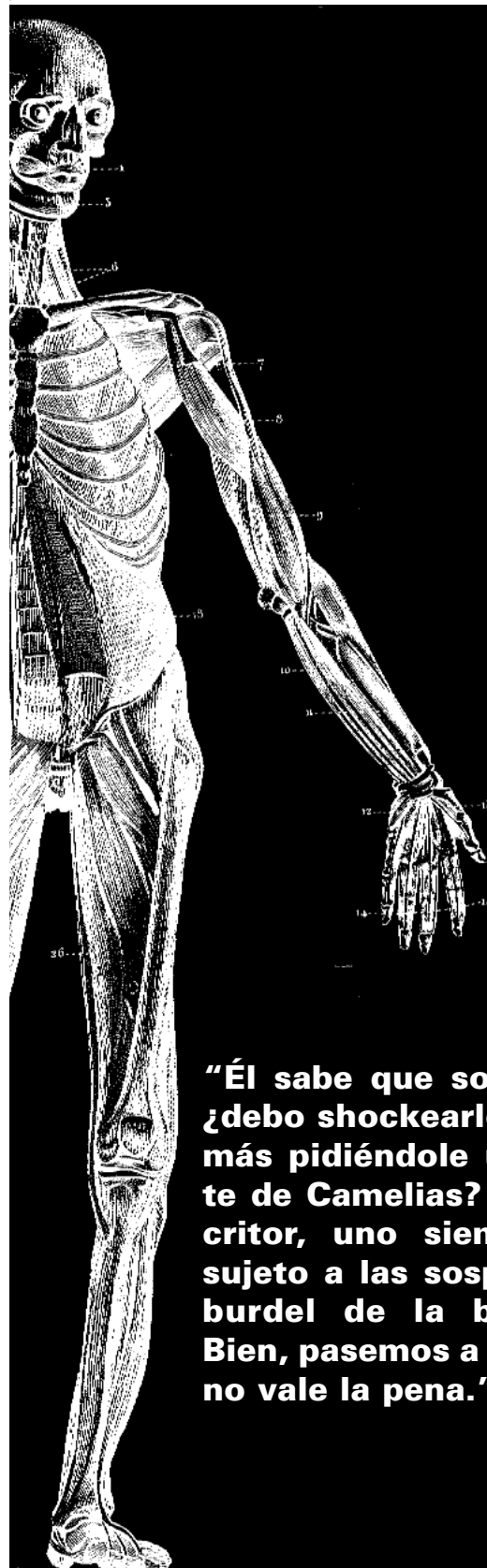
“Sí, conozco el nombre. Ah. Felices aquellos que no tienen un nombre”. Opinó con melancolía (pero, decididamente, con demasiada presuntuosidad; sin duda pensará que es un gran hombre).

Tonterías, tonterías: publicar libros sin cubiertas un “progreso”; el autor del canto nibelungo habría sido un “pícaro”; y así siguió durante cuerdas y cuerdas el impotente charloteo a mi lado.

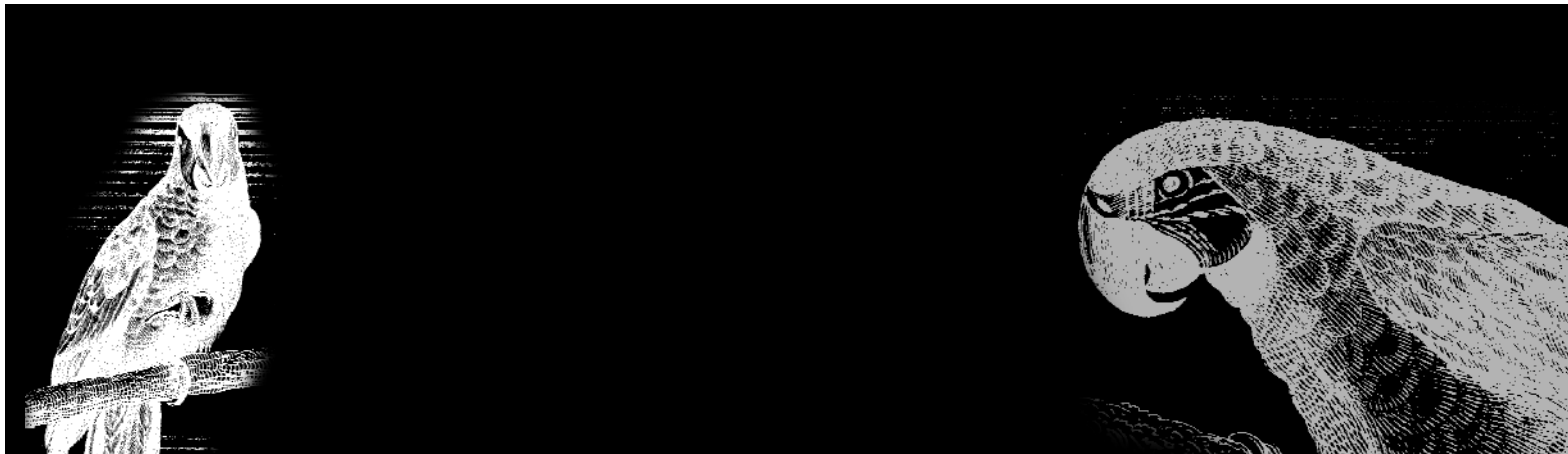
Un consejo: escriba poco; o mejor, ¡no escriba en absoluto! Así vivirá sin ser disturbado en la Tierra y, después de muerto, tampoco tendrá que yugarla.” (Un cristiano: ¡lo único que faltaba! Para sacármelo de encima me puse a hablarle de los católicos: todos los 27 de noviembre honran como santo de la Iglesia a Gotama Buda; porque toda esa historia de Barlaam no es otra cosa que una traducción del Lalitavistara. Pero él no hizo más que balar excitado: Naaa, eso era nuevo para él... “¡La verdad, estos santos también la tienen difícil!” El tipo era realmente un imbécil).

“¿La máxima felicidad para los hijos de la Tierra?”, preguntó lleno de odio: “Nómbreme un escritor decoroso que haya escrito libros de buena gana: ¡preferible trabajar cargando mierda toda la vida! ¿Nunca se sintió cansado de su propia individualidad?” Incliné la cabeza; admití; por supuesto, el asunto no le competía, pero... sí. Dos veces por día, aproximadamente. “Bien, ya ve”, dijo conciliador.

(Los animales-coche: se deslizaban tocándose mutuamente con mirada penetrante; con voces impacientes. Cuando el que se adelantaba había



“Él sabe que soy soltero: ¿debo shockearlo un poco más pidiéndole un paquete de Camelias? Como escritor, uno siempre está sujeto a las sospechas de burdel de la burguesía. Bien, pasemos a otra cosa; no vale la pena.”



conseguido engañar al otro, todavía, como si eso no bastase, le hacía guiños con una mueca rojiamarilla. El grave tañido de la campana del reloj de la torre sacó dos veces su lengua vacuna: era el tercer día que yo comía lentejas; un guiso gigantesco, hecho por mí mismo: ¡consecuencias espantosas!

“¿Usted cree en la vida después de la muerte? ¿Es ateo?: Yo también”, declaró tranquilo: “pero una cosa al menos tendrá que reconocer: ¡todos seguimos viviendo por un breve lapso de tiempo! Los padres y los abuelos difuntos en el recuerdo de los hijos, cónyuges, nietos, conocidos –el concepto de «vida» entendido en un sentido más amplio. La cosa es un tanto más escalofriante para –digamos– los escritores: éstos han depositado en sus libros tan grandes porciones de su propia personalidad que, mientras son leídos...: ¿Eh?” Yo, alzando los hombros: “Bueno, sí, viéndolo de ese modo –.” (En cuanto al resto: “The dead they cannot rise, and you’d better dry your eyes, and you’d best go look for a new love!”).

“Bbbueno –sssí”; dijo él con prudencia. Breve silencio. El diafragma de la luna, es decir, la chata vejiga de puerco, junto a la torre matrimonial. Cuesta abajo: una carretilla empujaba delante suyo a su anciana. / El hombre de verde esquivó una lsetta; y yo me preparaba para cruzarme a la vereda opuesta cuando ya me había alcanzado nuevamente.

“¿A lo mejor podría mostrárselo –?” (como de pa-

sada; después murmurando, pensativo): “creo que todavía me queda un pase. –” (Confidencialmente fuerte): “Es algo que hacemos a veces: ¿no sería interesante para usted ver por una vez in natura esta «vida después de la muerte»?”

“¡Me parece que ya es suficiente!” le escupí a la cara, furioso. (“Su desconfianza habla bien de usted”, interpuso mecánicamente). Ya estaba a punto de soltarle una trompada; pero mido un metro ochenta, y en ese caso una lesión involuntaria sucede con demasiada facilidad. Así que sólo me limité a constatar: “Usted se escapó de un manicomio”, y miré alrededor buscando un policía.

“Nooo, del Eliseo”, dijo él melancólicamente; “y no me escapé en absoluto, sino que salí con permiso oficial para hacer algunas compras. ¿De verdad no le interesaría aprender más detalles sobre Jansen? ¿o sobre Wildenhayn?: ¿usted no escribió acaso una vez una biografía de Fouqué...?”.

Me volví bruscamente: ¿¿Wildenhayn??: ¡¡Eso no lo sabía nadie, salvo yo!! ¡¿Será que otra vez algún cretino quería privarme de la prioridad?! Pero él ya alzaba mano y ceja para aplacarme: take it easy: “Para usted será una enseñanza; y también para nosotros puede ser útil.” Dijo: “nos está permitido hacerlo una vez cada diez años; me refiero a llevar abajo a uno con nosotros: ¿nunca le sorprendió, perdone, que tantos escritores, después de muchos años, «enmudeciesen» de la manera más extraña?: ¡es porque vieron el mal

"Hay que tener en cuenta que tenía –¡cosa rara en un escritor!– 60 marcos en efectivo en el bolsillo: justamente poco tiempo antes un soldado norteamericano había apuñalado a un taxista por 16. Claro, viejo: ¡¡en la farmacia este tipo había visto mi billetera!!"

con sus propios ojos!", concluyó rabiosamente. "El mal: ¿Qué mal?", pregunté sin comprender: "¿La cuestión de la «inmortalidad»?". Sacudí la cabeza: ¿ir con él, yo? (A lo mejor el tipo quería robarme. Hay que tener en cuenta que tenía –¡cosa rara en un escritor!– 60 marcos en efectivo en el bolsillo: justamente poco tiempo antes un soldado norteamericano había apuñalado a un taxista por 16. Claro, viejo: ¡¡en la farmacia este tipo había visto mi billetera!!).

(¿O un «asesinato» encargado por la Santa Vehema?!: Yo no era un autor apreciado –"no del todo carente de importancia", susurró enseguida el diablillo de la vanidad– y con la cotización actual...).

Bajo el farol, en la Beckstrasse: me mostró rápidamente, bajo el gas clorótico del cono de luz, como al pasar, su billetera: ¡vaya si tenía dinero el muchacho! Mil; dos mil, diosmío; ¡y en un compartimento especial los blanquiazules de diez!: "¿Confía en mí, un perfecto desconocido?" Dibujó una breve mueca de sonrisa, a mi derecha: "Casualmente conozco algunos de sus libros: castum esse decet pium poetam / ipsum versiculos nihil necesse est". Que las costumbres de un autor sean puras y castas", murmuré yo tomado por sorpresa; y él asintió, sobrio: "Yo era parecido a usted..."

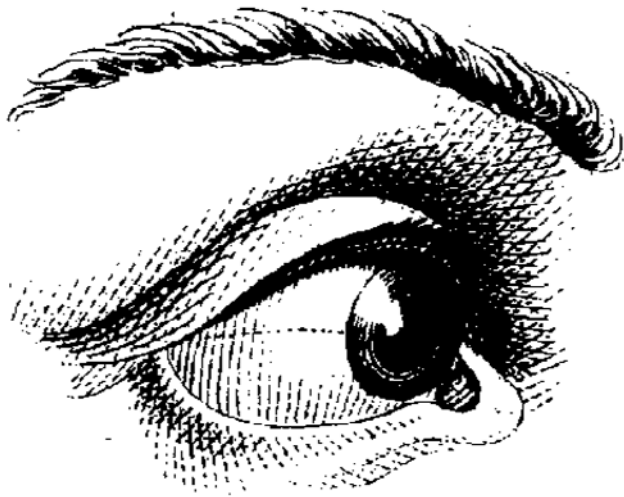
"¡Pero nada de eso!: usted puede irse cuando quiera; a cualquier hora. Y además, es limitada." (La estadía. Breve reflexión: ¿había algo arriba, en

mi casa, que pudiese echarse a perder?: la margarina se conserva; la sémola también; a lo sumo la leche –: "¿Puedo subir un minuto?" (¡Aunque más no fuese por culpa de las lentejas diabólicas!). "Pero no traiga ningún elemento para escribir; está muy mal visto." Gritó enérgicamente cuando ya me iba).

"Pero usted, aquí, tiene el memento continuamente delante de las narices", me declaró cuando volví a salir a su encuentro por la puerta de casa. ¿Por qué dijo eso?: señaló con el mentón la columna litfass del cruce, dentro de la cual tenía su kiosco de diarios una mujer. (Nos habíamos mandado señales muchas veces; yo desde arriba, desde mi ventana; ella desde abajo, detrás de su mostrador, usando los discos de nuestros rostros: corta; larga: corta; larga: ¡larga! Aún estaba abierto).

Él se inclinó y dijo algunas palabras (no en «lengua





e x -
tranje-
ra»; en vul-
gar alemán); pero

sin embargo parecía un lenguaje codificado preestablecido, porque ella alzó la ventanilla y lanzó afuera una mirada indagadora: ¿, y evidentemente reconoció a mi guía. De todas formas, comenzaron enseguida con un "Buenas noches, Jan": "Buenas noches, Tina" (lindo nombre; ¡¿pero que ese viejo la conociese y la tratase de tú?!).

¡¿Y con regalo incluido, qué tal?! (¡Y cómo se le iluminó a ella la cara!). "Tres unidades", dijo él, lacónico. Con un movimiento veloz ella tomó el paquete, abrió el envoltorio de los gastados tomos de tapa dura: ¡; suspiró feliz; y miró con disgusto su pequeña estufa apagada: "Bien, pasado mañana planto un lindo fueguito", dijo (dialecto de Maguncia; ¡inconfundible!): "y luego, adentro. Y una vez más, ¡mil gracias!" Él respondió con un aburrido y descuidado gesto mundano, se inclinó hacia ella y farfullaron de un modo bastante asqueroso (¿De mí -? -No; no conseguí entender). "¡Oh sí, de vista ya nos conocemos!" Ella rió y me extendió una larga mano refinadamente esbelta (también la dejó todo el tiempo que quise en la mía: !). "Sí, entren. -: ¡Un momento, antes debo bajar las cortinas!" Cerró la ventanilla. Pestillo.

"(Nos habíamos mandado señales muchas veces; yo desde arriba, desde mi ventana; ella desde abajo, detrás de su mostrador, usando los discos de nuestros rostros: corta; larga: corta; larga: ¡larga! Aún estaba abierto)."

Bajó una cortina metálica cilíndrica (¡qué exageración por un par de revistas y unos paquetes de Senoussi!). Cuando oímos cerrar repetidas veces en el lado opuesto de la columna dimos la vuelta, y mi acompañante (¡qué digo; a la inversa: más bien soy yo quien lo acompaña a él!) espió cautelosamente en todas direcciones antes de conducirme dentro del delgado resquicio de cemento. (Una vez más la hora a la luz de los faroles: eran las 18 y 40 minutos, hora mitteleuropea).

Estiramiento largo de mano hacia la oscuridad: -, -, -: ¡ah, bien! (y ella gruñó durante un buen rato, divertida, antes de decir recatadamente: "Oh, cuidado -un poquito") Era mucho más alta de lo que había imaginado, y nuestras caras debían estar muy cerca. "Enciendo la luz", nos preparó mi desconocido, y seguía buscando con fatal generosidad el interruptor: "¿Pero dónde está? -":

¡Clic!: una bella luz violácea. Estábamos pecho contra pecho en el recinto exiguo; sus ojos, al pestañear, producían un levísimo crujido (¿o me pareció?). Su boca larga y negra nadaba inmóvil delante de mí.

"Apártense de las paredes" (la voz de él): por lo que parecía, se estaba sirviendo de otro botón, porque nos hundimos algunos metros, como si estuviéramos en un ascensor; otra parada. "Antes de seguir, accionar el techo", describió la próxima maniobra; y vi una enorme plancha de acero cerrarse lentamente sobre nuestras cabezas.

(¡Bellísima trampa! Ella pareció darse cuenta de mi inquietud; porque hizo chasquear un par de veces los párpados para darme coraje; después, como si fuese poco, se alzó en puntas de pie; “abajo” anunció la voz discreta e inexpresiva detrás de nosotros: la sacudida presionó forzosamente mi rostro al suyo, y ella se aplicó al mío con ingenio).

De pronto bajó mucho la velocidad (“tramo difícil”, murmuró él, detrás): a través del leve zumbido del ascensor se oía un estruendo lejano, como de cascadas. Ella separó lentamente su boca de la mía; extrajo un anotador del blando bolso de cuero que llevaba colgando de la cintura y garabateó. (Y me introdujo un papel entre los dedos: ! – “Puedes dormir en mi casa”, descifré en el hueco de la mano; ¿en el reverso?: ah, la dirección: “Tina Halein –, Calle de la Isla 42”. A manera de confirmación, otro beso, más largo, más negro. Mientras tanto, volvimos a aumentar la velocidad de la caída; s igual a g sobre dos por t al cuadrado).

Parada. Se abre la puerta. Afuera: una especie de puesto de guardia. (Uno, el más alto, ¿no se parecía extraordinariamente a Löns? También los otros guardias parecían llevar todos máscaras de personajes, no al estilo Tilly y Gneisenau. “«Máscara», bien dicho”, observó mi guía.

“¿No podría decirme su nombre? Es tan incómodo decir siempre «señor» y después estar obligado a interrumpirse – –”. “Bueno, sí”, admitió él, cohibido: “entonces, eh: Althing”. “Althing”, repetí, dócil. (Después, un destello: “¡Althing!”, con desconfianza; pero inmediatamente me recompuse. Althing entonces, bien. Él se defendió con un ademán doloroso, obligado en ese preciso momento a firmar algunos formularios, que por cierto tenían que ver sobre todo conmigo. Yo también firmé un recibo en un libro y me entre-

garon una credencial sellada, que parece ser indispensable en todos lados. Tina esperaba, golpeando impacientemente el pequeño bolso de cuero que sostenía con las dos manos contra el vientre).

Una calle al atardecer, bulliciosa de gente. (Pero por cierto muy nublada, de cualquier modo el color nocturno gravitaba opaco sobre los techos de las casas. En la esquina, Tina se despidió con un moderno “chau”. Yo recibí un elocuente apretón de manos: maid in waiting!).

La estatua: un hombre envuelto en la acostumbrada sábana atemporal, señalaba con el dedo, imperioso, a sus pies: un esclavo acucillado estaba a punto de acercar la mano munida de un fósforo a un marmóreo montón de libros. ¿Sin ninguna inscripción.: ?.: “Ese Omar, que ninguna alabanza podrá honrar suficientemente, que en su tiempo mandó quemar la biblioteca de Alejandría.” “Ah”, dije yo sin entender. (A la derecha las amplias vidrieras “Furniture / E.A. Poe”. Al lado, “Mercería / Ersch & Gruber”. Nos observamos un rato en silencio, con miradas extrañas).

Un edificio gigantesco: el “Palacio de la Comisión”: “Discúlpeme un momento”, pidió él, y corrió en dirección a las grandes vidrieras iluminadas (yo, naturalmente, detrás); y en compañía estudiamos las infinitas listas tipeadas con minúsculos caracteres (¡cómo me gustaría tener una “LiliputType” como esa! Nunca tendré una.). Él buscó la letra “A”. Pero después, cosa extraña, volvió a mirar la letra “F”, Mi mirada se quedó fija en “Goethe”, y leí:

24 de noviembre de 1955:

141 citas en revistas

46 citas en libros

81 citas en transmisiones telefónicas

93 veces en carteles

(conferencias en centros culturales)

1411 veces citado en tareas escolares

804 veces en cartas privadas

529 veces nombrado en conversaciones
460 citas en versos sin la mención de su nombre
(458 de las cuales son erróneas)

“¡Sí, él no tiene ninguna esperanza!”, observó con desdén mi acompañante cuando vio sobre qué columna se había dirigido mi mirada: “A mí me agarraron otra vez: ¡un viejo cabrón en Hamburgo compró la primera edición de «La campanilla», de 1800! Pero bueno, parece que la cubierta está muy rota, ¡eso es un alivio!” Lleno de odio; respiraba con dificultad, y tenía los puños cerrados. (En cuanto a mí, no entiendo nada. Pero una taza de café la aceptaría; de buena gana).

“2 express por favor –sí, grandes. –¿6 promesas? ¡Aquí tiene!”, hizo chasquear los dedos al decir eso, y ella chasqueó a su vez en dirección al cajero del gran libraco, quien velozmente tomó nota. (Entonces, la leche –esos cretinos, por precaución, hacían un solo agujero en la lata, ¡para que uno no consiguiera sacar nada! En compensación, un montón de azúcar; Althing anotó en una pequeña tarjeta amarilla cuadriculada el número 6).

“¿No conocen el dinero?! –Claro que sí; nuestros billetes, en el fondo, no son otra cosa que símbolos de dinero; pero usted –”. Aquí se pagaba con “promesas”, y él me explicó este último progreso de la técnica monetaria: cada uno recibe cada primero de mes el comunicado de que le corresponde, a manera de estipendio, una determinada cantidad de unidades, –¡y con eso hay que arreglarse!: “Cuando un pueblo se ha alejado del standard del oro y ha sido moldeado durante un buen tiempo hasta llegar al punto de creer, con absoluta seriedad, que su gobierno está en grado de convertir cualquier pedazo de papel en un efectivo billete de mil marcos, –entonces es necesario completar el sistema, como aquí, con un coup de main: suplantando el dinero por aseguraciones verbales, justamente, las «promesas». Yo no necesito una billetera, y sin

embargo puedo llevar conmigo un millón en efectivo. El dinero no puede falsificarse, no puede robarse, ni quemarse, ni desvalorizarse, –¡por lo menos no con más facilidad que allá arriba con ustedes!”.

“¿Todo es sencillamente de palabra?”, pregunté yo, perplejo: “Pero –¿y nadie intenta estafar?” Él se limitó a sonreír con irónica melancolía: “No; nadie estafa. Más que comer hasta saciarse y dormir dentro de una cama, después de todo, no se puede. La producción de mercadería, aquí, es absolutamente segura, porque la existencia sin una ocupación sería completamente intolerable. Además, esa tarea de estar contando continuamente puede llegar a ser divertida, y hace pasar el tiempo. Fíjese, usted también tiene una credencial”. ¡Era cierto! Saqué la credencial cuadriculada color borraño: 1.000 –en letras mil– promesas eran más (y él dobló con aprobación las comisuras de los labios: ¡verdaderamente, una buena suma! –. Haciendo un rápido cálculo: cada taza, 3 promesas; equivale entonces, cada una, a –aproximadamente–: 20 pfennings nuestros. ¡Y el café incluso era bueno! Hora 19 y 30).

De nuevo en la calle. De pronto su cabeza se retrajo; me aferró espasmódicamente la mano; me arrastró consigo detrás del respaldo macizo del banco semicircular: “¡Ssst!” –(con cautela, escudriñar la esquina con el rabillo del ojo: pasaron dos hombres altos que, descuidados, discurrían en voz alta; uno, más robusto, con un saco largo cerrado al cuello, la cabellera espesa y arrogante, los diptongos arrastrados a la americana –: ? –: !: Quería abrirme camino; tironeé de sus manos al punto que le quedaron completamente fuera de las mangas –): “¡Cuidado, por favor!”, jadeó él: “¡es un hombre muy impulsivo! Justamente usted debería tener más cuidado que nadie”; luchamos cautamente otro poco, hasta que cedí.

“Sí, es Cooper, ¿quién quiere que sea?! Síssí: ¡justamente William Brandford Shubrick y su Ja-

mes Fenimore Cooper: siéntase contento de que hayan pasado de largo!" Balbuceó; respuesta: se inclinó dándome una palmada en la espalda: "Pero amigo mío, ¿no se dio cuenta todavía de que está en el Eliseo?!"

Me dejé caer sobre aquel mismo banco; con indulgencia, me lo explicó varias veces (él pretendía ser aquel Christian August Fischer que en 1821 había curado la primera edición completa de Cooper para la Sauerländer de Frankfurt –aquella misma de la que Stifter plagió "Monte alto"; yo mismo poseía un par de esos pequeños volúmenes deliciosamente ingenuos. Y entonces, un relámpago: ¡claro!: ¿Althing?: ¿no había sido ése el seudónimo con el que había publicado las "Nouvelles eróticas" y la "Historia de los siete costales", también llamada "El amante de las 11.000 jovencitas"? Asintió enfadado. Después, salvajemente: "¡El daño mayor me lo hizo Jean Paul, que me citó en su «Escuela preparatoria»! Si no hubiese sido por esa cita –: ¡podría evaporarme 500 años antes!" Cerró nuevamente los puños, murmuró algo entre dientes y blasfemó). / ("Sí, naturalmente: y Grabbe; y también «Isis»; y la «Correspondencia mensual» de Zach: ¡bribones!")

"Pero usted, en 1829...?: "Claro", confirmó con amargura, "la muerte clínica me sobrevino el 14 de abril de ese año, en Maguncia –¿pero para qué sirve esto? ¡Usted mismo puede verlo –!", y señaló

delante de él con un amplio y geométrico gesto del Loden verde:

"Todos están condenados a vivir aquí abajo mientras su nombre aparezca acústica y ópticamente arriba, en la Tierra. O sea, para ser más claros: hasta que ya no sea nombrado ni tampoco su nombre aparezca impreso o escrito en algún lado –en tal caso, cualquier posibilidad de una reconstrucción desaparece". (Sentado, perplejo y meditando).

¿Escritor?: "Mientras siga existiendo un solo ejemplar de uno de sus libros, no hay ninguna posibilidad: ¡imagínese la fiesta que da el que de parte de la Comisión recibe el comunicado oficial de que ya no existe ni uno solo de sus escritos!". (Puede entonces ataviarse con un alfiler rojo y dorado). "¡O bien cuando se marchitó la última historia de la literatura que lo mencionaba! En tal caso, el nombre se encontrará todavía en los registros parroquiales –la Guerra de los Treinta Años, en su tiempo, hizo una limpieza magnífica; y también la última guerra hitleriana".

"Usted, antes de hablar, ¡experimente la sensación de vivir varios centenares de años! –Nietzsche tomó bastante distancia de su «eterno retorno»: ¡Ya está podrido de ese tema!" / "Oh, usted no puede imaginarse las posibilidades que existen. Prescindiendo de palimpsestos o conjeturas textuales: tenemos casos en los que un imprudente, en una maldita ocasión, ha simplemente escrito con orgullo su nombre de propietario en la cubierta de un libro valioso, à la Manesse –y aquí lo tie-



ne, siempre y cuando el raro ejemplar siga siendo custodiado y cuidado. Si tiene mala suerte, existen fotocopias: ¡le recomiendo que sea prudente con esas cosas!" / "Una vez, en Pompeya, un tipo garabateó con orgullo en la pared de una letrina: «Hic ego nunc futui formosam forma pue-llam», y debajo de eso su nombre: ¡todavía anda dando vueltas por aquí abajo!" / "En ese sentido, los que la pasan peor son los antepasados de los «grandes hombres», porque ellos, pobres, no hicieron nada, y ahora, de golpe, son despiadadamente desenterrados por los biógrafos. Sí, también aquellos del Almanaque de Gotha" / "O bien, aquí tiene un ejemplo más atroz todavía: un campesino se llama Meier; su campo, en el dialecto local, es designado con el nombre de «campo de Meier». Un buen día aparece un topógrafo; pone el nombre en su mapa planimétrico: ¡ya está! Después, a lo mejor aparece también un escritor –uno de esos locos de atar a quienes les gusta hacer todo con extrema precisión: síssí: como usted– este tipo ambienta su novela en ese lugar, el héroe desaparece junto con la heroína detrás de un arbusto, justamente en el llamado «campo de Meier» –: ¡el pobre tipo está prácticamente liquidado! Y después se la pasa vagando desesperado por aquí abajo; corre de aquí para allá viendo a todas las autoridades y nunca consigue entender por qué no puede estar pacíficamente muerto: ¡a veces, cuando finalmente aparece aquí el escritor, tienen lugar algunas escenas...!"

Me dio un empujón y, disimuladamente, hizo señas con las cejas: "Robin Hood. – –No, el de al lado; ese bajito y robusto", y durante un rato seguí apáticamente con los ojos al fornido señor de sobretodo raído: ¿no hubiese podido ser también Odiseo? Pero él sacudió bruscamente la cabeza: "¿Usted a lo mejor piensa que todavía anda dando vueltas vestido de verde-Lincoln, con el arco y la flecha al lomo? No, no: todos vestidos lo más burguesa y normalmente posible."

¿Los animales también?: un poderoso gato negro se asomó por la ventana de la planta baja del edificio de enfrente, de mal humor; se sentó y enrolló la cola alrededor de las patas. "¡Aquí, mish, mish, ven!"; pero no vino. "Bien, sí; esos no se hacen tanto problema –pero sienten la falta de ratones inmortales".

¿Los santos?: ¿esos sí que son curiosos! Sobre todo cuando tienen una responsabilidad particular, dolor de estómago o cosas por el estilo: cualquier animal de arriba que haya fornicado más de lo que debía" (verdaderamente me aterró, tan fuerte gritó pronunciando esa palabra): "aúlla su nombre, o peor todavía, a lo mejor lo escribe en un pedazo de papel –¡noo noo, esos sí que la pasan mal!". "¿No podría ser un poco menos cínicco?", rogué shockeado; pero él se limitó a negar con dignidad, moviendo la cabeza: "En primer lugar, mi método siempre ha sido darle un nombre bien preciso a las cosas –incluso en lo relativo a la esfera fecal y urogenital, hasta ahora tan eufemísticamente relegada–; y en segundo lugar, to-

"(Pero por cierto muy nublada, de cualquier modo el color nocturno gravitaba opaco sobre los techos de las casas. En la esquina, Tina se despidió con un moderno «chau». Yo recibí un elocuente apretón de manos: maid in waiting!)."

dos, en poco tiempo, aquí abajo, se vuelven más objetivos; más sobrios. Debería escuchar un poco a Gerok, ahora, o a Johanna Spyri –", se rió a carcajadas con una vivacidad que hizo dar saltos al Loden. "Bien, venga; vayamos a comer algo".

Una especie de salón de comidas rápidas; luz vivaz desde arriba: detrás de vidrio y níquel, largas filas de bandejas con –: eso, ¿con qué? (En cada una de ellas un montoncito de tablillas delicadas y vidriosas; cubitos, varillas acanaladas; en varios y alegres colores: toda la gama del amarillo; gris marmolado de negro; también, pero más raramente, un verde caramelo más bien disgustoso). Él hizo que la empleada de sonrisa de laca le pasara dos platos por sobre el mostrador; ella agregó a cada uno una suerte de pinza azucarera plateada: "34 promesas, por favor." "¿Treintaycuatro?!", preguntó Althing-Fischer preocupado; y ya con un suspiro se disponía a transcribir esa suma en su credencial cuando yo –recuperando al parecer finalmente la consciencia de huésped– conseguí persuadirlo: "¿Qué debería hacer con las mías?", y: "¿Sería una lástima que se vencieran!"- "Es verdad.", consintió enseguida.

"Aire solidificado con una pizca de sabor": exacto; mis gomitas tenían un ligero gusto a jengibre. (A propósito, los excrementos únicamente en estado gaseoso; él me indicó la hilera de celdas en la que, por ende, faltaba la diferenciación para "damas". ¿Y mis lentejas?! Decidí torturarme hasta el límite de lo "soportable").

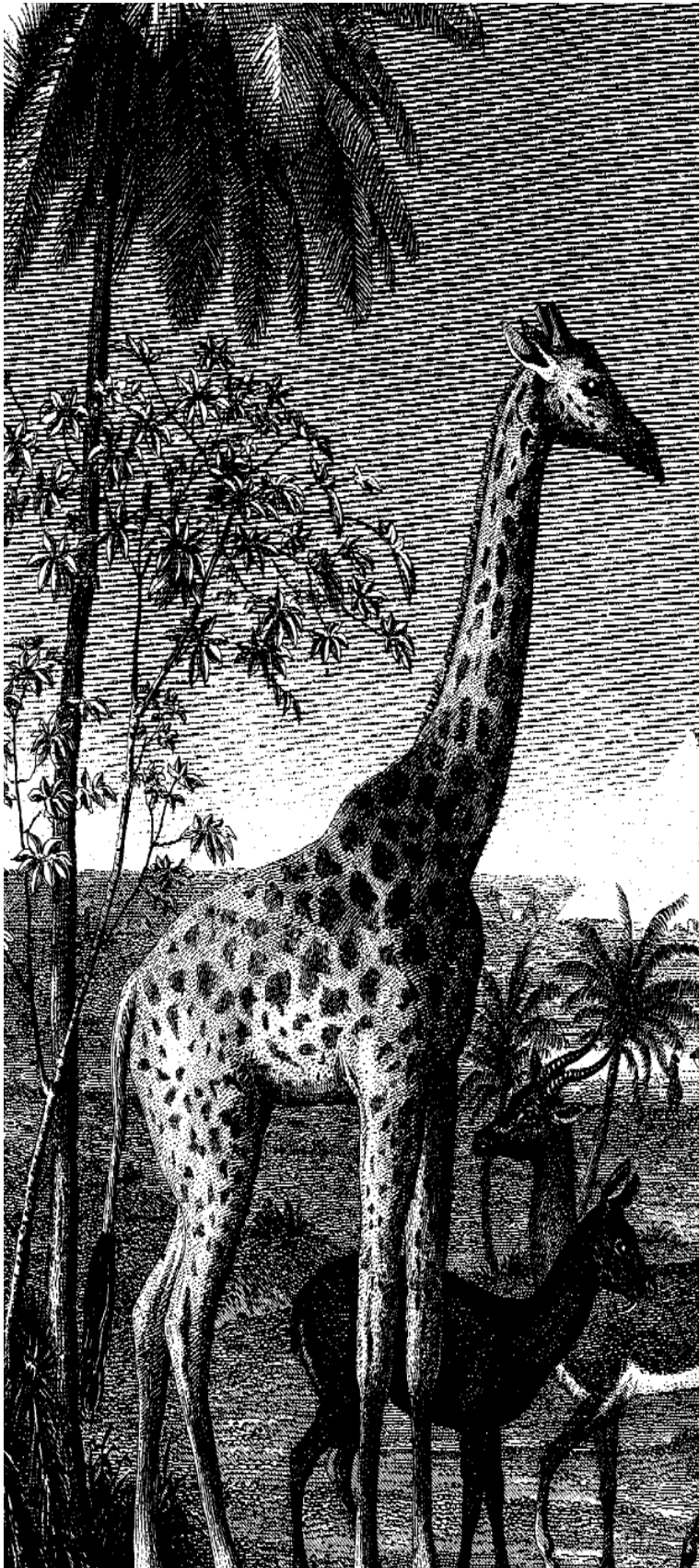
"Las calles nunca tienen nombre de personas –só-

lo nombres neutrales: «Calle de los Batanes», o bien «Calle de los Tiradores»". (Una vez una «Calle del Vivero»). "En los suburbios se construye mucho; sólo en la última Feria del Libro de Frankfurt se presentaron 12.000 novedades". / "Los no-célebres –la gran mayoría–, que aparecen solamente en los registros del estado civil, son alojados en grandes barracas, donde transcurren los últimos 100, 200 años, hasta la muerte definitiva. Por lo general son gente alegre, viven en sus «casas comunitarias» e incluso consiguen «gozar» de este período. Tienen también una enorme cantidad de llegadas y partidas. Muchos de nosotros, los «eternos», trabajamos en la administración de los campos".

La niebla: de improvviso comenzó a filtrarse desde lo alto, en filamentos delgados, en anillos entrelazados. También el suelo despedía gases grises de un pie de altura, y Fischer comenzó a imprecar: "¡Esto también, ahora! –" (venenoso; después con mayor resignación): "Y bien, después de todo estamos en otoño..." Y a mi expresión interrogativa explicó:

El tiempo viene proyectado por una comisión especial que regula la temperatura, la humedad atmosférica y las precipitaciones. En las casas de las esquinas, en las columnas de alumbrado, lar-





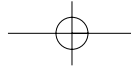
gas "hendiduras ventosas" verticales (que producen un silbido particularmente desolador en las solitarias obras en construcción). "De día, una luz clara y difusa se expande desde el techo; en este momento es de noche." (y, en consecuencia, bostezó). Entonces pregunté: "¿Dónde puedo dormir?". "Oh, en cualquier hotel –", dijo cortésmente: a izquierda, a derecha, enfrente. "Mañana por la mañana no dude en llamarme de inmediato. –Felicissima notte!") –

Solo, andando sin rumbo por la ciudad nocturna:

las 21.56: "¿Podría indicarme cómo hago para llegar a la Calle de la Isla? –. –.: ¡Ah, gracias!".

¡¡Casi me atropellan!!: A pesar de su larga barba en forma de horquilla, el tipo corría como una liebre; en zigzag; por los jardines; ¡y los diez, con palos, siempre detrás de él! Corrió enloquecido a través de las sombras de las casas, saltó, con técnica de atleta de carrera de vallas, una última pierna entrometida para obstaculizarle el paso, dobló la esquina pasando por detrás del kiosco y desapareció dentro de un bonito parquecito planeando con las largas colas del frac. Los dos policías se tomaron mucho más tiempo. Uno de ellos incluso se detuvo en las cercanías para supuestamente «bloquear» el cruce de calles (mientras su subalterno fue obligado a trotar adelante todavía un poco más). Hasta sacó una colilla y dio algunas bocanadas. "Los reyes godos", explicó con indiferencia a mi pregunta: "todavía están tratando de darle caza a Felix Dahn –bien, lo pusieron en guardia en el momento en que le fue concedido el permiso de ingreso"– "pff-pff": "Calle de la Isla: la segunda a la derecha" (Pff: ¡por Dios, qué porquería estaba fumando ese tipo! El aire mismo se negaba a recibir esos efluvios; sofocado: "muchas-pppgracias –").

Segunda a la derecha: un "Hotel de Señoritas": lan-



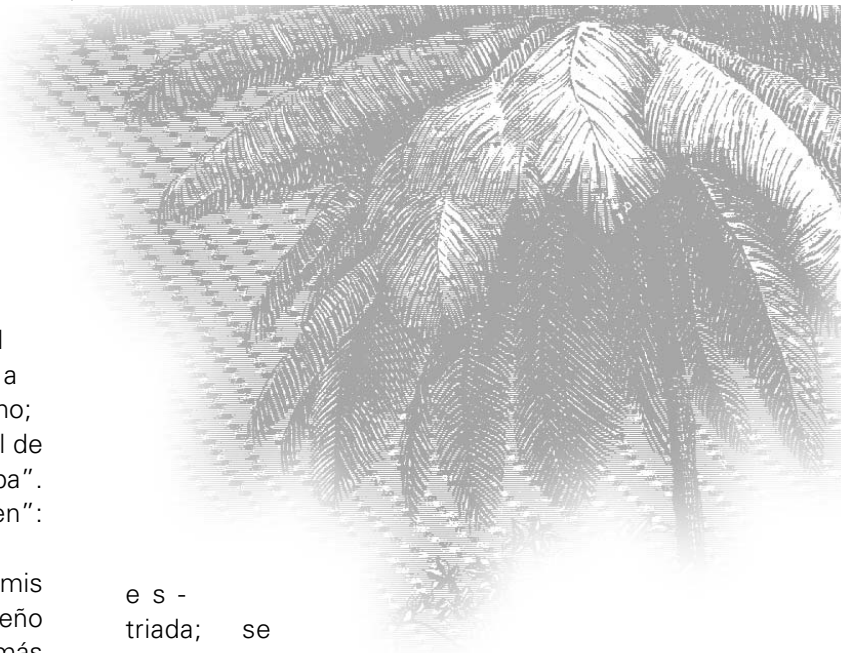
cé una mirada desolada sobre el gigantesco tablero de ajedrez del frente de ventanas iluminadas y oscuras --

La portera: gorda criatura que echó una sola mirada al reverso de mi papelito; después, al tablero de las llaves (¡un Niágara de acero!): “Sí, está: habitación dosdoseis –”, y el abundante brazo colorido señaló en dirección a los ascensores. (En ese momento llegaba uno; bajaron. Luego el luminoso rostro de arcángel de la alta muchacha ascensorista anunció “arriba”. – “¿226?: quinto piso”. –. –. –. –. –: “Muy bien”: “Muchas gracias”. –. –. –: “Tina Halein”.

“¿Sí-fí? !”: ¡Tina! De inmediato la tomé entre mis brazos, ella con el cabello enredado por el sueño (se había acostado una horita «¡para estar más fresca para mí!»; ella, cortas llamitas negras en torno a un rostro pálido). Hora 22.12. –

Hora 23.12: “¡Uff, que bueno estuvo eso!” jadesurró ella. Otro sorbo de aire. Se levantó, con mi espuma en el vientre; y lo primero que hizo fue el café: “Dejar reposar durante 7 minutos –”. (Dispuso altos y puntiagudos vasos de porcelana).

Mientras tanto, detrás de la cortina de plástico de su ducha: gimnasia dentro de la burbuja de jabón. “No; lo que se dice pasar, aquí abajo, en general nunca pasa nada.” Resoplidos y gran sacudimiento de cabeza. El agua tenía un pronunciado sabor a hierro, o, más exactamente, a “¿tinta?”: “Mm, puede ser –proviene directamente de las napas calientes subterráneas”, borbotó su cara

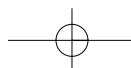


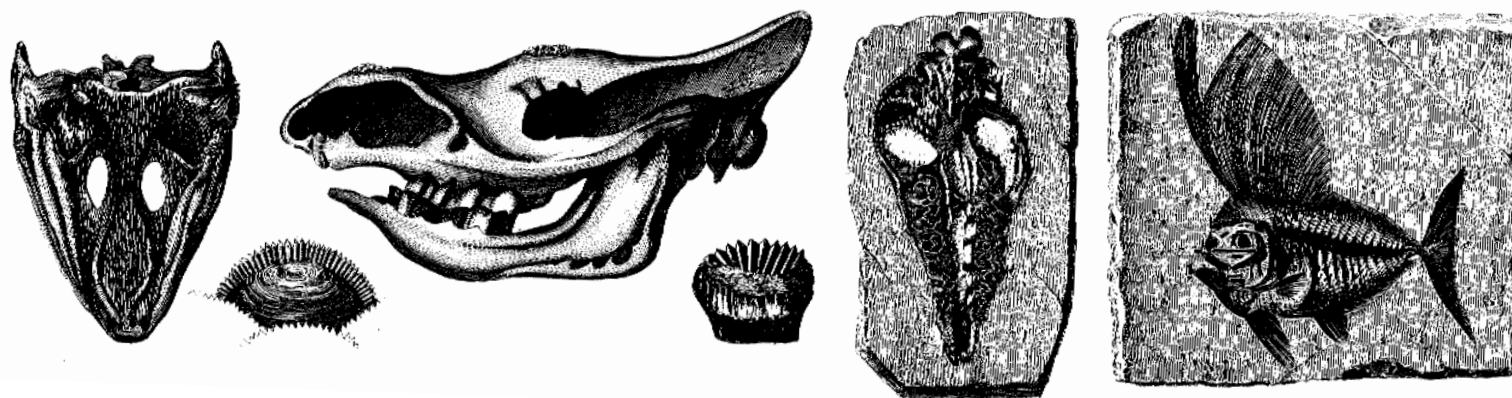
e s -
triada; se
acurrucó en el fon-
do de la bañera y se acarició con dos dedos pun-
tiagudos; se sentó del todo y aferró con lánguida
firmeza los muslos alrededor de mis pies.

De abajo, a través del retumbar del agua y el sonido de las manos chapuceantes: “Pero dime: ¿no irás a citarme, verdad?! –«Tina» sí; no tiene importancia, no significa nada, puedes hacerlo”. Jugueteeó hábilmente con los dedos de los pies, entrecruzándolos con los de las manos; se arrodilló y se quedó admirándome con un «ooh»: “Pero tú eres indestructible: ¿no tienes una amiga, pobrecito? Pero antes tomemos rápido el café –.”

En sillones, cada uno delante de su propio mar de
café Kongo. Ella en un kimono amarillo esparcido
de grandes colonias de bacterias negras, como

“¿Escritor?: «Mientras siga existiendo un solo ejemplar de uno de sus libros, no hay ninguna posibilidad: ¡imagínese la fiesta que da el que de parte de la Comisión recibe el comunicado oficial de que ya no existe ni uno solo de sus escritos!». (Puede entonces ataviarse con un alfiler rojo y dorado).”





les gusta a las diablesas. Las pantuflas rojo fuego; el cabello peinado artificialmente: como les gusta a las diablesas.

“¿Fischer te contó algo? – Ah, no tanto; el asunto es más o menos así. Naces arriba y vives –: no; del 1801 al '77; ¡no tiene importancia! –. Luego «mueres»; esto es más bien desagradable; angustia, sabes, sensación de ahogo: ahggg; el corazón se detiene. Pero la conciencia, por lo general, se detiene muy rápidamente –” golpeó el aire con la mano abierta, indiferente: “Entonces te despiertas. Semioscuridad y murmullo de voces. En un galpón gigantesco –más o menos como un picadero de circo– en una fila larguísima. Llenas varias fichas delante de una ventanilla; te entregan tu credencial, sigues avanzando; otro sello; te encuentras con conocidos de otra época –entre los cuales hay al menos dos enemigos!–. Un ómnibus te lleva a la estación; te subes al tren que te han asignado, te dan los víveres para el viaje, etcétera –y llegas al lugar que te han destinado.”

¿Elegir?: “Mm –¡difícil! Naturalmente, puedes decir que prefieres estar con éste o aquél; y si es posible, no ponen obstáculos. Pero hay que tener cuidados especiales: nunca se podría poner juntos a Goethe y Bielchowsky. No, por cierto, aquí abajo hay justicia, pero no inútil crueldad. O por ejemplo ponerte a ti junto con Fouqué –agregó con malicia y sacudió con placer las piernas al ver mi cara (pero hubiese sido mejor para ella no hacerlo) –

: “¡Eh, este tamaño viola las reglas policiales!, decidió con una mezcla de éxtasis e indignación. (En el reloj de las mil horas, pequeños y brillantes genios de lámpara, jubilosos, hacían ronda. Ella le dijo algo a un agujero en la pared; abrió una ventanilla encastrada en lo invisible. Y enseguida, de un resquicio con tapa de buzón, extrajo dos toallas de felpa ya tibias.

“Y ahora vayamos a dormir: mañana será otro día. Domingo; no tengo que levantarme temprano.” / Más tarde: “No, pijama para ti no tengo.”

Uno junto al otro en la oscuridad. A través de la fina cortina se filtraban solamente los conocidos y sutiles dibujos abstractos de los faroles de la calle. El viento artificial aullaba de modo ejemplar. Afuera, también la niebla había desaparecido. Ella bostezó, plácida y vacía.

“No –el cuerpo se puede elegir: casi todos prefieren la sustancia corpórea que tenían a los veinte años, cuando aún estaban en forma. Algunos hombres incluso la que tenían a los 17: para no tener que afeitarse. Oaaj.” Estiró la húmeda y lisa amarra de un brazo sobre mi caja torácica; su extremo, deshilachado, daba forma a dedos inertes. La última respuesta desde el fondo de la somnolencia: “Durante los primeros diez años, por lo general, no se hace otra cosa que for...” (y rió burlona cuando le tapé la boca): “Inmediatamente después, comúnmente uno se vuelve eremita –existen adecuados desiertos de piedras multicolores con lagos salados; árboles petrifica-

dos y esas cosas –” (En vano trató de introducir más profundamente el puño taladrando debajo de mi axila; pero no encontró un lugar adecuado para el brazo y renunció, refunfuñando): “Después, por lo general, comienzan a beber; se vuelven locos y blasfeman: contra la inmortalidad; contra las instituciones de aquí abajo. Después de eso se hunden en un obstinado estado de embotamiento; por unos cuantos años –y después, poco a poco vuelven a ser normales. Aceptan empleos. Buscan algo que hacer. Y se consuelan pensando que nada es «eterno»: la gente de dos mil años ya no es tan común entre nosotros.” Se meneó enfadada, bufó, con ganas de dormir, un “nnh”. También llevó la rodilla izquierda junto a las mías; barrió mi cuello con la cabeza (y se fue al dulce sueño. También yo decidí dejar el estu- por para mañana). –

Mañana. Alba muy tímida: no: ¡al tacto no parecía en absoluto tener 154 años! No en ese sitio, allí. Y tampoco aquí. ¡Y mucho menos allá!: ¡¿y si toda esta comitiva no estaba haciendo otra cosa que tomarme el pelo?! ¿Tal vez, por casualidad, caí en una de esas ciudades subterráneas (¡que por cierto existen desde hace tiempo!), que los políticos y los upper-ten se están preparando para el caso de una guerra atómica? ¡También los Assassini suministraban a sus propios adeptos, de tanto en tanto, una inyección para llevarlos después al paraíso artificial! Me levanté; miré en torno, silenciosa pero salvajemente – (antes que nada, abrir más la calefacción; hacía sólo 16 grados).

Desnudo delante de la pared: al principio no conseguía mover la tapa (¡y casi la hubiera roto de la impaciencia!) –Momento: así es como funcionaba): “¡¿Disculpe, señorita?! –: ¿verdaderamente me encuentro en el Eliseo, o se trata de una colonia troglodita a prueba de bombas atómicas?”.

“Me dio un empujón y, disimuladamente, hizo señas con las cejas: «Robin Hood. – No, el de al lado; ese bajito y robusto», y durante un rato seguí apáticamente con los ojos al fornido señor de sobretodo raído: ¿no hubiese podido ser también Odiseo?...”

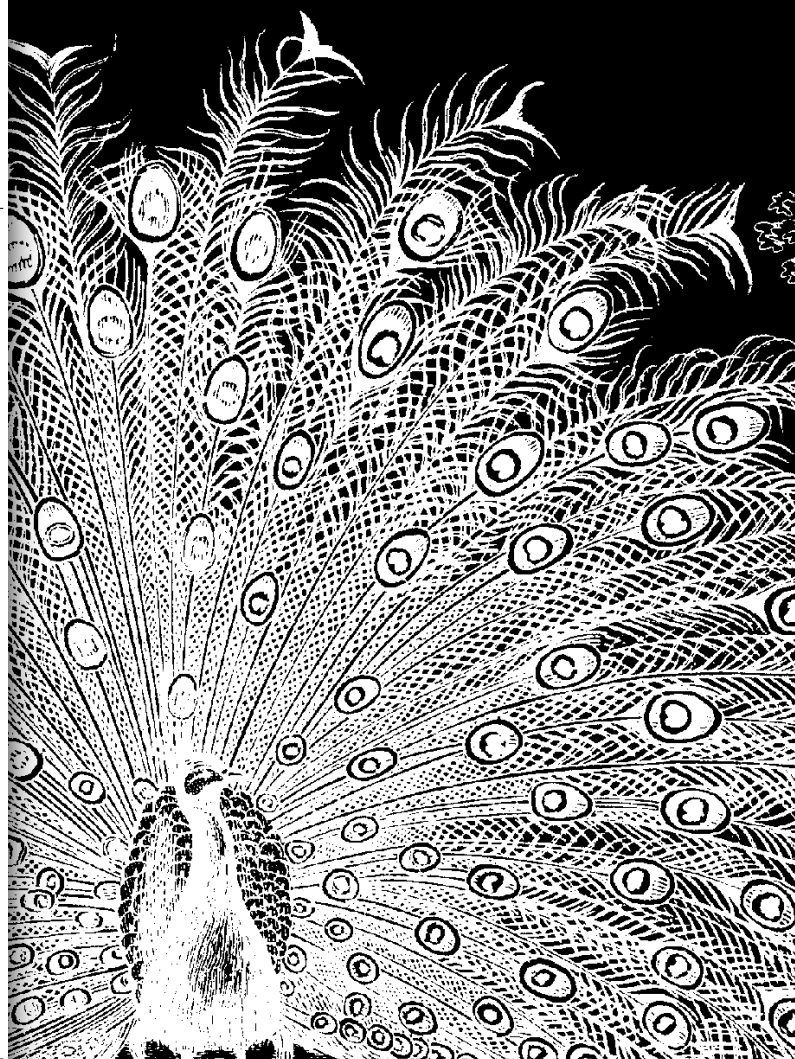
“Aguarde, por favor”, dijo la voz servicialmente apática: “le paso con la Central de Informaciones...” (mirada hacia allí: ¿: no. Tinkatinakatharina exhalaba el tiempo con ritmo regular: cada vez que respiramos muere un chino. Y nacen 2).

“¡Hable, por favor!” –: “Sí, aquí Información –: ¿: No; usted se encuentra en el Eliseo. – ¡No!– No, no: también de sus libros tenemos un fichaje exacto: cuántas veces menciona a Hauff o a Bismarck...”

“¡¿¿¿Bismarck??!!” (con júbilo salvaje: los agarré a estos estafadores): “¿Bismarck?: ¡me cortaría una mano antes de escribir el nombre de ese canalla en uno de mis libros!” (Qué cretinos). Pausa. Ya me preparaba para golpear victoriosamente el puño contra la tapa cuando volvió a acercarse la voz andrógina: “Hasta ahora usted ha mencionado en sus obras el nombre de «Bismarck» tres veces: en el Fauno, página 79; en el Brezal de Brand, página 110; en Los Emigrados, página 14...” Me encogí; a la derecha, mi rodilla lesionada comenzó a temblar; tartamudeé: “Eso es – una infamia...”. Frío, estadístico, al estilo Enciclopedia Británica, el agujero en la pared prosiguió: “El último de los lugares citados dice textualmente –: ‘Ella todavía seguía alabando a –entre comillas francesas– nuestro glorioso Bismarck’ –: ?”

Empalidecí; apoyé la frente contra la pared: ¡exac-

“La niebla: de improviso comenzó a filtrarse desde lo alto, en filamentos delgados, en anillos entrelazados. También el suelo despedía gases grises de un pie de altura, y Fischer comenzó a imprecar...”



to! Ahora lo recordaba: ¡en la Baja Sajonia! Miré hacia abajo la peluda mata virilmente rala de mi vientre; las piernas audazmente acortadas por el efecto óptico. También los pies – –“Gracias”, dije después de un rato, ronco, dirigiéndome a la pared. Y no volvió a responder.

De nuevo en la cama, en la cabeza el molinillo giratorio de los pensamientos: ¡qué cosa!..... (Tieck, supuestamente, carpintero; Hoffmann propietario de un despacho de vino al por mayor. Y ya reflexionaba sobre qué haría en su momento yo allí abajo.....: ¡soy verdaderamente un loco tratando de meterme en asuntos de este tipo! Suerte que mis libros se vendían tan mal: el plato fuerte, el Leviatán, ¡hasta ahora apenas 902 ejemplares!.....)

Pero después, nuevamente me dirigí decidido hacia ella: ¡todo esto es un asunto de locos!: Qué lindo trasero, duro; y la seda bien tirante de los muslos, una cintura –, –: se despertaba lentamente –los senos calientes, un poco blandos por el sueño: las serpientes de sus brazos ya se enrollaban alrededor de mi cuello; me envolvió, fluida, y desaparecí por un rato dentro de ella.

¿Aire solidificado de desayuno?: No. Pero una sólida taza de café, eso sí. (Y qué frío hacía afuera, «cambio de clima», una nieve finísima y dura, económicamente esparcida y seca –quién sabe cómo hacían para fabricarla así: ¡otra vez mi fantasía dando vueltas sobre este tipo de cosas! Ráfagas de viento refinadamente esporádicas la arrastraban en volutas protoplasmáticas por las calles heladas).

“¡Mon Dieu, el cartero!”: hundió su tenaza de cinco dientes casi dolorosamente en mi mano y bufó con hartazgo premonitorio en cuanto el tipo de uniforme negro traspuso la portería. (También explicó: los vestidos de oscuro traen cartas malas; las buenas son distribuidas por los verdes. Aclaraciones ulteriores: cartas malas = noticias de citas o, peor aún, reediciones; mensajes buenos =

ejemplares desaparecidos, registros nominales extinguidos, etcétera).

Una mezcla de timbrazo y zumbido: comenzó suave, se insinuó en la consciencia, enseguida se hizo más fuerte –y se interrumpió al improviso, imperioso: ¡(al punto que uno estaba obligado a levantarse para ver qué traía): ¡una carta ribeteada de negro! Ella, apurada, introdujo un dedo en una esquina haciendo estallar el sobre; arrancó del hocico dentado de papel la hojita y la leyó a vuelo de pájaro: «Kathinka Zitz», «nombre citado en un artículo del Freiheit de Maguncia» –“Graciasadiós; sólo es un periódico.” respiró aliviada.

“Ah, sí: una vez estuve casada con un cierto Zitz, pero me divorcié enseguida. No-no, me llamo Tina Halein: mi nombre de soltera.” Se plantó insolentemente sobre el respaldo del sillón bamboleando las pantorrillas; también despidió aire enfadado por la nariz. De pronto suspiró: “Bueno, el 90 por ciento de mis novelas ya desapareció bajo forma de maculatura –¡no te atrevas a leer una! El daño mayor me lo ha hecho un artículo en la Biografía Universal Alemana: ¡si tuviera a mano a ese canalla!” Después se levantó, resuelta. “Pero hoy todavía no blasfemé –¡un momento!” Fue hacia el armario, se estiró y dio vuelta un pequeño reloj de arena laqueado con colores vivaces –y comenzó a imprecar; con una intensidad; qué riqueza de vocabulario poseía esa mujer; y como si fuera poco, también bellas imprecaciones en francés: nombres largamente embebidos en odio, acompañados de adjetivos infames; puños cerrados; hasta tal punto, en algunas ocasiones, que daba miedo cómo su boca se torcía babeando al punto de rebalsar; una vez, de la rabia, incluso pateó el piso: ¡: !!! –

Después la arena dejó de correr. La tomé apiadada del brazo, la ayudé a volver a poner los senos dentro del corpiño y la guié al sillón, ella con la cara lacrimosa. “¡Malditos!”, repitió una vez más, abatida; pero enseguida se repuso, y pre-

tendió ser consolada y acariciada más intensamente.

(El cuarto de hora de imprecaciones: todos deben imprecar durante 15 minutos contra su biógrafo; contra los reseñadores; contra Goedeke, contra todas las ediciones del Brockhaus, contra el primer Meyer completo, contra los lectores y estudiosos de la historia patria, I love a good hater).

¿Gutenberg?: se oculta en los bosques ralos, en cuevas particularmente solitarias; perpetuamente en fuga, duerme cada noche en un sitio distinto (como Cromwell). Pasa la mayor parte de su existencia aquí abajo con los miembros enyesados. “De acuerdo, ¡pero también tienes libros aquí?!” y miré el pequeño estante sobre la cabecera de la cama (Books of fiction entonces están permitidos; libros en los que no se nombra ninguna personalidad real. Y las tapas hay que arrancarlas, ahá). Se juega mucho al ajedrez; hay cines; la moda cambia oportunamente. “Autos, nada: tenemos tiempo. En cuanto al resto, se trabaja con celo; se hace el amor hasta más no poder –«dentro de mil años todo habrá pasado»: con esa frase nos damos coraje entre nosotros.”

La tapa de la pared se abrió torcida: “¿Qué pasó! ¡¿está rota?!”, exclamó Tina extrañada; se bajó de un salto de mi regazo y se puso a maniobrar cautamente la bisagra (mientras ya el altoparlante anunciaba: “Llamada del señor Fischer –¿quiere estar disponible?”). Ella se dirigió a mí; nos entendimos con un breve gesto; recibí la comunicación con un «¡Hola!». Y después nos citamos para las –: ? –: “No, ahora, enseguida, no. A la hora del almuerzo: antes tenemos que ha-



cer unas cuantas cosas.” Ella rió sarcástica y agradecida mordiendo el labio inferior; y yo concerté fríamente la hora y el lugar del encuentro. —

Hora: mediodía; lugar: restaurante mexicano: por lo tanto hoy la porción de gelatina tenía sabor a chili con carne. (Pagué generosamente las míseras 80 promesas; todavía me quedaban —: 586. Le había regalado 300 a Tina para que se comprara un colchón de resortes más elástico). Pero qué bueno fue que me encontrase con Fischer; nos pusimos a susurrar con pequeñas sonrisas (es decir: yo, atormentado; él, riéndose bendito, gorgoteando como una rama, sub acqua sub acqua. —: “Un momento, Tina; volvemos enseguida”).

Afuera: se veía que él estaba madurando un proyecto: “¡Por Dios! —¡¡Magnífico!!—” jadeó saltando entusiasta sobre un pie y sobre otro: “¿Puede aguantar cien metros más? —”, y me sostenía con tierna efusión, como un padre: “Despacio, despacio —: aquí: ¡adentro!”.

Veinte metros más allá, detrás de una fila de arbustos: ¡las lentejas! (Mientras él esperaba: diosmío, qué ruidos hacía yo. Y allí, a distancia, él relinchaba deleitado por el trabajo de descompresión que hacía mi vientre. ¡Salgamos de aquí!). (En la entrada de la mansión, además, una chapa de bronce de este tipo: «Maximilian Emanuel Franz, barón de Lerchenfeld».: ?.: “En su momento me procuró tres años de calabozo: ¡qué sorpresa se va a llevar!”, y se apoyó en la pared de una casa para poder descargar la risa con más comodidad. “Pero por favor, ¡no le diga nada a Tina!”: “No, naturalmente que no.”)

Sin embargo fue lo primero que hizo: los dos, como buenos compañeros subterráneos, se pusieron enseguida a murmurar entre ellos —y ya la boca de ella se abría en una mueca: los orificios de la

nariz se le abrían cada vez más; se puso a morder el pañuelo, el agua le salía de las órbitas (mientras yo, helado, chupaba mi sorbete: probablemente era el modo que tenían de evacuar los líquidos absorbidos: por los ojos). Las manos de él diseñaban continuamente el enorme montículo: “¡Y qué colores, Tina: en la casa del ministro no se ha visto nunca nada semejante!” (Se arrojó hacia atrás, el hijo de puta, y burbujeó desenfrenadamente).

Meditar otras preguntas, entonces (¡hacerse el ofendido no tiene sentido!):

1. ¿Novelas-clave?: él sacudió negativamente los carrillos: “En sí, no son válidas como citas; pero los personajes correspondientes por lo general ya están crucificados, sin salida, en muchos otros sitios”.
2. ¿«Qué bella luz tiene la estrella del alba»? (las letras iniciales de los siete versos forman, como es sabido, un nombre): “¡Válido como cita!”, confirmó él.
3. ¿Plagiar?: “Puede hacerlo todo lo que quiera: ¡Al contrario! Aquí es un indicio de que comenzamos a ser raros y olvidados —¡se desea plenamente!”.
4. ¿Castigos?: “Sucede relativamente poco. Los alborotos, naturalmente, están a la orden del día —y en la mayoría de los casos son justificadísimos: recién llegados, autores de antologías orgullosamente ignorantes a menudo son terriblemente molidos a palos; o biógrafos por sus biografiados. El castigo más raro, y aplicado rarísimamente —más o menos podría compararse con vuestra pena de muerte— es para quien envía alguna ocurrencia a la superficie de la Tierra. De modo que a un escritorzuelo cualquiera, mientras está robando algo en la biblioteca (o incluso en sueños), lo ataca la «idea»: tal o cual serían gente lo suficientemente interesante como para hacer un programa nocturno.” (Primero, sonrisas de ellos; pero bruscamente me detuve, y recordé).

El dueño del restaurante, vestido de mexicano, el

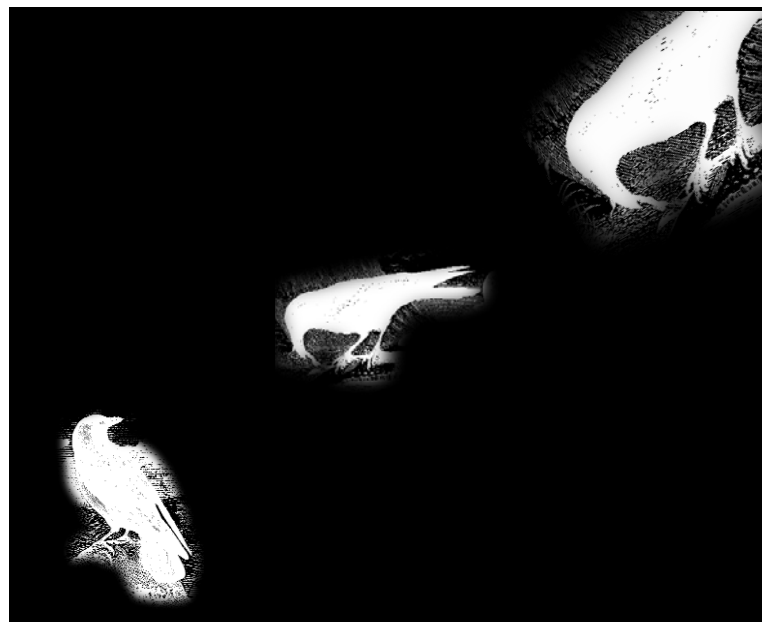
sombrero en la cabeza con una descorazonadora falta de fantasía, nos acompañó hasta la puerta; y ya estábamos por salir a la calle cuando la radio transmitió un comunicado especial, con atención, enardecidos toques de trompeta y enloquecidas fanfarrias al principio y al final. De inmediato no comprendí el entusiasmo de mis compañeros: estaban como electrizados, con las caras radiantes y ansiosas: ? — — —

Pero no comprendí en detalle los términos técnicos. (De todas formas intercambiaron señas excitadas, y discutieron sin parar por encima de mí, que caminaba entre ambos).

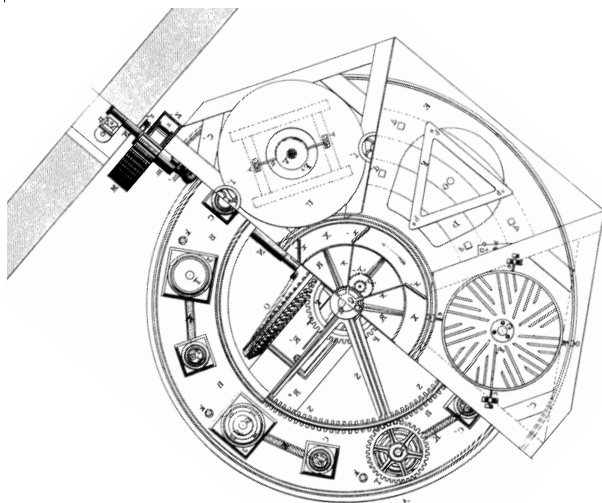
“Mañana por la tarde un tipo podrá diluirse: ¡qué suerte podrida! Está aquí desde hace sólo 400 años; y ahora llegó la confirmación oficial de la Comisión diciendo que el último ejemplar con su nombre desapareció: un niño jugó a hacer fuego en una buhardilla entre trastos viejos y documentos —¡el contrato de compra-venta en cuestión, todo, incluida la casa, se quemó!” Respiraban hondo, felices. (Yo intenté primero preguntar por el niño; pero después renuncié a la idea: estaba claro que esta gente tenía otro tipo de preocupaciones).

“No-no —justed no puede asistir! ¡Es uno de nuestros actos más solemnes! Por otra parte, usted, mañana por la mañana, volverá arriba con Tina y conmigo; sus 36 horas ya habrán terminado.”

“Describirlo sí; eso se puede: entonces, cuando un nombre se extingue definitivamente arriba, el propietario de aquí abajo puede «disolverse»: piense un poco, ¡qué alegría para él! Con cuánta ansiedad sigue por la televisión la llegada del momento en que su último lector cierra el libro con un «Ay, qué porquería»; ¡y lo rompe en pedacitos para encender el fuego al día siguiente, por la mañana! Entonces, la Comisión —exacto, ese edificio grande de ayer— reexamina todos los papeles; e informa que ese día, a tal hora y minutos, él puede unirse a la nada. Se viste con su mejor tra-



“Después, por lo general, comienzan a beber; se vuelven locos y blasfeman: contra la inmortalidad; contra las instituciones de aquí abajo. Después de eso se hunden en un obstinado estado de embotamiento; por unos cuantos años...”



“Y qué frío hacía afuera, «cambio de clima», una nieve finísima y dura, económicamente esparcida y seca –quién sabe cómo hacían para fabricarla así: ¡otra vez mi fantasía dando vueltas sobre este tipo de cosas!”

je. Ante la nada ya lo está esperando el funcionario administrativo. Los espectadores forman disciplinadamente un cuadrado, todos vestidos con colores alegres; amigos y conocidos se empujan para felicitarlo (llenos de envidia). En el trípode de bronce arde una cubeta de coke; le entregan todas sus fichas y con sus propias manos las siembra sobre las llamas. Después, a través de un gran portal, es introducido en una sala, donde, en la pared de enfrente, algunos peldaños de mármol conducen hacia abajo, hacia la nada –yo mismo lo he visto; ¡dos veces estuve presente como testigo oficial!” –

: “Y bien: da un salto y se esfuma. ¡Se terminó! ¡Desaparecido para siempre!”

“¿En qué se transforma? ¿En energía?” (se me ocurrió). “¡Qué energía ni ocho cuartos!”, dijo él, indignado; “Nada, justamente nada! ¡Ésos lo consiguieron, querido mío!”

“¿Pero la Comisión no conoce anticipadamente ese final para cada uno? (pensamiento profundo, ¿eh?). “¡La Comisión no sabe un carajo!”, soltó él, todavía rabioso: “¡Nadie es omnisciente!” ¿Dios?: “Oh, Diopffff”, hizo después de un rato, con desdén; y yo no seguí preguntando.

Consejos desde ambos lados (y mi cabeza fluctuaba fatigosamente entre uno y otro, como en la época en que era intérprete en la escuela de policía:

1. “¡Destruya los ejemplares de regalo!” (en lo posible, comprar también los otros: “Es dinero que un día dará rédito.”). “No escriba más cartas.”
2. “No dejar «memorias». No donar nada a ningún archivo” (“¡Oh Dios: mandé un ejemplar a Marbach!”: gemidos de horror. “Bueno, ¡jlo hecho, hecho está!”, me congratuló él, siniestro).
3. “Hágase quemar después de muerto: así no suceden después esas porquerías, como con «el Hombre de Neandertal»: ¡casi consiguen agarrarla a esa pobre criatura!
4. “Cómo nos alegramos, al principio, con la invención de la radio: ¡nada más que humo y ruido sin validez! Pero después llegaron los magnetófonos: ¡nunca grabe su voz en una cinta de ésas!: ¡Cuidese de los coleccionistas de ese tipo de cosas!” – – – “Bien, vayamos un poco a lo de Tina; a beber una taza de té.” –

Té en lo de Tina: ella, a sus espaldas, esbozó una mueca de impaciencia; pero él (para nuestro alivio), ni siquiera se sacó el abrigo (todavía debía ir a Fonate & Spitzweg, a la farmacia: a retirar pedidos para sus compras terrenales de mañana). Silencio; de somnolencia del atardecer.

“¿Usted no podría –” (él, insinuante): “destruir ese par de ejemplares suyos de la traducción del Sauerländer de Cooper? ¿Dónde yo aparezco como curador?” “Destruir –no”, rogué, dubitativo: “¿no bastaría con que arrancase las tapas, susti-

tuyéndolas por otras, escritas a máquina?: ¿y que simplemente omitiese su nombre?” Se iluminó: “¡Muy bueno! Eso también es posible; sí.” (aliviado, y ya se refregaba las manos): “¡Y muchas gracias, eh! Nos veremos entonces mañana por la mañana, a las 7.30 –en el Puesto de Guardia III: y por favor, ¡puntual! Bien, de todas formas también viene Tina: byebye.”

Los jinetes españoles de sus piernas-brazos; dientes y uñas suministraban abundante alambre de púas.

En la blanca jungla de sus miembros: por momentos, abajo, alrededor relampagueaban ojos; tragábamos palabras en tajadas calientes; se levantaban cadenas de jadeos, la habitación llena de «u». El arbusto espinoso de dos manos, ahora, encima de mí: me machacó con su boca sudorosa; me estrujó la cintura con sus piernas; los cables blancos de sus brazos, en el horizonte, se hicieron ásperos y rígidos: «¡u!»

Talados uno sobre el otro. Su cabello colgaba sobre mi cabeza. Los pistones de nuestra respiración chocaban con ritmo más amplio. Pegajoso: “Ohtú”
“Alcanza para una –¡entre los dos!”: entonces bebimos juntos, hombre & mujer, esa taza de té. (La serigrafía en la pared: firmada, un auténtico Eberhard Schlotter, e.s., y aprobamos con admiración: ¡qué técnica más agotadora!).

“¡Sí, pero por otro lado!”, se me ocurrió: “¿Si yo escribiese los nombres de mis enemigos en una hoja –o mejor aún: si los grabara en una lámina de plata? –: Enrollarla; introducirla en un tubo de vidrio. ¡Cerrar herméticamente, fundiéndolo!: Poner todo a su vez dentro de una caja de plomo, una auténtica time-box, que durará toda la eternidad más tres días –y enterrar todo esto en un lugar particularmente desierto, en lo más hondo del Hümmling, o bien en el Sahara: ¡sería una venganza perfecta! ¡¿Porque, teóricamente, siempre podría ser hallada por casualidad?!”. Mi fantasía se encendió: ¡cuántas posibilidades!

“O incluso fabricar así varios ejemplares: ¡y arrojar

uno al mar! ¡A 5.000 metros de profundidad dormiría hasta el próximo cretaturatríasico!”. Ella escuchaba con mirada brillante; asintió; cada vez más convencida: “Oye, si consigues hacer algo así –!” (una mirada profunda, llena de promesas): “Hazme un favor, ¿¡puede ser?!: Escribe también Ludwig Fränkel: efe, erre, ä.... ¡Es ese cretino que me incluyó en la Biogr. Univ. Alem.!” Rió liberada; “Oye, si me prometes que harás eso: iré todos los mediodías a tu casa; y –”. Ya la tomaba entre mis brazos con reproches: “¿Eso lo harás, de todas maneras! –y además todas las noches–”, agregué, no sin preocupación, sin embargo: de hecho ya estaba en edad sinodal. (“De noche no puedo.”, se interpuso ella, púdicamente: “a la noche debo cerrar a las 19 en punto, y tengo que volver a bajar.”) Yo otra vez, galante: “A decir verdad, debería estarle agradecido al señor Fränkel; ¡de no ser por él tal vez nunca te hubiese conocido!” Pero ella no hizo más que torcer el hocico al oír mi cumplido (en ese momento) inoportuno; y preferimos seguir discutiendo sobre esa time-box (¡era verdaderamente una ocurrencia diabólica!).

“¿Pero no corro demasiados riesgos de ese modo?”: en un primer momento ella adelantó el labio inferior – ? – Pero luego sacudió decididamente el flequillo: “Después de todo, ya tienes tantas cosas en tu conciencia: cuán esperanzado vivía, por ejemplo, Pape, antes de que tú llegases. O bien Brandt, Guthe, Bode, o como se llamen todos esos tipos. Y después, ¡por tan pocos nombres!: no sería justo que la Comisión te hiciera pagar por tus enemigos personales –y en cuanto a mi Fränkel, es sólo uno –”, movió despreciativamente el mentón e hicimos un trato: “¡¿Estás segura?!, ¡todos los mediodías, eh!”. “Por mí no te preocupes, yo no fallaré.”, prometió ella, astuta; pero sin embargo agregó una súplica: “Y tú, por tu parte, ¿tratarás de encontrar material impreso que tenga que ver conmigo, y lo quemarás

delante de mis propios ojos? ¿Sí? ¡Ah, magnífico!"

La tarde se escurrió. El viento volvió a aullar más fuerte. Las señoritas más apuradas por los patios salpicados de blanco. (Qué bueno que no se encontrase casi ningún niño aquí abajo; así había más silencio). / Cada ciudad posee entonces una gigantesca caverna; un par de centenares de kilómetros más allá la próxima, conectadas parcamente entre sí por largos caminos subterráneos. Por razones lingüísticas, los Antiguos por un lado; los asiáticos, los rusos también, naturalmente. Bien, esos detalles podría aclarármelos luego, en los mediodías sucesivos.

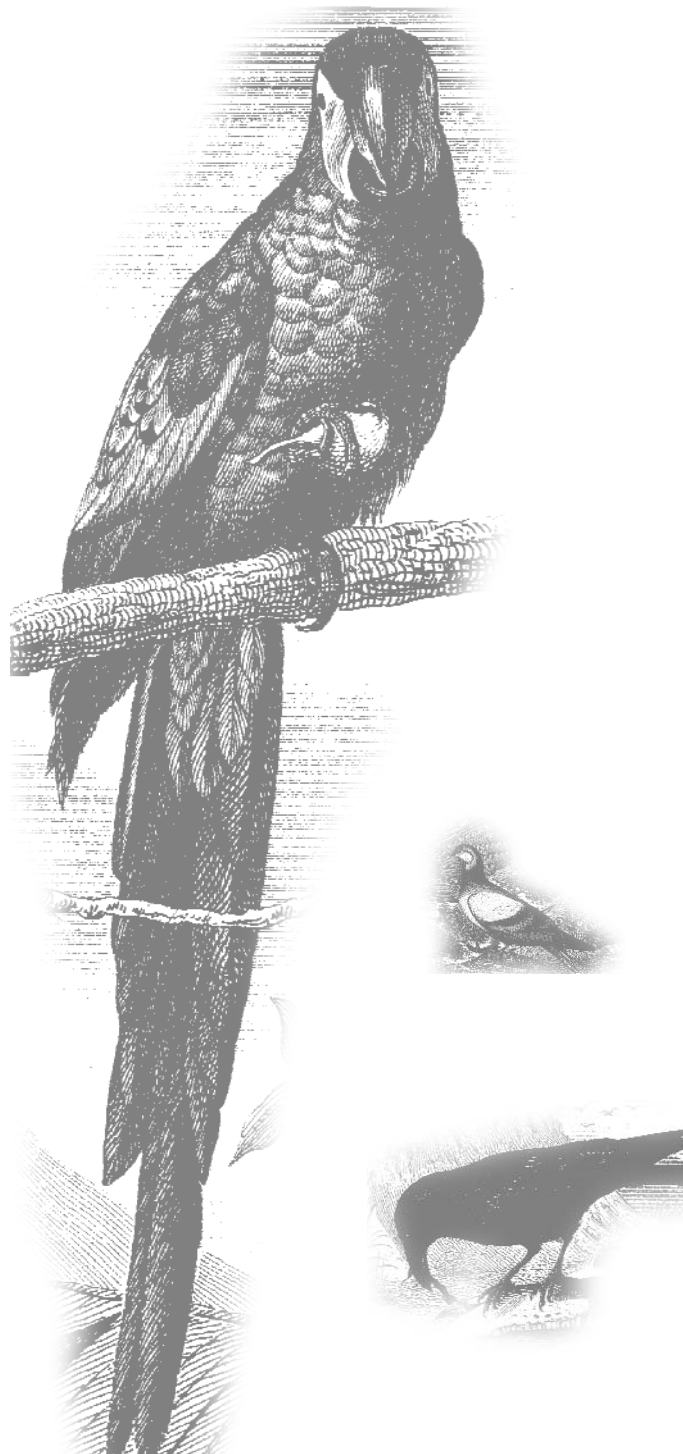
Alto; una cosa más: "¿Entonces Holberg (Niels Klim) o Julio Verne (Viaje al centro de la Tierra) aludieron al hecho de que....?". Ella contestó, asintiendo: "Todos ellos estuvieron aquí alguna vez. Ah, no: también antes. Todas esas sagas de «gnomos», de «montañas huecas», se refieren a nosotros." Efesto, Orfeo y Eurídice, Nekya, incluso Empédocles. También Tieck (Viaje a lo ignoto): "¡Ese casi se fue de boca! O un tal Steinhäuser. En 1817 –" (pero hizo un gesto negativo cuando vio mi mano abrirse interrogativamente: eso nos llevaría demasiado lejos ahora. Entonces verificar arriba el nombre «Steinhäuser»).

¿Cuál es entonces la mejor receta para una buena vida terrenal, tanto arriba como abajo?: "Retirarse al campo. Ser tonto. Copular. Tener el pico cerrado. Ir a misa. Si en el horizonte asoma un gran hombre, desaparecer dentro de un establo: ¡allí puedes estar seguro de que no irá a buscarte! Votar en contra de la alfabetización; a favor del rearme: ¡bombas nucleares!".

"«Utilidad y desventaja de la historia para la vida»", murmuré.

"¡Muy acertado!", agregó ella enérgicamente: "¡desventaja, entonces!". –

**Traducción de Florian von Hoyer y
Guillermo Piro.**



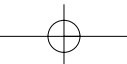
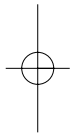
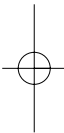
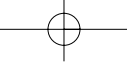
Cervantes plagiarlo



Gulliver no intenta arrogarse un descubrimiento capaz de hacer desbaratar la historia de los estudios cervantinos. Estamos tan seguros de que el “descubrimiento” no es tal que ni siquiera nos tomamos el trabajo de verificar su originalidad. Sin arrogancia, entonces, mostramos que hasta los más grandes genios hacen “citas ocultas” y olvidan mencionar la fuente inspiradora de sus mejores pasajes...

En este caso se trata de **La leyenda dorada**, de Santiago de la Vorágine (dominico italiano que llegó a ser arzobispo de Génova y que vivió entre 1228 y 1298), un libro de lectura capital para los investigadores del arte, ya que a través de la abundancia de detalles correspondientes a la vida de los santos (de eso se trata y eso significa la Leyenda: “lo que debe leerse”, pueden interpretar o descubrir quién es el santo representado en la infinita cantidad de iconografía católica existente.

La leyenda dorada, después de muchos añadidos realizados en épocas posteriores, fue publicada por primera vez tal como la conocemos hoy, en Venecia en 1494, y la edición castellana completa se debe a Alianza Editorial (1982).



Segunda parte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Miguel de Cervantes

Capítulo xlv

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula y del modo que comenzó a gobernar.

Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió a admiración a los circunstantes, ésta les provocó a risa, pero, en fin, se hizo lo que mandó el gobernador. Ante el cual se presentaron dos hombres ancianos; el uno traía una cañeja por báculo, y el sin báculo dijo:

—Señor, a este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro en oro, por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese. Pasáronse muchos días sin pedírselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto. Yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto. Querría que vuestra merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

—¿Qué decís vos a esto, buen viejo del báculo?

—dijo Sancho.

A lo que dijo el viejo:

—Yo, señor, confieso que me los prestó, y baje vuestra merced esa vara; y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.

Bajó el gobernador la vara, y, en tanto, el viejo del báculo dio el báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían, pero que él se los había vuelto de su mano a la suya, y que por no caer en ello se los volvía a pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador, preguntó al acreedor qué respondía a lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada. Tornó a tomar su



“Yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto. Querría que vuestra merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.”

báculo el deudor y, bajando la cabeza, se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho y, poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho le dijo:

—Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester.

—De muy buena gana —respondió el viejo—: hele aquí, señor.

Y púsosele en la mano. Tomóle Sancho, y, dándosele al otro viejo, le dijo:

—Andad con Dios, que ya vais pagado.

—¿Yo, señor? —respondió el viejo—. Pues ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

—Sí —dijo el gobernador—, o, si no, yo soy el mayor porro del mundo, y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino.

Y mandó que allí, delante de todos, se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazón della hallaron diez escudos en oro; quedaron todos admirados y tuvieron a su gobernador por un nuevo Salomón.

Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haberle visto dar el viejo que juraba a su contrario aquel báculo, en tanto que hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó a pedir el

báculo, le vino a la imaginación que dentro dél estaba la paga de lo que pedían. De donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más que él había oído contar otro caso como aquél al cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que a no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto o por discreto.

El plagio imposible

Dice Macedonio Fernández: “Una frase de música del pueblo me cantó una rumana y luego la he hallado diez veces en distintas obras y autores de los últimos cuatrocientos años. Es indudable que las cosas no comienzan; o no comienzan cuando se las inventa. O el mundo fue inventado antiguo”. Santiago de la Vorágine (1228-1298) lee la Biblia. Se detiene, le gusta una idea. Comienza a reescribirla. Pero, serio, la transforma acorde a sus creencias.

Miguel de Cervantes (1547-1616) lee la Biblia. “El Príncipe del Ingenio” no sabe todavía que su Quijote será leído una y otra vez, aunque lo desea. Lee después a Santiago de la Vorágine. Le gusta el texto salomónico y quiere reescribirlo. Se divierte recreándolo.

Mientras, Pierre Menard, autor del Quijote, nos dice: Todo hombre debe ser capaz de todas las ideas y entiendo que en el porvenir lo será. Tal vez cada copia sea mejor que el inexistente original y que cada repetición guarde alguna diferencia.

Susana Szwarc

La leyenda dorada

Santiago de la Vorágine

En cierta ocasión un hombre recibió de un judío, en calidad de préstamo, determinada suma de dinero, jurando sobre el altar de San Nicolás, a falta de otros testigos, que tan pronto como pudiera devolvería el préstamo a su prestamista. Mucho tiempo después el judío reclamó al susodicho hombre el dinero que le había prestado, pero éste le aseguró que ya se lo había devuelto años antes.

Con este motivo prestamista y deudor litigaron ante el juez, en cuya presencia el judío requirió al prestatario a que jurase, si se atrevía, que ya le había devuelto el dinero que le prestara. Tenía el deudor en sus manos una cayada, cual si la precisase para que le sirviera de apoyo, en cuyo interior, pues la cayada era hueca, antes de comparecer ante el juez había introducido secretamente una cantidad de dinero mayor que la que le había sido prestada por el judío. Cuando éste le instó a que jurara, díjole nuestro hombre:

—Tenme la cayada mientras juro.

Tomó la cayada el judío. Juró el otro y dijo:

—Juro que es verdad que he devuelto, y con creces, el dinero que este judío me prestó hace años.

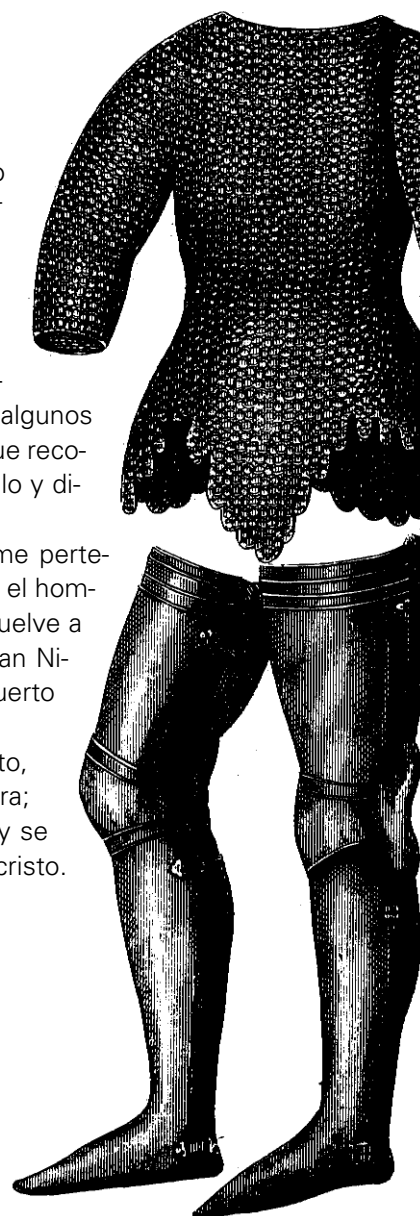
Pronunciado el juramento, pidió la cayada al judío, y éste, ignorante del truco, se la devolvió.

Feliz y contento el hábil defraudador emprendió el regreso a casa. Yendo por el camino sintió repentinamente sueño y se tendió a dormir en el suelo, a la vera de una encrucijada. Momentos después pasó por encima de él, a toda velocidad, un carro, causándole la muerte. Las ruedas del carro quebra-

ron la cayada, y el dinero que contenía en su interior quedó desparramado por el suelo. El judío, al enterarse de lo ocurrido, acudió presto al lugar del accidente, advirtió el engaño de que había sido objeto y, aunque algunos de los presentes decíanle que recobrase el dinero, negóse a ello y dijo:

—Cierto que este dinero me pertenece; pero sólo lo tomaré si el hombre que aquí yace muerto vuelve a la vida por intercesión de San Nicolás. Más digo: si este muerto resucita, me haré cristiano.

El muerto resucitó al punto, y el judío cumplió su palabra; se convirtió al cristianismo y se bautizó en nombre de Jesucristo.





Citas ocultas

Decía José Lezama Lima: “pues el original se invenciona sus citas, haciendo que tengan más sentido en el nuevo cuerpo en que se les injerta que aquel que tenía en el cuerpo del cual fueron extraídas”. Si en el Quijote hay una, dos o mil citas ocultas, la apreciación de Lezama se ve plenamente confirmada. La idea de plagio nos remite a la de propiedad privada, y a un imaginario de creación equivalente a sacar algo de la nada. Como remedo o copia, el plagio no sería sino lo que deslucen el, digamos, original, para convertirlo en versión degradada de. No pocas obras han usado este recurso validado muchas veces por denominaciones como intertextualidad o parodia.

Inmerecidamente para estas dos que, por uso hipertextualizado o banalizado, se han vuelto comodines o coartadas, o poco menos que términos que no definen nada. Visto así el plagio es bastante probable que se desvanezca solo, porque lo “propio” de un texto está en otra parte, no en un contenido o en coincidencias, ni siquiera, en imitar ciertas expresiones. Lo que hace singular a una obra es, valga la aparente tautología, la obra. Toda ella. Y en ella, lo que es intransferible, la inseparable relación entre la lengua, la tradición literaria y el trazo de quien la compuso, o sea el llamado autor, que no es un propietario, ni un pequeño dios, sino el que impulsado por un deseo de arte, acomete un acto de figuración, es decir, de dar forma a una sustancia maleable, palabras en este caso, de una manera única, usando los materiales que sea. Lo fundamental es qué hizo con ellos, no de dónde los sacó.

Susana Cella

Un destino melodramático

A modo de prólogo

Manuel Puig

Por regla general, a la muerte de un escritor consagrado, suelen sucederle ediciones que el autor no tenía en sus planes, a veces incluso contradiciendo sus intenciones. En el caso de Puig, la superabundancia de materiales literarios y afines, versiones, notas, correspondencia, en síntesis, un vasto universo letrado, ofrece la grata posibilidad de una aproximación a lo medular de su obra desde los márgenes, desde sitios tangentes que a veces invisten el nudo originario o directamente lo aluden sin ornatos.

Señorita maestra, ¿se acordó de lo que le pedí?

—Sí, niña. Fui a ver en el diccionario y busqué la palabra melodrama. Dice así: “especie de drama en que, con recursos vulgares, se procura ante todo mantener la curiosidad y emoción del auditorio”. Entonces busqué la palabra drama y decía: “obra de asunto serio y generalmente triste, que conmueve profundamente al ánimo y suele tener desenlace funesto”.

—¿Entonces un melodrama es un drama hecho por alguien que no supo, señorita?

—No exactamente, pero en cierto modo sí es un producto de segunda categoría. Busqué más en la enciclopedia en la parte de teatro, y decía que en el drama los conflictos están originados en los defectos o virtudes de los personajes. Cada personaje tiene su propio carácter, con defectos y virtudes, y de ahí surgen los dramas, porque se trata de gente diferente entre sí, y por eso chocan. En cambio en el melodrama lo que origina el conflicto es alguna intervención del destino, como en *Puerta cerrada*, que Libertad Lamarque pierde todo en la vida porque un cartero entrega el telegrama a alguien que



salía en ese momento de la casa de ella, que era tan buena. Y también era muy buena Margaret Sullavan en *La usurpadora*, pero se atrasa el coche-ro que la lleva al puerto y pierde el barco y el novio se cree que ella no vino porque no lo quiere. En el melodrama hay siempre esos golpes de la mala suerte. Y lo reciben personas buenas. Las protago-

nistas de los melodramas son siempre mujeres muy buenas.

—¿Santas?

—No, una cosa es ser buena y otra ser santa.

—Señorita, una tía de mami se quedó soltera también por eso, un golpe de la mala suerte: le prestó el vestido a una amiga que entró a la casa de un soltero, y el novio de la tía de mami se creyó que era ella, y la esperó hasta que salió y la mató y se escapó, y nunca nadie supo más de él. Y la tía de mami nunca más salió de la casa. ¿Pero qué culpa tuvo ella?

—Culpa ninguna, el destino le mandó esa desgracia. Hay gente que se busca la desgracia, por defectos de carácter, y esos vendrían a ser personajes de drama, ¿entendiste?

—¿Y la tía de mami no es personaje de drama entonces?

—Según el diccionario no, es personaje de melodrama. La pobrecita tuvo un destino melodramático.

—Entonces, encima de no tener la culpa de nada, si filmasen la historia de ella, ¿no ganaría ningún Oscar?

—Tal vez no.

—¿Y qué hay que hacer para salvarse de un destino melodramático?

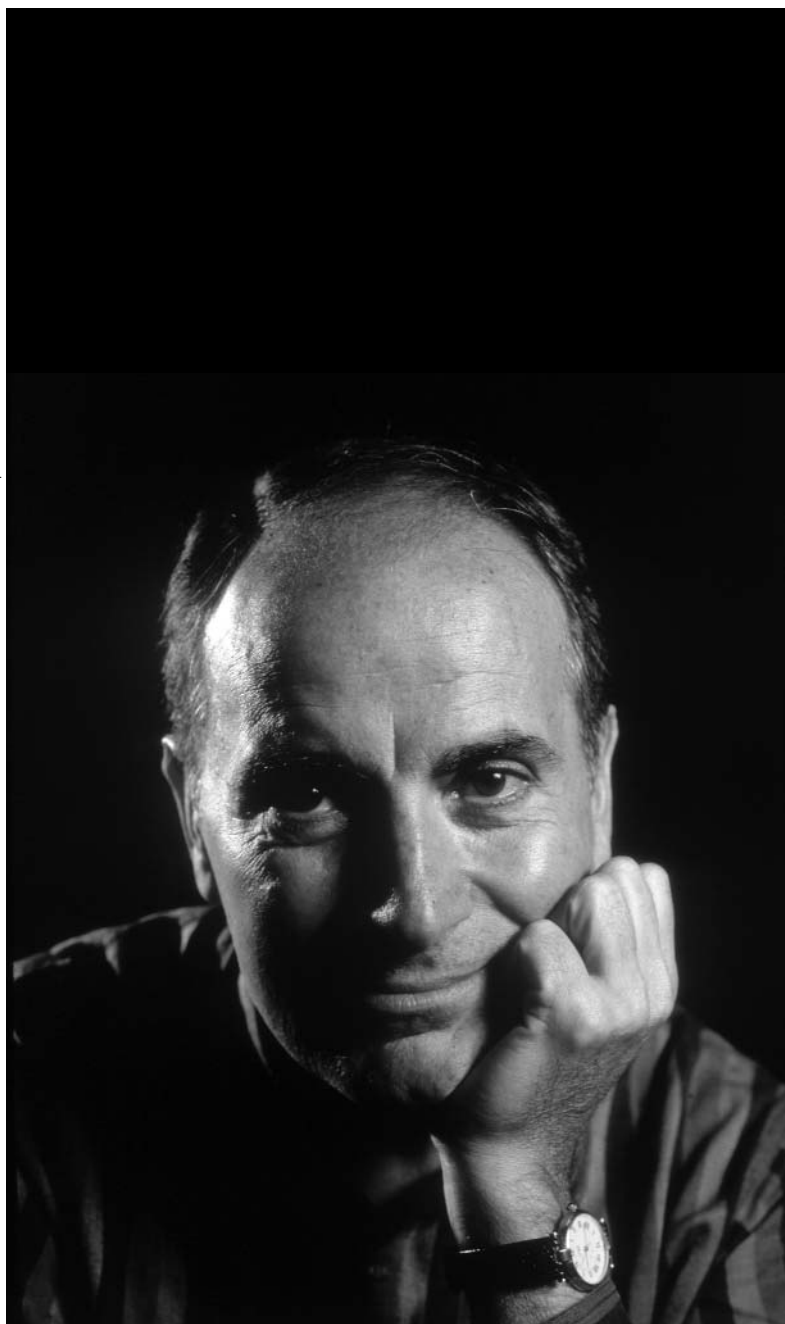
—Nada, porque no depende de uno. Te cae, y te electrocuta como un rayo. Y ahora basta, no pienses más en eso.

—No, señorita, a mí me da miedo, voy a rezar mucho todas las noches para salvarme de un destino melodramático.¹

Nota

1 Tal destino puede ser agravado más aún mediante luces agoreras de J. Fipee, y acordes apocalípticos de Max Steiner. (N. del autor)

Agradecemos a Edgardo Russo de la Editorial el Cuenco de Plata por este texto.



TRAILERS



Así los presentan los editores

Stella Manhattan

Silviano Santiago. Corregidor, Buenos Aires, 2004.

1969: la dictadura militar en Brasil se acerca a su clímax cuando el apolítico Eduardo, alias Stella Manhattan, es expulsado de su patria por su vergonzosa homosexualidad. Vuelve a la superficie como respetable empleado del consulado brasileño en Nueva York y es inmediatamente acosado por el agregado militar, el Coronel Vianna –un sadomasoquista también conocido como “la Viuda Negra”– y por los guerrilleros que buscan la caída del coronel. Se encuentra así en el centro de una escaramuza entre agentes del gobierno brasileño y sus enemigos comunistas, convertido en títere crucial de una lucha que a cada paso se complica por las inclinaciones sexuales de los personajes. Entonces, embravecido como Stella Manhattan, Eduardo huye cortando todos los lazos políticos y afectivos que lo oprimen. Stella/Eduardo denuncia con eficacia los principios fundamentales de interés propio y oposición que habitan en el corazón de todas las agendas políticas y de liberación gay, dejando un amenazador legado de profunda ambigüedad.

Stella Manhattan es una obra de intoxicante perfidia política y artística. Un narrador farsante lucha por articular una intriga pero sólo logra quebrar la comunicación, riéndose con pánico y delicia ante la ola represiva de la economía capitalista sobre el arte, y ante la influencia cultural y política de los Estados Unidos sobre América Latina. Sus preocupaciones con la producción literaria se ven magnificadas por la figura problemática de Stella/Eduardo, resultando en una narrativa exuberante de identidades proteicas y exceso poético. En última instancia, Stella Manhattan se parece más a la filosofía de Georges Bataille que a las novelas de Manuel Puig: más intento de mostrar al ser como la ausencia que las apariencias ocultan, que un estudio específico de política sexual y nacional. (Karl Posso)



La morada imposible, t. II

Susana Thénon. Corregidor, Buenos Aires, 2004. Edición a cargo de Ana M. Barrenechea y María Negroni.

Susana Thénon es una vox sola, una figura erguida entre el desasosiego y la ironía, una “distancia” urgente en la poesía argentina del siglo xx. Este libro reúne sus poemas publicados en libros hoy inconseguibles y una selección de sus textos inéditos. Abarca también su trabajo como fotógrafa y traductora e intenta rescatar algo de su pasión por la danza. Hemos incluido además cartas, ensayos y algunas notas breves y afiladas que la propia Susana Thénon escribió sobre el enigma de la poesía. Cumplimos así una deuda de amistad personal y una vieja complicidad tramada en esos “lugares extraños” del poema que no se pueden explicar pero sí comprender. (María Negroni y Ana M. Barrenechea)

Revelación de un mundo

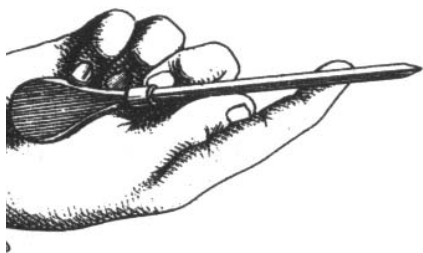
Clarice Lispector. Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2004.

Muchos críticos quedaron perplejos cuando en 1944 se publicó la primera novela de Clarice Lispector, *Perito do coração selvagem* (*Cerca del corazón salvaje*). El texto, lleno de impresiones, como empañado espejo de estados mentales donde destellan momentos epifánicos, era algo nuevo en el panorama de la literatura brasileña.

Con el tiempo la obra de Clarice conformaría uno de los hábeas literarios más radicales y reconocidos en lengua portuguesa.

Cansada del trabajo periodístico pero necesitada de dinero, como con franqueza reconocía, Clarice Lispector acepta escribir crónicas para el *Journal do Brasil*. Lo hace durante siete años, entre 1967 y 1973. Escri-

trailers trailers trailers



tura suelta, sobre los más variados asuntos: fragmentos de textos en borrador, viajes, la infancia y la adolescencia; empleadas domésticas, taxistas, encuentros, amigos, hijos... los sentimientos confesados a un público vasto e imprevisible. Absoluta libertad de temas con que llenar esa columna semanal de los sábados.

Clarice no puede evitar la carga personal, la omnipresencia de su yo conflictuado; sus crónicas no tienen el tono costumbrista, leve y humanitario del género: "Los géneros no me interesan. Me interesa el misterio", decía.

Como personalidad consagrada no necesitaba justificación ni buscaba méritos y apreciaba el reconocimiento popular que le transmitían.

Imprevistas y fascinantes, las crónicas de *Revelación de un mundo*, publicadas por primera vez en español, atrapan a la escritora como personaje.

Sorteando todos los riesgos, el estilo Lispector aparece con su efecto hipnótico.

Libretos

Leo Maslíah. Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2004.

¿Cómo es un mundo donde todos tienen su vida "guionada"? Un mundo donde todo está escrito, donde la existencia se asemeja tal vez a un *reality show*, de espontaneidad simulada y predestinación disimulada.

Libretos es un libro diferente dentro de la obra de Maslíah, que acá adopta explícitamente una posición filosófica y desarrolla el planteo hasta sus últimas consecuencias, humorísticas o no. Puede leerse como una reflexión sobre lo relativo del libre albedrío o simplemente como una sucesión de desesperantes (y divertidos) avatares en la existencia de personajes casi inverosímiles.

trailers trailers trailers



Niñas

Yaki Setton. *Bajo la Luna*, Buenos Aires, 2004.

Yaki Setton nos introduce en el universo de sus *Niñas* recorriendo una galería de personajes a los que da vida, cuerpo y profundidad a través de su voz. Los poemas derivan por un reino íntimo, casi testimonial, un mundo visto desde la mirada omnisciente de un adulto pero filtrado por la bruma irrecuperable de la infancia y, lo que es más, la infancia femenina. A medida que avanza el poeta va esfumando el límite, pasa a ser parte del cuadro, funde lo real y lo imaginario, testimonio e invención, retrato y arte poética.

Kanaka

Juan Bautista Duizeide. *Alfaguara*, Buenos Aires, 2004.

Un "salvaje" que habla varias lenguas, que ha surcado todos los mares del mundo y al que la vida le ha concedido el saber y la reflexión llega a una isla del hemisferio Sur a purgar un crimen. Ha conocido el abandono, la orfandad, el hambre, el dolor, la soledad: nada de lo humano le es ajeno. Su vida es un pequeño barco a la deriva y el presente un punto en el que se afirma sólo para desplegar recuerdos, casi su única realidad.

Entre esos momentos del pasado a los que vuelve su memoria está la búsqueda del padre, un prestigioso escritor que ignoraba su existencia y al que lo desvelaban, como a él, las tormentas de los Mares del Sur.

Juan Bautista Duizeide ha creado una trama modulada sobre el ritmo de una naturaleza inquietante. Escrita con un lirismo poco frecuente, *Kanaka*, aunque transcurre en el pasado, pone en escena las vacilaciones del hombre contemporáneo, a las que apunta en todos sus sentidos.

